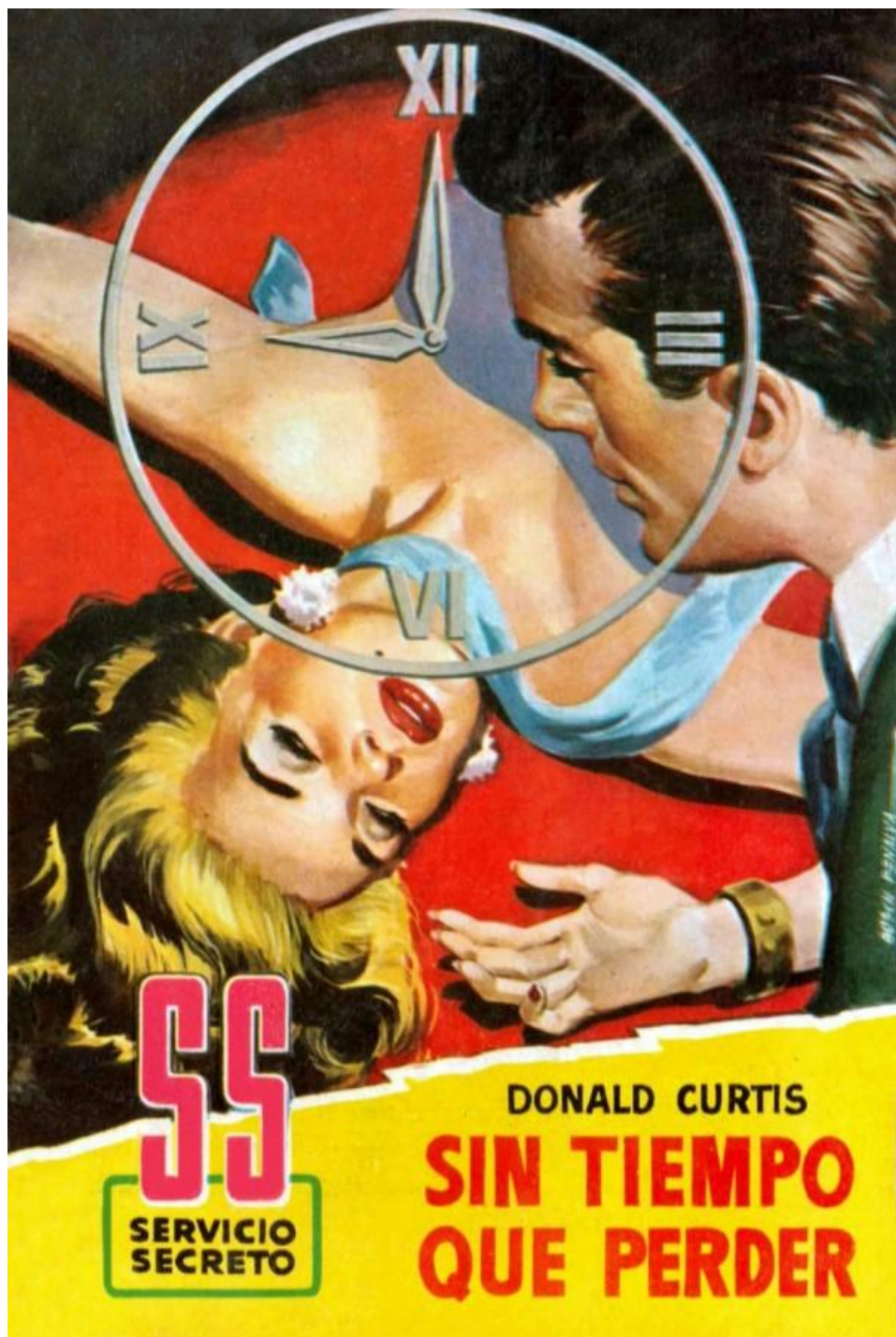




SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

SIN TIEMPO QUE PERDER

DONALD CURTIS

Sin tiempo que perder

1.^a EDICIÓN
MARZO - 1953



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS NOVELAS DE ESTE AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:**

En Colección BISONTE:

360. — Río serpiente.

En Colección SERVICIO SECRETO:

213. — Pasaje a Oriente. 222. — Yo fui asesinado. 226. — Operación cobalto.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en los talleres de

Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

A LAS 0,15 HORAS

Fue un timbrazo breve, seco, que partió el silencio como si este fuese un frágil vidrio.

Luego, una pausa. Y otro timbrazo. Nueva pausa. El tercer repiqueteo.

Me aparté de la ventana y levanté el receptor de la horquilla sin quitarme el cigarrillo de los labios.

—Diga —inquirí con aspereza.

Habló a través del auricular una voz que el teléfono hizo aún más metálica de lo que debía ser en realidad:

—¿Es Michael Chandler?

—Sí.

—Aquí, la Penitenciaría de San Quintín.

Me puse rígido, y el calor pareció aumentar en la habitación.

—Bien. ¿Qué hay?

—¿Conoce usted a Dennis Duncan?

—Sí —dije.

—Su última voluntad es hablar con usted por teléfono esta noche. No se aparte, que se va a poner él.

Oí un golpe seco al dejar mi interlocutor el auricular sobre una mesa. Unos pasos sonoros, huecos, se alejaron por algún largo corredor del presidio. Aguardé, tenso, sin respirar casi. Miraba al ventanal abierto, en el que un soplo de aire cálido agitaba levemente las cortinillas. Más allá, la ciudad. Inmensa, salpicada de luces, como un reflejo del cielo cuajado de estrellas que la cubría. También aquellas luces parpadeaban, giraban, cambiaban de colores. Del fondo, venía el rumor del tráfico callejero.

Voces, láxones, ruidos indefinibles, pálpitos de la vida, latidos de la urbe viviente. Y a través del receptor solo un silencio extraño, sin vida. Al otro extremo del hilo, salas y corredores vacíos, fríos, donde la vida apenas existía. O si existía, era corta, sin valor. Como la de Dermis Duncan, cuya última voluntad era hablar conmigo, antes de que la sentencia se cumpliese.

San Quintín... Dennis Duncan... La silla eléctrica... Miré nerviosamente el reloj. Eran las doce y seis minutos. A las nueve de la mañana, era la ejecución.

Y me habían preguntado si conocía a Dennis Duncan. Casi me hizo reír. A Dennis también le hubiese hecho gracia; su último deseo era hablar conmigo. Conmigo.

Tiré el cigarrillo al suelo, y me senté en el brazo de un sillón. Esperé unos momentos más. Luego, volví a oír pasos, que el eco hacia sonar huecos, ásperos. Alguien levantó el receptor. Y oí una voz ronca, irreconocible.

—¿Mike? ¿Eres tú?

Noté que palidecía mi rostro. Crispé los dedos en torno al aparato.

—¡Dennis!

Un sollozo rompió la voz fatigada de Dennis.

—Gracias a Dios que te localizo —tosió bruscamente—. No creo que me sirva de nada, pero quería hablar contigo. Han llamado a tu casa, al hotelito, al teatro. No estabas en ningún sitio.

—Ya me conoces —noté mi voz ronca—. Soy un bohemio incorregible.

—Sí; ya te conozco —y rio con algo que quiso ser alegría, pero que sonó horriblemente triste—. Me acordé de Maise, y telefonearon a su casa.

—Maise no está. La estoy aguardando.

—Oye, Mike, dejemos los disimulos aparte. No somos niños. Sabes que dentro de unas horas, todo habrá acabado.

Era inútil decir que no.

—Me han permitido hablar contigo, aunque esto no es muy reglamentario. Pero era mi único deseo antes de... bueno, antes de morir —algo se sublevó dentro de él—. ¡Oh, Mike, es horrible pensar que uno ha de morir por algo que no ha hecho! ¡Tú eres el único capaz de creerme, tú sabes que un hombre que va a morir no miente! Aunque yo te jure mi inocencia ahora, mañana habré terminado, y nada adelante con decírtelo. En mi situación, todo es ya igual. Sin embargo, soy inocente. Yo no la maté. ¿No me crees?

Todo inducía a demostrar la culpabilidad de Dennis. Yo siempre creí que él cometió el crimen. Ahora, por primera vez, algo en mí se opuso a la idea. Un hombre con menos de nueve horas de vida, no tiene necesidad de fingir, ni llama en sus últimos momentos a un amigo y excompañero de armas para jurarle una falsa inocencia. No, no es lógico ni humano. Y

Dennis me había localizado desesperadamente, quería hablar precisamente conmigo.

Pensé todo esto en un momento, y respondí:

—Te creo, Dennis. Ignoro quién sería, pero tú no la mataste. Adelante.

—Solo quiero pedirte algo, Mike. Tú puedes hacerlo. Busca la verdad. Como sea. Tarda lo que sea preciso. El tiempo ya no cuenta para mí desde mañana. O mejor, desde hoy. Sí, hoy es mi último día. Pero queda mi mujer. Y el niño. Nacerá en octubre, ¿sabes? —su voz tembló, y yo sentí un nudo en la garganta—. Mi hermano cuidará de ellos. Pero yo siempre seré para ellos el criminal ajusticiado. Evítalo, Mike. Descubre al verdadero culpable, limpia mi memoria si es posible. Si no lo logras... Dios te bendiga de todas formas.

—¿Tú sospechas de alguien, Dennis? Háblame con sinceridad. Reflexiona antes de contestar.

Hubo un breve silencio. Luego, su voz desesperada:

—No, Mike, ignoro en qué clase de red estoy envuelto ni quién la tejió. Nunca tuve enemigos.

—¿Y... ella?

—No lo sé. A mí me gustaba la chica. Me vi complicado con ella demasiado. Fue un error, lo confieso, pero Peggy era muy atractiva. Tú la conociste y lo sabes...

—Sí.

—Mi mujer ignoraba lo de Peggy, claro está. Y ahora... no solo sabe eso, sino que cree que yo la maté.

Volví a mirar el reloj. Las doce y trece minutos. Era una tontería. Pero valía la pena intentarlo. Eran casi nueve horas lo que faltaba. Se le podía dar alguna esperanza al hombre que ya no esperaba nada. Lograrlo, ya era otra cosa. Sin duda no lo lograría.

—Oye, Dennis, aún no ha sonado tu hora. Faltan nueve horas. En ese tiempo, puedo descubrir algo. Lo bastante para detener la ejecución. Ten confianza.

—No, Mike; tú sabes que eso es absurdo. Nadie podría conseguirlo. Es muy poco tiempo.

—Puede ser suficiente. No te aseguro nada. Pero hoy no dormiré —solté una risita seca—. De todas formas, no pensaba dormir. Pero el motivo no será Maise. Mientras tú aguardas, yo lucharé hasta lo imposible. Y tú sabes cómo lucho.

—Gracias, Mike. Eso es todo. Si quieres saber algo de lo que yo conozco del asunto, en los diarios encontrarás todo. Nadie lo creyó, pero es la verdad.

—Tú tampoco crees en lo que te digo, ¿eh?

—No, Mike; pero te agradezco que trates de darme esperanzas. Siempre fuiste un buen amigo. Hasta nunca.

—Hasta mañana, Dennis —y traté de que mi voz sonase natural.

—Mañana es demasiado tarde, Mike —y colgó.

Dejé el receptor con calma, y por unos momentos permanecí inmóvil, en la estancia oscura y silenciosa.

Le había prometido algo imposible. Lo sabía. Mi absurda afirmación ni siquiera serviría para darle esperanzas. Dennis fue siempre un chico inteligente, y sabía tan bien como yo que aquello era el fin.

Pensé que no valía la pena intentar semejante locura. Me quité la americana y me senté en una butaca. Esperaría a Maise. Cuando saliese de su casa, por la mañana, en San Quintín habría un preso menos. Y un frío cuerpo más en el depósito de la penitenciaría, esperando a que Robert Duncan se hiciese cargo de él, en representación de la pobre Selena. Sí, no podía ocurrir de otro modo. Ni yo ni ningún otro ser humano podía variar el curso de las cosas solo con proponérselo.

Las doce y cuarto. Ocho horas y cuarenta y cinco minutos. Eso faltaba. Me rebullí inquieto en el asiento. Me puse en pie y fui al mueble-licorero. Saqué una botella de *whisky* y sifón. Eché de ambos líquidos por partes iguales en un alto vaso, y lo bebí de un trago. Noté correr el sudor por mi rostro. Aflojé el nudo de la corbata y me desabroché el cuello. Llené el vaso, esta vez de *whisky* solo, y me volví a la butaca. No debía pensar más en ello. Dennis moriría, por mucho que yo trabajase en su favor. Nadie puede, en menos de nueve horas, resolver un asunto así. Sin pruebas, sin indicios, sin nada en qué basarme. Imposible.

Bebí todo el contenido del vaso, pero no logré apartar de mi mente las ideas que me torturaban. Veía pasillos largos, sombríos, celadores de rostro impasible, la terrible silla de metal. Y a Dennis Duncan sentado allí, con los aros de hierro ciñendo sus muñecas, sus tobillos, su frente. Me puse en pie con violencia y tiré el vaso al suelo, donde se estrelló en mil pedazos.

Por mucho que bebiese, aunque tratase de buscar en Maise el olvido, nada lograría arrancarme la obsesión. Dennis me había llamado a mí. A mí. De todo el mundo, yo era el único que habló con él, poco antes de abandonar la vida. Yo debía hacer algo. Responder a su confianza. Pero no después de... aquello. ¡Antes! No para salvar su memoria, sino su vida. Se podía intentar. ¡Se debía intentar!

Volví a coger la americana, saqué la pluma y garabateé sobre un papel unas líneas.

«Maise:

»Esta noche no puedo esperarte. Volveré mañana. Perdona el vaso roto, cariño.

»Mike».

Dejé la note sobre la mesa, sujete por la botella de *whisky*, y salí del

departamento.

CAPÍTULO II

A LAS 0,30 HORAS

—Es una hora algo intempestiva, Mike, pero puedes pasar al archivo. Busca lo que necesites; tenemos numerados los tomos por meses y años.

Y Billy me abrió la puerta de la sala dedicada a guardar los ejemplares del «San Francisco Gazette».

—Gracias, muchacho. Algún día te pagaré esto dándote la exclusiva de un notición.

—Sí, cuando te metan en la cárcel, acusado de diez o doce delitos —gruñó Billy, cerrando al salir.

Era bueno tener amigos en la Prensa. A veces, consentían en ayudarle a uno.

Traté de recordar. A Peggy Darnell la asesinaron en... Sí, en enero de aquel año. Hacía ya siete meses.

Busqué en las hileras de grandes volúmenes, hasta hallar lo que necesitaba.

Tomo 392. — Año 1949. Enero-Febrero.

Lo llevé a una de las largas mesas, y me senté, abriendo el pesado volumen. Antes, eché una nerviosa ojeada a mi reloj. Las doce y veintidós.

Pasé hojas y hojas impresas, hasta llegar a la edición extra del veinte de enero. Gruesos caracteres saltaban a la vista en primera plana. Hacía siete meses, aquellos titulares habían sido la comidilla de toda la ciudad, el asunto del día. Ahora, solo quedaba una cosa: una pobre piltrafa humana en San Quintín. Y en algún lugar del país, la persona que realmente lo hizo. Leí con avidez:

«¡UNA BELLA MODELO ASESINADA!

EN SU LUJOSO APARTAMENTO DE JEFFERSON ROAD,
PEGGY DARNELL APARECE ESTRANGULADA.

LA POLICÍA INICIA LAS INVESTIGACIONES EN TORNO A LA
MUERTE DE LA RUBIA MODELO».

La información periodística era extensa y sensacionalista. En su esencia, los hechos se desarrollaron así:

Aquella mañana del día 20, la señora Oates, encargada de la limpieza de los departamentos correspondientes al edificio número 46 de Jefferson Road, entró con su propio llavín en el apartamento F, del undécimo piso,

para proceder al aseo del mismo. Por lo general, y según ella misma declaró posteriormente, solía encontrarse a *Miss Darnell* todavía acostada, pues la joven hacía una vida bastante desordenada y regresaba muy tarde a casa, permaneciendo en la cama hasta las dos o las tres de la tarde, hora en que bajaba a comer a un restaurante que había enfrente del edificio — este hecho fue confirmado por los camareros de dicho restaurante— o se preparaba ella misma cualquier cosa en el hornillo de gas.

Eran, como casi todos los días, las nueve poco más o menos, cuando la señora Oates entró en el departamento con el aspirador eléctrico. Ya le causó extrañeza al entrar, la música ruidosa que brotaba del dormitorio. Nunca dejaba la radio abierta.

Llamó en la puerta del dormitorio, por si *Miss Darnell* se había levantado. Nadie contestó, y la señora Oates empuñó el picaporte. La puerta se abrió suavemente.

Miró en derredor. La cama estaba intacta, sin huellas de que nadie hubiese dormido en ella. Sobre una mesita, dos vasos de *whisky* vacíos, una botella mediada de licor y un cenicero de cristal con numerosas colillas. La ventana de la estancia, que daba a un patio, estaba cerrada. La puerta de comunicación con el cuarto de baño, estaba entornada. De *Miss Darnell*, ni rastro.

—¡*Miss Darnell*, *Miss Darnell*! —llamó la señora Oates, dejando en un rincón el aspirador.

Nadie respondió. Aquello era extraño, al menos en la opinión de la asistenta. Abrió del todo la puerta del baño. En un principio, solo vio la coqueta instalación de verdes azulejos, la pared de espejos y la bañera.

Iba ya a salir, cuando advirtió que sobresalía un tejido rojo por el borde de la bañera. La señorita Darnell debió dejar allí tirada su bata roja de seda. Fue a recogerla, gruñendo entre dientes.

Un grito de horror cortó sus murmuraciones. Retrocedió aterrada, con el rostro lívido por lo que veía.

Dentro de la bañera yacía, hecha un ovillo, Peggy Darnell. Llevaba su bata roja, y el bello rostro era solamente una máscara crispada por la muerte, con un desagradable color violáceo. Y en torno al fino cuello, ceñíase el nudo mortal de una corbata, una corbata de vivos colores que alguien utilizó para estrangular a la infeliz...

* * *

Dejé a un lado el pesado tomo, y me puse en pie, Lo demás lo conocía perfectamente. La identificación por su madre de la muchacha muerta; una pobre señora que viajó desde un pueblo de Arizona para enfrentarse, sollozando, con el cuerpo frío de su hija. Una de tantas historias de la joven que ambiciona ser algo y busca en la ciudad lo que no puede encontrar en el pueblo donde vive. Con una bonita cara, un tipo de curvas

atractivas y escasos escrúpulos, se puede llegar lejos. Peggy Darnell no llegó, sin embargo.

También conocía otros detalles del caso. El descubrimiento de las relaciones entre Dennis Duncan y Peggy; la identificación de la corbata como propiedad de Dennis; la comprobación de las huellas dactilares impresas en los vasos de licor, pertenecientes a Dennis, la marca de los cigarrillos fumados por Peggy y su desconocido visitante nocturno, usualmente adquirida por Dennis. Luego, las declaraciones de varios testigos que vieron discutir acaloradamente a Dennis con la muñeca en el «Valdivia», aquella misma noche, saliendo ambos a continuación del local, y subiendo al coche de Dennis. Eso ocurría a las dos de la madrugada. El encargado de la centralilla telefónica del 46, de Jefferson Road, señaló las dos y veinte como la hora de llegada de ambos, que subieron al apartamento. Esto era frecuente, y no le sorprendió al hombre. Pero sí le extrañó ver salir, cosa de quince minutos después, a Dennis Duncan, con paso rápido, y una rara expresión en el rostro más pálido que de ordinario.

Después, nadie había subido al apartamento de Peggy, hasta que entró la señora Oates. La autopsia fijó la muerte de Peggy, entre las dos y media y las cuatro. No se pudo especificar más concretamente, y Duncan pasó a ser el culpable ideal del caso.

Su versión de los hechos también la conocía ya. No negó sus relaciones íntimas con Peggy, ni la disputa del «Valdivia» —disputas frecuentes con ella, dado su carácter irascible— ni asimismo que la discusión continuó en el apartamento, cuando supo que la muchacha quería terminar aquellas relaciones.

Imaginaba Dennis que era a causa de otro hombre, y ella le replicó que era libre de actuar por su propia voluntad, sin tener que darle cuenta de sus actos.

Furioso y malhumorado, Dennis abandonó el apartamento, dejando arriba a Peggy con la radio abierta, pero viva aún.

Esta versión no causó el menor efecto en el jurado, que se dejó impresionar excesivamente por las pruebas circunstanciales, y fallaron un veredicto de culpabilidad en la persona de Dennis Duncan.

Toda la opinión pública estaba convencida de que Dennis era culpable. El rostro y la figura de la bella modelo, con su rubia melena siempre ondeando al aire, pasó de las portadas multicolores de los *magazines*, a las negras y confusas fotografías de la sección de sucesos. Junto a ella, el rostro delgado y jovial de Dennis Duncan, el que fue próspero negociante y al que los caprichos de Peggy casi arruinaron, llevaba debajo las fatídicas palabras: Él la mató. El asesino de la modelo.

Y ahora, iba a escribirse el capítulo final de la historia. Como todo el mundo, yo también creí culpable a mi excompañero de armas en el Pacífico. Un hombre puede perder la cabeza por una mujer como la

Darnell. Y Dennis siempre fue un impulsivo, atolondrado. Pero una sola frase de él en aquellas horas tremendas de espera, me convencieron más que el criterio de todos los jueces y jurados del mundo. «Yo no la maté», había dicho, y si él lo decía en tal momento, es que no la había matado. La corbata, la ausencia de otros visitantes al piso en la noche del 18 de enero, todo aquello no contaba para mí.

Salí del edificio del «San Francisco Gazette» a las doce y treinta minutos. Había, por fortuna, un taxi aparcado allí cerca. Subí a él.

—Al «Valdivia», en la South Avenue —ordené al chofer.

El «Valdivia» era el primer punto trazado en mi ruta. Puesto que no existían indicios, había que buscarlos. Era preciso hallar algo, el más leve detalle, que sirviese de punto de partida. Dennis y Peggy frecuentaban el «Valdivia», y si algo se podía encontrar como base para la investigación era allí.

Salí del taxi, después de indicar al chofer que aguardase en la calle posterior mi salida.

Entré en el club sin preocuparme de las miradas de extrañeza que los elegantes dirigían a mi poco apropiada indumentaria.

Aun no estaba el local en su apogeo. Cuando los trasnochadores saliesen de los teatros y cinematógrafos, aquello se animaría extraordinariamente y sería pura ilusión pretender una mesa.

Ahora todavía quedaban diez o doce mesas vacías, y en la pista espejeante, los focos caían sobre una rubia de esculturales formas, que cantaba una melodía ante el micrófono. En la penumbra, quedaba la orquesta. Consideré aprobatoriamente las líneas de la cantante, que el traje negro ceñía con atrevida procacidad, pero celebré que acabase su número y se encendiesen las luces de la sala.

Unos aplausos acogieron el mutis de la rubia, y la orquesta atacó un ritmo lento. Ya había visto al patrón, y fui hacia él.

Carlos Valdivia se volvió con una sonrisa acogedora que hacía destacar agradablemente la blanca dentadura en su moreno rostro. Los ojos, oscuros y agudos, me contemplaron con atención.

—¡Mike, qué magnífica sorpresa! —exclamó, risueño—. La casa te da la bienvenida.

—Gracias, Carlos. ¿Hay una mesa para mí?

—Siempre la hay para los buenos clientes —sonrió el sudamericano—. Ven por aquí.

Me llevó al borde de la pista, donde ahora danzaban numerosas parejas, y eligió una mesa bien situada.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó con un guiño.

—No, a nadie —suspiré, sentándome—. Paso la noche solo y triste... como Dennis Duncan.

Se petrificó la sonrisa amable en los labios de Carlos Valdivia, quien se

quedó mirándose con gravedad.

—¡Cielos, Mike, es cierto! —musitó, alterado—. Esta noche es la de la ejecución.

—Sí. Tú conocías bastante a Dennis, ¿no es cierto?

—Pues... sí, desde luego. Era cliente asiduo.

—Y a Peggy Darnell, ¿la conocías? —inquirí, mirándole fijamente.

—Trabajó algún tiempo aquí como cantante melódica. Dennis la retiró del trabajo cuando la conoció.

—Eso no lo sabía. Cuéntame algo más.

—Oye, Mike, ¿qué te propones? ¿Investigar por tu cuenta?

—Tal vez sí. ¿Me contestarás o no?

Entrelazó sus largos y oscuros dedos sobre el blanco mantel. Luego, alzó la vista.

—No veo inconveniente en hacerlo, si tienes el capricho de saber esas cosas —se volvió al camarero que acababa de acercarse a la mesa—. Champaña para dos, Tony.

Se alejó el camarero, y yo pregunté:

—Háblame de Peggy. Qué clase de chica era, y cómo fue lo de Dennis y ella. Procura no omitir nada:

—Está bien, Hércules Poirot —dijo, burlonamente, Valdivia—. No te olvides de decirme quién fue el asesino cuando tu portentoso cerebro lo descubra.

Aguardé sin replicar. Carlos dijo:

—Peggy Darnell entró en mi local formando parte de un ballet moderno. Era una chica atractiva, y ya entonces acusaba una destacada personalidad, algo poco común en muchachas como ella. Pronto despuntó como «estrella» del micrófono, y la hice cabecera del programa de medianoche. Atracción estelar, ya sabes. Una noche, Dennis Duncan vino solo al Club, y me pidió que le presentase a la chica... Desde aquella noche, Duncan no faltó un solo día. Aplaudía a Peggy desde la primera fila, la contemplaba embelesado, y al terminar su actuación, ambos salían juntos, al parecer, muy interesados mutuamente. Este estado de cosas se prolongó a lo largo de la actuación de Peggy en el local. Por entonces, la sugestiva muchacha firmó un contrato como *cover girl*, o modelo de portadas gráficas.

»Económicamente, parecían irle bien las cosas. Dennis le hacía costosos regalos, y se gastaba grandes sumas en satisfacer sus más nimios caprichos. Se ignoraba si el lujoso apartamento de Jefferson Road fue un producto de su propio dinero, o un regalo más de Duncan. Pero se comentó también que en aquel asunto había una tercera persona, otro hombre enamorado de Peggy Darnell. La suposición no se llegó a confirmar.

»Un día, sin dar explicaciones, se despidió del espectáculo, rechazando incluso un aumento en el sueldo...

»Así terminó su carrera artística —concluyó Carlos Valdivia, apurando el champaña de su copa—. Entonces me di cuenta de que sentía por ella algo más que admiración o simpatía. Pero era tarde. La había perdido.

Hubo un silencio. Miré a Carlos.

—¿Volvieron por aquí?

—Muy a menudo, pero hasta que volvieron, transcurrió desde aquella mañana bastante tiempo. Cuando la vi de nuevo, vestía con mayor ostentación y lucía mejores joyas que nunca. Dennis, entretanto, se iba arruinando, y su esposa conocía a la perfección sus relaciones con Peggy. Pero Selena es una gran mujer, y jamás reprochó nada a su marido.

—Era una chica que llevaba complicaciones por dónde iba —observé, pensativo—. Vivió de forma complicada, y murió igual.

—Sí, no me sorprendió eso —aseguró Carlos—. Dennis debió de enterarse de alguna jugada sucia y se acaloró. Lo siento por él.

—Magnífico epitafio —observé fríamente. Luego miré al reloj. Las doce y cincuenta. Me puse en pie, dejando un billete en la mesa, que Carlos me devolvió.

—La casa invita, Mike —dijo, sonriendo.

—Gracias. Buenas noches, Carlos.

—Hasta siempre, muchacho.

CAPÍTULO III

A LA UNA EN PUNTO

Estaba ya en el vestíbulo del club, cuando tuve una súbita inspiración. Me dirigí al guardarropa. Betsy, una guapa morenita, me sonrió, contenta.

—¡Mike, menos mal que aún recuerdas a tus amistades! —comentó alegremente—. Si quieres salir conmigo, te advierto que termino aquí a las cuatro.

—Estupendo. Tal vez venga a recogerte —mentí como un bribón—. Ahora hay algo más urgente, encanto.

—Ya decía yo... ¿Qué necesitas saber, y de quién?

—Me conoces muy bien, ¿eh? —sonreí irónico—. Bueno, se trata de Peggy Darnell. ¿La conociste?

—¿Qué si la conocí? —abrió enormemente sus bonitos ojos castaños—. ¿Quién no conoce aquí a Peggy Darnell? Su asesinato la hizo más famosa aún.

—Sí, ya lo sé. No es nada de eso lo que me interesa. Deseo saber si hay aquí alguna chica que tuviese con Peggy mucha amistad. Una compañera de trabajo, o lo que fuese.

—Peggy no era chica propicia a amistades... si no eran masculinas —frunció con picardía la respingona naricilla—. Era reservada, poco dada a la expansión con otras mujeres. Ya sabes que soy observadora y sé conocer a la gente. Pero si alguien conocía en San Francisco los asuntos privados de Peggy, es Mirna Costello.

—¿Mirna Costello? —el nombre me sonaba a conocido.

—Sí, una rubia artificial que canta ahí dentro.

—¿La del traje negro? —pregunté, interesado.

—Sí, la misma. Ya terminó su actuación. Si te apresuras, podrás verla en su camerino.

—Eres un encanto, Betsy —y con una palmadita en la mejilla, la dejé allí.

Salí a la calle y, entrando por una calleja adyacente, busqué la puerta del escenario. Una bombilla amarillenta la señalaba. Entré, y crucé un largo corredor hasta tropezar con otra puerta en la que se leía: «Prohibida la entrada». También la franqué.

Avancé por el pasillo derecho de camerinos, donde se vestían los artistas. Sobre la puerta número ocho, con una estrella plateada, se veía el nombre: MIRNA COSTELLO. Golpeé dos veces con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó desde dentro una voz femenina.

—Una amigo del señor Valdivia —contesté en tono no muy alto, para que no me oyese el portero.

—Empuje y entre —indicó—. La puerta está abierta.

Obedecí y me encontré ante la voluptuosa Mirna Costello. Vestía ya de calle, un traje descotado, propio del verano caluroso que estábamos viviendo, y en el que claramente se advertía la mano de modisto costoso. El modelo realzaba sus turgentes líneas, y los desnudos hombros eran redondos, espléndidos. Sobre ellos caía la melena rubia.

Me miró con ojos interesados, al tiempo que recogía un bolso de piel de serpiente. Vi en un extremo del camerino a una doncella colgando cuidadosamente sus trajes de escena.

—Diga cuanto antes lo que desea —requirió, apresurada—. He de salir ahora.

—¿No podría acompañarla, entonces? —le propuse con una sonrisa—. Tengo un taxi fuera. Y no es fácil encontrar coche a estas horas.

Me contempló, muy divertida al parecer.

—Es una magnífica oferta, míster...

—Chandler, Michael Chandler.

—Bien, Míster Chandler, acepto su ofrecimiento. No me gusta que me acompañen desconocidos, pero usted me inspira confianza.

—Puede informarse de mí por medio de Carlos —sugerí.

—No es preciso. Soy de un carácter primitivo, y me guio exclusivamente de mi instinto.

—Una cualidad admirable, *Miss Costello*. Los supercivilizados han olvidado hace ya muchos años que existe algo llamado instinto. Resulta enternecedor encontrar a alguien que aún se guía por él.

El taxista estaba aguardando en el sitio indicado. Subimos, y miré, interrogante, a Mirna Costello.

—Grant Avenue —indicó ella—. Al número 215.

Arrancó el taxi. La cantante me miraba, sonriendo.

—¿Y si tuviese prisa? —indagó, suavemente.

—Cambiaría la orden. ¿La tiene en realidad?

—No —admitió, recostándose en el asiento—. No la tengo. Pueden esperarme. Voy a una fiesta, ¿sabe?

—¿Particular?

—Sí. En nuestra profesión, abundan esta clase de invitaciones. Hay tipos ricos que quieren a chicas como yo para animar sus fiestas nocturnas.

—¡Estupendo! Creo que es usted bella e inteligente. Dos cualidades raramente compatibles.

—Hay muchas como yo, señor Chandler.

—No lo crea. Peggy Darnell fue bella, pero no inteligente.

Hubo una pausa tensa. A los reflejos de la luz exterior, noté la expresión

sorprendida de Mirna.

—¿Peggy? —murmuró—. ¿A qué viene eso?

—Usted la conoció mejor que otros, ¿no?

—Espere. ¿Vino a hablarme de eso?

—Sí.

—¿Periodista o policía? —preguntó hoscamente.

—Ni una cosa ni otra.

—Lo que yo sé de Peggy, no puede servir para esclarecer nada relativo a su muerte —dijo, pensativa, Mirna.

—Usted no puede saberlo. La clave de ese crimen está en ella, en sus actos, en sus pensamientos. Ella se motivó su propia muerte por algo que hizo. Eso es lo que necesito localizar. Un detalle cualquiera puede ser el indicio buscado.

—Ya estamos llegando a mi destino, señor Chandler —advirtió ella, mirando al exterior.

—Y la conversación no ha sido agradable ni práctica —comenté, sombrío—. Perdí una excelente ocasión de hacerle el amor, para no averiguar nada al final.

—Siempre cínico —señaló un edificio de ventanales iluminados—. Aquella es la casa, señor Chandler. Creo que tendremos que despedirnos.

Miré desesperadamente el reloj. La una y diez de la madrugada. Detuve a Mirna, cuando el coche paraba. Le sujeté un brazo desnudo, y aproximé mi rostro al suyo.

—Aguarde, Mirna —susurré con intensidad—. Se me olvidaba algo.

Ella aguardó, curiosa, fija en mí su insinuante mirada, realmente hermosa, provocativa en su espléndida sensualidad. La atraje hacia mí con violencia, estreché su cuerpo entre mis brazos y la besé.

—Besa usted muy bien, Mike —afirmó con voz honda—. Es precisamente lo que esperaba que hiciese.

—Ahora váyase. Al menos, valió la pena el tiempo perdido.

En vez de apearse del coche, se reclinó de nuevo en su asiento, y ordenó al chofer:

—Dé una vuelta por ahí hasta que le avisemos —se volvió a mí, con una seductora sonrisa—. Esto es lo que quería, ¿verdad?

No dije nada. Ella pasó un brazo por el mío, y se recostó contra mí. Noté el calor de su cuerpo y el aroma de su perfume.

—Habla de Peggy, si es tu gusto —susurró mimosa—. Pero no te olvides de besarme, Mike.

Bajé la cabeza y besé su boca por segunda vez. Era un agradable modo de pagar sus confidencias.

—Habla, Mirna, te escucho...

CAPÍTULO IV

A LA 1,30 HORAS

—Cuando Peggy vino de Arizona —empezó Mirna— buscó trabajo en varios clubs nocturnos, sin gran éxito. Nadie quería chicas nuevas, y tanto ella como yo fuimos rechazadas repetidas veces. Coincidimos en uno de esos clubs, y salimos juntas lamentando la escasez de trabajo, desanimadas y rendidas de ir de un lado a otro. Esta común contrariedad nos hizo simpatizar, y en un automático tomamos juntas el almuerzo. Advertí enseguida que Peggy era más bien reservada, y que si entonces se mostraba algo comunicativa, era a causa de la depresión moral en que se hallaba. Me habló de su familia en Arizona y de sus ilusiones. Pensaba que en San Francisco era más sencillo situarse. Yo le dije que también había pensado como ella hasta que me desengañé.

»Al otro día volvimos a vernos, y como ella había encontrado un cuarto bastante económico con dos camas, me trasladé allí, dejando mi anterior pensión. Así empezamos a vivir juntas.

»Ambas logramos, tras muchos esfuerzos, colocarnos en el «Valdivia» como *girls* de un ballet. El sueldo no era muy grande, pero bastaba para solventarnos la vida. Peggy era mucho más hermosa que yo, y le sobraban tipos que, de un modo u otro, buscaban siempre lo mismo. Ella se las ingeniaba para sacarles regalos y no dar nada a cambio.

»Un día, se presentó su oportunidad. La «estrella» del programa se indispuso repentinamente, y ella se ofreció a sustituirla. Fue un éxito. Y Valdivia, que ya entonces empezaba a enamorarse de ella, la contrató como figura. ¿Algo interesante hasta ahora?

—Nada. Lo conozco todo.

—Bien, ya te lo dije, querido —y me envolvió en una de sus ardientes miradas—. Creo que no queda mucho por contar. En aquellos primeros días de su brillo estelar, ocurrió lo del medallón...

* * *

—¡Vaya, Peggy, si llevas una nueva joya! —se sorprendió Mirna, contemplando el corazón de brillantes que colgaba de una fina cadenita de oro ceñida al cuello de su amiga.

—¡Oh, sí, el medallón! —repuso ella, cogiendo con suavidad, la joya—. ¡Me lo regaló uno de aquellos necios. Si lo abres así —apretó un resorte, y el corazón de brillantes se abrió en dos— ves en su interior la fotografía de

quien me lo regaló. Un detalle muy cursi, querida, pero que cabe disculpar por el valor de la joya.

—Veamos a tu obsequioso admirador —dijo, sonriendo, Mirna, que saltó de la cama y se acercó a ella.

—¡No! —exclamó bruscamente Peggy, cerrando de golpe el medallón. Mirna retrocedió sorprendida.

Hubo un silencio molesto, que rompió Peggy.

—¡Oh, bueno, perdóname esta brusquedad, pero es una superstición que tengo! No me gusta que nadie vea estas cosas cuando yo las llevo encima.

—Está bien —respondió fríamente Mirna, volviendo al lecho.

Sabía que Peggy había mentido, y que tal superstición no existía. Se encerró en un hosco mutismo solo atenta a su libro. Peggy se sentía violenta. Trató de iniciar dos veces una conversación, pero desistió y, desnudándose, se acostó sin decir palabra.

Unos días después, Peggy hubo de salir precipitadamente de casa, al recibir una llamada telefónica de Dennis Duncan, con quien empezaba ya sus relaciones. Y Mirna, al entrar en la habitación, vio que se había dejado el medallón sobre la mesilla de noche. Fue hacia él, vacilante, dudando si abrirlo o no. No tenía derecho a mezclarse en los asuntos de su amiga, pero le había intrigado tanto misterio en torno al propietario inicial de la joya.

Por fin, se impuso la curiosidad, y abrió el medallón.

Frunció el ceño, perpleja. La fotografía que había dentro, era la de Dennis Duncan, su actual enamorado. Bastante más joven en aquella miniatura, pero él indudablemente.

Cerró de nuevo la joya, y se sentó, pensativa, en la cama. Peggy no conocía a Duncan el día que vino a casa con el medallón. Luego no podía haber la fotografía suya allí dentro. Había sido cambiada después.

¿Quién sería el desconocido personaje que le regaló el corazón de brillantes? Mirna no pudo dar respuesta a este interrogante.

* * *

—Y eso fue todo —concluyó Mirna Costello, reclinando su cabeza en mi hombro—. Lo más extraño quizá, fue que no volvió a ponerse el medallón. Tampoco lo dejó más a la vista mía. Siempre quedaba guardado en su joyero, bajo llave. Pero nunca se lo puso, en el tiempo que vivió conmigo.

—¿Cuándo cambió de residencia?

—Cosa de un mes más tarde. Dennis le puso el pisito de Jefferson Road, y allí se trasladó ella, después de despedirse de mí, al parecer muy emocionada.

—¿Al parecer?

—Sí. Peggy no era sentimental, y sus afectos en la vida, siempre eran relativos.

—Oye, Mirna, ¿es seguro que Dennis le puso el apartamento?
—¿Qué quieres decir? —se extrañó.
—Alguien me dijo que fue otra persona.
—Malas lenguas, Mike. Dennis no hubiese consentido una cosa así.
¿Quizá te lo dijo... Carlos Valdivia?
—¿Por qué él? —pregunté a mi vez.
—Por celos; él amaba también a Peggy, y ella no le hizo caso. He ahí un magnífico motivo para levantar calumnias.
—¿Del medallón, supiste algo más?
—Nada. Peggy debió llevárselo a su nueva casa, y las veces que yo estuve allí a verla, jamás vi la joya.
—¿No la llevaba ella?
—Ya te dije, que mientras tuvo relaciones con Dennis, nunca lo llevó puesto. Tal vez por evitarse explicaciones. Y esas relaciones terminaron precisamente... la noche de su muerte.
—Bien, creo que ya te he cansado bastante —me volví al chofer—. Regrese a aquella casa.
Giró en redondo el taxi, y emprendimos el regreso al lugar de la fiesta.
—Ha sido muy agradable tratar de ayudarte, Mike, aunque no lo haya conseguido.
—Acaso sí, Mirna —dije, pensativo—. Creo que ese misterioso medallón de la fotografía cambiada, puede muy bien ser el indicio que buscaba.
—Ojalá, cariño —habló ella, melosa—. Mi mayor deseo es poderte ayudar en lo que necesites.
Había que mostrarse agradecido. La tomé entre mis brazos, y la besé de nuevo.

* * *

A la una y media en punto, dejaba a Mirna Costello en el 215 de Grant Avenue, con la formal promesa de ir al día siguiente a su piso de Los Ángeles Road. Ella también tenía ahora apartamento propio, como tuvo su amiga anteriormente.

—Pronto, amigo, a Jefferson Road, 46 —le dije al conductor—. A la máxima velocidad.

Era un edificio moderno, de más de veinte pisos, perdido entre una hilera de otros semejantes. Aquel hacía chaflán, y tenía un amplio garaje al lado. Enfrente permanecía una droguería abierta. Entré en ella, y busqué la cabina telefónica. Una vez allí, abrí el listín, buscando el 46 de Jefferson Road.

Contaba la casa con varios teléfonos de línea directa con el exterior, aparte de una línea general con la centralilla. Leí los nombres de los abonados, retuve dos o tres en la memoria, y volví a salir. Crucé la calle. La puerta del edificio estaba abierta, y entré. En la centralilla telefónica

dormitaba el telefonista.

—¿Ha venido Archie Rogers? —pregunté.

—Sí, señor. Hace más de dos horas.

—Gracias —y me encaminé al fondo.

—¿Quién le anuncio que ha venido? —inquirió el telefonista.

—Oh, no se preocupe —sonreí—. Soy su primo. Me está esperando.

—¿Sabe subir? Es el piso catorce.

—Sí, ya sé, gracias —y entré en el ascensor. Había observado que a un lado de la puerta había una hilera de luces indicadoras de las plantas por dónde cruzaba el ascensor. Oprimí, por tanto, el vigesimocuarto botón.

Una vez arriba, mandé nuevamente abajo el ascensor y bajé hasta el piso once por la escalera. Escruté el corredor. No había nadie. Busqué el apartamento F, y ya frente a él, medité la forma de entrar. Desde la muerte de Peggy, nadie había ocupado la vivienda. Aparte de las pesquisas policiales, ni el mobiliario ni detalle alguno se cambió allí. Había una remota posibilidad de hallar cualquier indicio, pese al tiempo transcurrido.

Ya había hecho esta operación muchas veces. Quien ha vivido como yo, mezclado con la Ley muy frecuentemente, y al margen de ella con más frecuencia aún, sabe siempre resolver estos casos. Empleé el alambre curvo que llevaba en el bolsillo, y que hacía algunos años había sido causa de un pequeño choque con la justicia.

Giró suavemente en la cerradura, y se abrió la puerta del departamento. Entré y cerré con cuidado tras de mí. Encendí la luz.

El piso olía a desocupado, pero había algo indefinible en el ambiente, como si el recuerdo de Peggy Darnell flotase todavía en las habitaciones vacías. Me estremecí aun a mi pesar, cuando fijé la vista en la bañera de verdes azulejos.

Volví al dormitorio. Una vez allí, me paré en medio de la estancia, y miré en torno. Sentí la impresión de que algo iba mal allí. Fue una sensación fugaz, pero intensa.

Miré las dos camitas gemelas, separadas por una mesilla de noche. El armario de triple luna. La coqueta de espejo ovalado y tablero de cristal. Todo lo fui recorriendo lentamente con la mirada. Luego abrí los cajones, los departamentos de cada mueble. Nada. La policía primero y otras personas después, habían dejado aquello vacío. Era absurdo buscar allí indicios. Siete meses bastan para destruir todo rastro.

Después del registro, me paré perplejo. Volvía a experimentar la impresión de que alguna cosa no era normal en la habitación. Miré todo en derredor. Observé la ventana al patio interior, las paredes... Las paredes. Sí, era allí. Frente a las camas, había un gran cuadro de un paisaje marino. Y a ambos lados, dos fotografías con marco de cristal engomado en los bordes.

Ambas fotografías eran de Peggy. En una, lucía su espléndida figura

generosamente, con un maillot de dos piezas. En la otra, las líneas del bello cuerpo estaban modeladas por un traje de noche negro, escotadísimo. Las dos fotografías habíanse publicado ya en revistas y magazines, cuando ella vivía.

Una de las fotografías estaba asimétricamente colocada dentro del cristal, visiblemente torcida. Detalle que contrastaba con la otra, de perfecta simetría.

Fui derecho a la fotografía y la descolgué de la pared. Volví el cristal. Detrás, un cartón granulado sujetaba la fotografía. Palpé el cartón con dedos rápidos. Se notaba un leve bulto. Mis dedos temblaron de emoción, y sentí menudas gotitas de sudor en la frente. Tal vez estaba ante la primera puerta del misterio.

Rasgué el papel de goma que unía por los bordes el cristal con el cartón. Y separé este con prisa febril.

Detrás de la fotografía, había dos pliegos de papel, doblados con todo cuidado para que no abultasen sospechosamente.

Tiré cristal, cartón y fotografía sobre una cama, y desdoblé ambos pliegos.

El primero estaba escrito a máquina. Su texto era tan breve como interesante:

«Peggy Darnell:

»Este es mi último aviso amistoso. Si en el día señalado no deposita usted el dinero en el lugar previsto, tendré que obrar de otro modo, muy a mi pesar.

»Creo que no le sería muy beneficioso que yo informase de ese asunto a quién usted sabe. Piénselo bien.

»Un saludo atento».

Debajo, en un extremo, se leía, en letra femenina, a lápiz:

«Martinelli's — 3.000 — Enero, 7».

El otro papel era de mayor interés aún. Unas breves líneas escritas a mano, con tinta verde, en caracteres claramente masculinos.

«Querida Peggy:

»Nunca puedo olvidar lo que me prometiste aquella noche, y que yo, estúpidamente, creí sería cierto.

»Pero debí comprender que tú no eres de esa clase de mujeres que sacrifica su bienestar por nadie. No, Peggy, eres cruel, dura, terriblemente egoísta. Crees que así lograrás tus propósitos, pero no te aconsejo seguir por ese camino. Un día puedes acabar mal.

»El amor fácilmente se transforma en odio.

»Y yo te amo demasiado, Peggy.

»Sé un poco humana; recuerda que existe algo más que dinero en el mundo, como aquella noche de fin de año en «Martinelli's».

»Si no lo haces, tal vez un día te arrepientas... si es que puedes arrepentirte.

»Te ama:

«L. F. E.».

Suspiré, guardando los dos valiosos documentos. Decididamente, Peggy Darnell se supo complicar bastante la vida. Había allí un chantaje y una pasión mal correspondida que podía ser peligrosa. Dos caminos que muy bien podían conducir al crimen. Y en ambos algo común: «Martinelli's».

Volví a dejar la fotografía lo mejor que pude, y la colgué en su sitio. Luego, me dispuse a abandonar el piso. Eran las dos menos diez minutos. «Martinelli's» era mi objetivo siguiente. Entonces oí girar una llave en la puerta del piso.

CAPÍTULO V

A LAS DOS EN PUNTO

Apagué velozmente la luz del dormitorio, y de dos zancadas me introduje en el «living». Desde allí se dominaba el recibidor y la puerta. Me quedé inmóvil junto a un canapé, con los músculos tensos.

Rechinó la puerta, y una rendija de luz hirió la oscuridad al entreabrirse.

La rendija se fue ensanchando, y en ella se recortó la silueta de un hombre.

Hubo un instante de inmovilidad por parte del visitante nocturno. Después, el individuo entró en el piso y cerró la puerta suavemente. Las tinieblas se adueñaron nuevamente de las habitaciones.

Crucé a tientas el «living» sin hacer ruido, hasta detenerme en el umbral de la puerta del recibidor.

La luz del recibidor surgió de improviso al dar al conmutador el recién llegado. El hombre parpadeó, deslumbrado, y sus ojos se fijaron en mí. Vi que retrocedía asustado, palidísimo.

—¿Qui... quién es usted? —balbució.

Seguí contemplándole con dureza, sin hablar. Era un hombre de unos cincuenta años; de estatura mediana y más bien rechoncho. Le quedaban pocos cabellos en la redonda cabeza, y el rostro era de expresión jovial.

Se quedó parado de espalda a la mesa de centro, sin apartar de mí la mirada. Mi silencio le puso nervioso.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Creo que puedo hacerle la misma pregunta —repliqué secamente—. Este piso no es el suyo.

Permaneció callado, retorciéndose las manos.

—A la Policía tal vez le interese saber que el apartamento donde Peggy Darnell murió —mi acento era deliberadamente dramático—, es visitado por la noche de un modo... digamos subrepticio.

—¿Y bien? ¿Usted tiene algún derecho para estar aquí?

—Tal vez no lo tenga. Suponga que soy... de la policía.

—¿A qué vino, entonces?

—Acaso a buscar una prueba que necesito.

—¿Pruebas? ¿De qué?

—De un crimen.

—¿Un crimen? ¿Peggy?

—Sí.

—Pero eso es absurdo... El asesino ya está condenado. No hacen falta más pruebas.

—No contra él. Pero imagine que las pruebas son contra otra persona.

—¿Otra? —el miedo volvió a reflejarse en sus ojos—. No lo comprendo.

—Dígame su nombre.

—Bien, no hay inconveniente —dijo unos pasos hacia mí—. Leslie F. Enwrighth.

—¡Vaya! ¿El empresario teatral?

—Sí. ¿Puedo ahora saber el suyo?

—Desde luego. Michael Chandler, expolicía, excontrabandista y exmilitar. Como verá, ni pertenezco a la Ley, ni tampoco me persigue ella, aunque de todo eso hubo anteriormente.

—¿Y qué hace aquí? —la voz de Leslie F. Enwrighth era agresiva, dura.

—Magnífico. El que siente miedo por su culpa, se envalentona al saber que el otro tiene tan poco derecho como él a introducirse en una propiedad privada. ¿O acaso tiene usted más derecho que yo?

—Mucho más —extendió una llavecita en la palma de su mano—. Yo entré con esto. Es la llave de este piso.

—¿Lo tiene alquilado quizás? —sugerí, sarcástico.

—No. Pero lo tuve hace algún tiempo —se ensombreció su rostro risueño—. Era mío, cuando Peggy Darnell vivió aquí.

Me quedé callado. Era una verdadera sorpresa. El hombre en la sombra, el desconocido adorador de la modelo, Leslie F. Enwrighth, el gran promotor teatral del Broadway neoyorquino. El apartamento era suyo, no de Dennis. Carlos Valdivia tuvo razón.

—No lo sabía —dije, pensativo—. ¿Quiere que pasemos al *living*? Me interesa hablar con usted.

Entré en el *living*, sin esperar su respuesta. Encendí la lámpara de pie, junto a los dos divanes del centro, y me senté en uno de ellos. Vi que Enwrighth me seguía lentamente y ocupaba el asiento, frente a mí.

—No sé por qué lo hago —gruñó el gran empresario.

—Porque le interesa —corté, sombrío—. Como me interesa a mí. Le costaría bastante trabajo explicar su presencia aquí, si llegase el caso.

—¿Y a usted?

—No mucho. Yo investigo un asesinato.

—¿Cuál?

—El de Peggy Darnell.

—Eso ya se investigó. El asesino está en San Quintín hace mucho tiempo.

—El que la Ley cree asesino. Pero yo voy más lejos. Busco a otro. Quien mató a Peggy, aún está libre y fuera de sospechas.

—¿Y quién es ese folletinesco criminal?

—Puede ser usted... —se enderezó vivamente, con un brillo de excitación en los ojos, sonreí—: o puede ser otro.

—¡Qué tontería! ¿Por qué iba yo a matar a Peggy? La amaba.

—He ahí su gran motivo, Enwrighth. Usted la amaba locamente, pero ¿y ella a usted? El amor, amigo mío, se transforma fácilmente en odio. Usted le dijo eso a ella en una carta, ¿recuerda?

—¿Yo...? —había palidecido algo—. Nunca escribí semejante cosa.

—Sin embargo tengo en mi poder una carta escrita en tinta verde firmada con sus iniciales, en la que habla de ello. En realidad, la carta es una velada amenaza, que si se lee con atención puede sugerir cosas desagradables para usted, Enwrighth.

—Usted no puede tener esa carta —musitó.

»—Aquella noche de fin de año en «Martinelli's» —recité, burlón—. ¿Lo recuerda?

—Oiga, Chandler, le doy lo que quiera por esa carta. ¿Cuánto pide?

—No hago chantaje... todavía —sonreí con dureza—. Usted es cebo propicio a cualquier extorsionista, ¿verdad? Casado en Nueva York, con hijos, y con una posición social envidiable, que cualquier escándalo destruiría irremediablemente... —le miré el rostro sombrío—. Tal vez ya ha sufrido una extorsión hace poco... Tal vez alguien relacionado con «Martinelli's» le sacó dinero.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió, vacilante.

—Porque Peggy Darnell fue víctima del mismo chantajista. Pagó el 7 de enero, tres mil dólares, y seguramente se entrevistó con el extorsionista en «Martinelli's»...

—¡Pobre Peggy! Ella también...

—Sí. Y ahora, yo, Enwrighth, voy a extorsionarle también.

—¿Usted?

—Sí. El precio que pido por la carta es razonable. La verdad. La verdad a cambio de ella. Cuénteme cuanto sepa sobre Peggy, la cita de Año Nuevo y lo del chantaje. Todo eso. Y su carta no será hecha pública.

—Hay poco que contar, Chandler. No le aclarará nada.

—Eso es cuenta mía. Hable, Enwrighth —saqué la carta del bolsillo para que la viese—. Será suya cuando termine.

Volví a guardar el papel. Enwrighth se pasó un pañuelo por el rostro, secándose el sudor.

—Bien. Usted gana —encendió nerviosamente un cigarrillo, después de darme uno a mí—. No le hablaré de mis relaciones con Peggy. Bástele saber que la conocí en el «Valdivia», como «estrella», y en un principio consideré que tal vez resultase bien en el teatro. Precisamente preparaba yo el estreno de una nueva revista en Broadway, y allí pensé colocar a la joven. Tenía belleza, un cuerpo maravilloso y una gran personalidad.

»Era una mujer para perder la cabeza por ella, Chandler. Yo la perdí.

Sabía que acababa en devaneos con un tal Duncan, pero no me preocupó. Yo estoy acostumbrado a ganar a las mujeres con dinero. Al fin y al cabo, es lo que a ellas les interesa. El romanticismo no es más que una necedad de las jovencitas. Peggy, por fortuna, no era romántica. Se había trazado un camino, y sabía cómo recorrerlo. Era ambiciosa de fama y dinero. Dos cosas que yo podía ofrecerle. Las aceptó.

»En un principio, Peggy era para mí un capricho más, una aventura como otras. Hasta que un día me di cuenta de que la amaba. Estaba loco por ella. Le dije que terminase con Duncan, que la quería para mí solo.

»Le instalé este apartamento. Sé que ella convenció a Duncan de que lo había puesto con su sueldo del «Valdivia». Le regalé numerosas joyas, trajes, pieles...

—¿Y un medallón de brillantes? —le interrumpí.

—No —pensó un instante y repitió—: No. Nunca le di ningún medallón. Ella no los llevaba.

—Bien. Continúe.

—Entonces me pidió ir a Nueva York. Yo me opuse. Allí podían enterarse mis amistades, mi mujer. Ya no me interesaba hacerla famosa ni presentarla en el teatro. La quería para mí solo; no deseaba crearle una popularidad que daría más derechos al público que a mí mismo. Las personas célebres son esclavas de su propia celebridad, dejan de ser humanas. Y yo no quera que Peggy dejase de ser humana. Tal vez porque ignoraba entonces que ella no lo había sido nunca.

»Esto me llevó a una agria disputa, en la cual me dijo que había terminado conmigo. Me marché, desesperado, y transcurrieron días, semanas, sin que la viese.

»La noche de Año Nuevo, volví a encontrarme con ella. Fue en la terraza de «Martinelli's», un típico restaurante, próximo a Chinatown...

—Lo del chantaje vino luego, Chandler —prosiguió el promotor neoyorquino, tras una pausa evocadora que respeté sin decir nada—. Alguien nos fotografió en la terraza, a Peggy y a mí, cuando ella ponía su mano en mi hombro.

—¿Había mucha luz allí? —pregunté.

—No. Debieron emplear una cámara de punto luminoso, o un foco de luz negra —explicó Enwrighth—. La fotografía resultó muy clara, según pude comprobar por la copia que me enviaron... Por el cliché me pidieron diez mil dólares.

—¿Los pagó?

—Sí. Peor era que mi esposa recibiese la fotografía. Eso suponía el divorcio. Y el escándalo, la ruptura con todo lo mío.

—Todo lo que usted pensaba romper por una sola palabra de Peggy Darnell —observé con ironía.

—Uno no sabe lo que hace cuando le ciega la pasión. Es capaz de

cualquier locura.

—Incluso de matar.

—Sí, hasta eso.

—Y es muy fácil hacerlo, teniendo una llave del piso de la víctima.

Me miró, sobresaltado.

—¡Yo no maté a Peggy! ¡Fue Duncan, aunque usted trate de defenderle!

—Dejemos eso ahora. ¿Cómo pagó usted el chantaje?

—Lo deposité en un sobre cerrado, debajo de una maceta de la terraza en «Martinelli's». Así lo indicó el chantajista en su carta.

—¿Cómo era esa carta?

—Escrita a máquina, en papel corriente. Sin nada que diese un indicio.

Saqué la carta hallada tras la fotografía y se la mostré.

—¿Era igual a esta? —inquirí.

Tomó el papel y lo estudió breves momentos. Luego me lo devolvió, diciendo:

—Sí, el estilo de redacción y el papel eran iguales.

—Es suficiente.

—¿Peggy... también sufrió extorsión?

—Sí. Esas notas al borde parecen indicar que pagó tres mil dólares, que fueron depositados en «Martinelli's», el siete de enero.

—El ocho o el diez fue cuando pagué yo.

—Y diez días después. Peggy era asesinada —medité—. ¿Por qué guardaría la carta del chantajista?

—Acaso como una prueba contra alguien —sugirió Enwrighth.

—Sí; muy posible. Creo que ha tenido usted una idea muy certera. Enwrighth —me inclinó hacia él—. ¿Recibió usted el cliché prometido?

—Sí, en paquete certificado. Lo rompí inmediatamente de recibirlo.

—Entonces, había dos clichés. El arma que el extorsionista esgrimía contra Peggy era, a no dudar, la misma con que le amenazó a usted.

—Tal vez. Si Duncan recibía el cliché, todo terminaría entre ellos.

—Amigo mío, Peggy Darnell fue pródiga en despertar pasiones, no siempre rectas. Sabemos que la noche del diecinueve de enero disputó violentamente con Dennis Duncan; por otro hombre, con toda seguridad. Ese hombre creí en un principio que sería usted. Pero no es así. Hubo un tercer hombre en su vida. Alguien que le regaló un medallón de brillantes, alguien a quién ella seguía viendo pese a sus relaciones con Duncan. Quizá era aquel el único a quién ella amaba. Y quizá era por ese misterioso personaje por quien temía lo del cliché.

—Eso parece muy fantástico.

—Peggy mismo fue una mujer fantástica. Se supo rodear de hombres apasionados, y supo despertar en ellos sentimientos primitivos de amor u odio. En definitiva, dos cosas muy afines pese a su diametral diferencia. Buscaba fama y fortuna, pero también se enamoró. ¿De quién? Acaso del

menos merecedor de su cariño. Pero en las mujeres como Peggy no se puede buscar la lógica. Se complicó lo bastante la vida como para morir un día a manos de cualquiera de sus enamorados. Carlos Valdivia, Duncan, usted... y el hombre del medallón. Un cuarteto interesante, Enwrighth.

—¿Me da ya la carta, Chandler? —pidió el empresario, levantándose—. Nada puedo añadir a lo que le he dicho.

—Téngala —y se la tendí—. Creo que tiene usted razón.

Me puse en pie, y fui hacia la puerta.

—Quédese, si quiere, a respirar un poco de este ambiente —le dije desde el umbral del recibidor—. Aún se percibe algo de calor humano, de sensualidad y de crimen.

Se estremeció Enwrighth y yo abandoné el piso de Peggy Darnell.

CAPÍTULO VI

A LAS 2,40 HORAS

Mi chofer y yo habíamos empezado una amistad propia de las circunstancias. Se llamaba Matt Buster, y era tan inteligente como buen conductor. En un principio había creído que yo era uno de esos juerguistas que dedican una noche entera a divertirse con chicas y bebidas. No es que se hubiese equivocado gran cosa al catalogarme, pero pronto se dio cuenta de que no dedicaba precisamente la noche a la diversión.

—Si necesita ayuda en algo, no dude en avisarme —se ofreció el hombre, mientras me conducía hacia el barrio chino de San Francisco, en cuyos lindes se hallaba «Martinelli's»—. Me parece que anda usted metido en algún asunto serio.

—¿Por qué cree eso? —le pregunté.

—Hombre, pura lógica. Usted no anda de juerga por ahí, ni está borracho, ni nada por el estilo. No hace más que mirar el reloj, y me necesita toda la noche. La única conclusión natural, es que dispone de poco tiempo, que lo que sea ha de hacerlo esta misma noche, y que nadie le ayuda.

—No le falta razón —admití, sonriendo.

—Pues yo tampoco tengo otra cosa que hacer, amigo, más que conducirlo a usted de sitio en sitio. Conque si algo precisa, seremos dos.

—Gracias. Tal vez necesite recurrir a ese ofrecimiento, Matt.

A las dos y cuarto llegábamos a «Martinelli's». Allí estaba tal vez el rastro que me llevase al chantajista. Y de este, muy bien podía llegarse al asesino.

Entré en la sala del club nocturno. Como siempre, lleno a aquellas horas. El falso exotismo de su decoración, y el atavío pseudooriental de sus camareros era lo único que le diferenciaba de los demás locales de la ciudad.

La orquestina, sobre un fondo de laca decorada con paisajes chinos, permanecía en una suave penumbra herida por los reflejos de una pista de cristal, giratoria, sobre la que reverberaban en mil destellos las luces multicolores del techo. Martinelli sabía ambientar su local, sin duda alguna.

Un *maître* de impecable *smoking* blanco se acercó a mí cuando entré.

—Perdone, pero no hay mesas libres —observó, cortés—. Además, se exige la etiqueta.

—No vengo a divertirme ni a pagar a su patrón cien dólares por una botella de champaña —repliqué, incisivo—. ¿O cree que no conozco esto?

—Lo lamento, señor, pero son las órdenes que tenemos —se disculpó el empleado.

—Ya sé, ya sé. ¿Está por aquí Monty?

—¿Monty? —repitió, extrañado.

—Sí, el mismo Monty a quién usted conoce —dije secamente—. No hay otro en Chinatown.

—Bien, pero... —vaciló, y me miró con aire receloso—. Si es usted de la policía, no nos perjudique mucho al llevárselo.

Me eché a reír.

—Descuide. Tráigame a Monty, y no les perjudicaré en absoluto.

—¡Oh, no, aquí no! —miró en derredor con alarma—. Sería un escándalo. Sígame por favor.

No me convenía decirle que se equivocaba. Creyéndome de la policía, todo resultaría más fácil. Me introdujo por una puerta que tapaba un pesado cortinaje, cruzamos un largo pasillo que conducía a las cocinas y dependencias del local, y abrió una puerta a la izquierda.

—Pase y espere —indicó—. Ahora le enviaré a Monty.

No pasaron ni dos minutos hasta que se abrió la puerta y sonó una exclamación ahogada.

—¡Cielos, Mike! ¡Si eres tú! —y el más redomado bribón de San Francisco entró con un brillo de júbilo en los ojos—. Me habían asustado diciendo que era la policía. ¡La policía! —rio con fuerza—. ¡Mike Chandler un policía! Tiene gracia, ¿verdad?

—No mucha, Monty —repliqué gravemente.

—¡Vaya, quita ese gesto de funeral, muchacho! —se sentó frente a mí—. ¿En qué lío estás metido?

Le observé con calma. Nick Montgomery no había cambiado gran cosa desde la última vez que le vi, complicado en un asunto de drogas. Mantenía bien los cincuenta y tantos años, solo patentes en sus cabellos grises, casi blancos, y las arrugas profundas que surcaban su rostro cetrino. Por lo demás, el cuerpo ágil y enjuto, los ojos azules y las delgadas manos, conservaban toda su juvenil vivacidad. Solo así se explicaba que siguiese siendo el mago de los forzadores de cajas fuertes, y el más sagaz contrabandista de la costa del Pacífico, y el mejor forjador de coartadas falsas. Se sentía orgulloso de sus méritos, y se hubiera ofendido si alguna vez la policía le hubiese sorprendido con las manos en la masa. Las cinco o seis condenas que cumplió, fueron durante el borrascoso periodo de la Ley Seca, más por errores ajenos que por suyos propios.

—Necesito tu ayuda, Monty —le dije.

—¿Te siguen los sabuesos?

—No, nada de eso. Nadie me sigue. Yo sigo a alguien.

—¡Vaya, eso es bueno! —rio Monty—. ¿A alguna chica?

—No. Es decir, no creo que sea ninguna mujer.

—Pues no lo entiendo —declaró, perplejo—. Si la policía no te persigue y tú no persigues a ninguna muchacha, ¿qué diablos de apuro es el que tienes?

—Busco a un hombre, Monty.

—¿Y bien?

—Ese hombre frecuenta este local, y su especialidad es hacer chantaje con fotografías comprometedoras. ¿Sabes algo de eso?

—¿Por qué lo buscas? —inquirió, evasivo.

—Por algo importante. Por un crimen.

—¿Hablas en serio, Mike?

—Juzga tú mismo.

—Sí, creo que va en serio. ¿Y qué te importa a ti un crimen?

—Supón que quiero hablar con ese individuo. Que necesito verlo ahora mismo. ¿Querías saber más?

—No. Nada más. Conozco a uno así. Viene siempre por estos sitios.

—¿Su nombre?

—Talbot Marsland.

—¿Vive?

—En Sycamore Road, noventa y siete.

—¿Peligroso?

—Bastante.

Me puse en pie; él me imitó.

—Gracias, Monty. Hasta otra.

—Suerte, muchacho —y me estrechó la mano con fuerza—. Ya sabes dónde estoy.

—No lo olvidaré.

Salí de «Martinelli's». Sycamore Road no caía lejos. Salté al taxi, gritando:

—¡Al noventa y siete de Sycamore, Matt!

Aún no eran las dos y media cuando parábamos frente a un edificio de fachada gris, con las ventanas herméticamente cerradas y una puerta de cristales, a la que conducían tres escalones de piedra, sobre la cual se leía el número en un globo luminoso.

Subí el tramo de un salto, y pulsé el timbre que descubrí en el quicio. Replicó, ruidoso.

Percibí un arrastrar de pies y la puerta se entreabrió, asomando un ceñudo rostro femenino entre revueltas greñas. Traía los ojos hinchados por el sueño, y me contempló con ira.

—¿Qué demonios quiere a estas horas? —interpeló acremente.

—¿Vive aquí Talbot Marsland?

Con un gruñido se hizo a un lado, abriendo la puerta del todo.

—Suba. ¿Es que siempre ha de citar a sus amigotes de madrugada? ¡Ya le diré yo al señor Marsland lo que pienso de todo esto...! ¡Vamos, molestar a una todas las noches! ¿Qué clase de pensión se cree que es esta?

Era una pensión. Miré al piso alto, una galería llena de puertas.

—Suba a ese piso —explicó de mala gana la mujer—. La tercera puerta es la suya.

Me acerqué a la puerta tercera del corredor alto. Golpeé con los nudillos. Una pausa. Dentro, sonaron pasos suaves, y alguien interrogó con voz sibilante:

—¿Quién?

—Un amigo.

—¿Qué clase de amigo?

—Me manda Nick Monty, Marsland.

Otro silencio. Se corrió un pestillo y giró una llave. Talbot Marsland no debía de estar muy tranquilo. Abrióse la puerta unos centímetros, los suficientes para introducir disimuladamente mi pie entre el quicio y la hoja.

Me encontré con unos ojos que me observaban fríamente bajo las espesas cejas. El rostro, pálido y sin afeitar, presentaba extrañas sombras.

—¿Qué quiere? —interpeló con tono hostil.

—Hablar.

—Ahora es muy tarde. Vuelva mañana —y se dispuso a cerrar.

Eché el cuerpo sobre la puerta, y se lo impedí.

—No. Ha de ser ahora.

—¡Váyase! —gruñó, rabioso, forcejeando con la madera.

Me deslicé dentro con suavidad. Llevado de su impulso, cerró de golpe la puerta, y yo me hallé frente a él, con una mueca burlona.

—Pruebe a echarme —le invité con frialdad.

—¿Qué busca aquí? No le conozco, ni creo que le mande Nick Monty.

—Acertó. No me manda Nick.

Di unos pasos, examinando la destartada alcoba, de viejos y maltratados muebles.

—¿Quién es, entonces, y qué desea?

—¿No lo adivina? —pregunté, parándome en medio de la estancia, con las piernas abiertas y un gesto desafiante.

—¿Policía? —se rio huecamente—. No he hecho nada malo.

—¿No? —reí burlón, complaciéndome con su inquietud—. Una maceta de «Martinelli's». Fotografías. Peggy Darnell. Leslie F. Enwrighth. ¿De veras que no tiene nada, Marsland?

—No le entiendo —gruñó, secamente, el chantajista—. ¿Me acusa de algo?

Le miré. Era un tipo alto y fornido. Quizá algo menos alto que yo, pero más corpulento sin duda alguna. Estaba en mangas de camisa y me

observaba con aire batallador. Peligroso. Monty tenía razón. Talbot Marsland era un tipo muy peligroso.

—Le acuso de extorsión, amigo. ¿Sabe lo que significa?

—Sí. Pero tendrá que probarlo.

—¡Bah! Es fácil. Confesará usted enseguida. Seguro.

—No lo esté mucho. ¿Qué pruebas hay?

Miré con una sonrisa la máquina de escribir que había encima de la mesa. Luego, los papeles apilados junto a ella.

—Eso es bastante. La máquina y los papeles. Con las cartas de Peggy Darnell y Leslie F. Enwrighth, tendremos completa la acusación.

Dio dos pasos hacia mí. Entornaba los duros ojos al avanzar.

—¿Quién tiene esas cartas? —silabeó.

—Yo.

No me pilló de sorpresa el golpe, pero aun así me alcanzó. Su largo brazo hizo inútil mi retroceso, y el puño me golpeó secamente la mandíbula. Trastabillé, atontado por el impacto. Hube de apoyarme en la mesa, y vi venir el segundo golpe.

Marsland se lanzaba hacia mí con un gesto brutal.

—¡No saldrás de aquí, maldito polizonte! —masculló, feroz.

Eludí el puñetazo con una rápida vuelta sobre mí mismo hacia la izquierda, al tiempo que estiraba mi puño con fuerza. Oí crujir el hueso bajo mis nudillos, y el chantajista saltó proyectado hacia atrás, hasta golpear con una silla, que derribó; él, sin embargo, se mantuvo en pie y atacó en tromba, enfurecido por el directo. Le apliqué dos nuevos golpes en el rostro y un tercero en el estómago que le hizo doblarse con un gemido, aun cuando ya había encajado yo otro fuerte puñetazo en la sien, que me nubló la vista. Rabioso, golpeé en su descubierta cara hasta hacerle rodar al suelo. Luego, le agarré por el cuello, alcé su rostro y apliqué el puño repetidas veces, con toda mi fuerza.

Sangraba por la nariz y una ceja cuando le solté, jadeando. Estaba inconsciente. Me detuve a tomar aliento y lo arrastré sin miramientos hasta un lavabo adosado a la pared. Lo levanté con un duro esfuerzo, y metí su cabeza bajo el grifo. El agua corrió por su cara hinchada, y le oí gorgotear desesperadamente. No lo aparté de allí. El agua entraba por su boca y nariz, ahogándole. Se debatió entre gemidos, pero no cedí.

—¿Hablarás? —dije fríamente.

Negó con la cabeza, y le golpeé contra el grifo. Del corte producido saltó la sangre, manchándole la camisa.

—¿Hablas? —repetí, sin quitarle del chorro frío.

Balbució algo ininteligible y afirmó con un desesperado movimiento de la empapada cabeza.

Lo aparté del lavabo, soltándole en una silla. Quedó allí sentado, respirando con dificultad, mientras el agua y la sangre corrían por su cara

tumefacta. Encendí un cigarrillo y me apoyé en la pared, frente a él. A los pocos instantes, me miró con ojos enturbiados. Se pasó un pañuelo por el rostro y se quejó lastimosamente.

—¿Cuándo hiciste la fotografía de Peggy Darnell y Enwrighth? —inquirí con tono seco y hostil.

—Fue... la noche de Año Nuevo. Sí, en la terraza.

—¿Cómo la lograste?

—Es un sistema muy ingenioso —aún jadeaba al hablar—. En una pitillera va el dispositivo fotográfico. Me paro un instante frente a quienes quiero fotografiar y saco un cigarrillo con calma. Al abrir la pitillera, encuadro a los que deseo, y al extraer el cigarrillo, pulso el resorte. La microfotografía queda impresionada con toda claridad aun de noche y con luz artificial, por ser un punto luminoso de gran potencia.

—Sí, muy ingenioso. ¿Cuánto sacaste a Enwrighth?

—Diez mil.

—¿Y a Peggy Darnell?

—A ella, nada. No pensé que pagase por aquella «foto».

Avancé, amenazador.

—¡Ya mientes! ¿Cuánto te pagó ella? —exclamé, imperativo.

—¡Nada, nada! —gimió, asustado—. Para ella, la fotografía no tenía importancia. No hubiese pagado ni un centavo.

—¡Mentira! —le así por el cuello de la camisa— ¿Y los tres mil que te pagó el siete de enero en «Martinelli's»?

Era un golpe al azar, basándome en las anotaciones de la muerta. Se retorció, lleno de terror, y chilló:

—¡Eso sí, pero no fue por aquella fotografía!

Le solté. Una nueva sorpresa. Marsland era sincero al decir aquello, puesto que nada sacaba con decir una falsedad. ¿Qué otro rastro iba a iniciarse allí?

—Habla, Marsland —pedí duramente—. ¿Con qué extorsionaste a Peggy Darnell?

—Fue con una fotografía. Otra que conseguí días antes.

—¿En «Martinelli's»?

—No. En la feria de Beachtown, a ocho millas de San Francisco.

—¿Con quién iba?

—Con un hombre.

—¿Quién?

—No lo sé. No lo conozco, se lo juro. Pero no eran Duncan ni Enwrighth, que a esos sí los conozco. Le mandé una nota y no me respondió. A la segunda, cedió y trajo los tres mil. No quería que aquello lo viesan Duncan ni Enwrighth.

—¿Cómo conseguiste esa fotografía?

—Como todas. Los vi sentados en un carrusel de la feria, el brazo de él

sobre los hombros de la chica, y al parecer muy divertidos con la velocidad de la atracción.

»Me detuve frente al carrusel, y aguardé a que frenase. Antes de que bajasen de él, mientras reían el uno junto al otro, disparé el resorte. Fue una de mis mejores obras —concluyó, orgullosamente—. La luz de la feria era deslumbrante, y la fotografía resultó clarísima.

—¿Cómo era el hombre? ¿Puedes describirlo?

—No, creo que no. Recuerdo que era alto y moreno, más bien joven. Pero no estoy seguro de acertar ni describirlo. Era un hombre corriente.

—Comprendo. Ahora respóndeme sin mentir, fíjate bien. No se trata de perjudicarte. Si me dices la verdad, tal vez olvide el asunto. Y nadie sabrá nada. ¿De acuerdo?

—Sí —se tocó los labios hinchados y una mueca de dolor le hizo cerrar los ojos—. Diré la verdad.

—¿Conservas un duplicado de los clichés que entregas a tus víctimas?

Vaciló, con una mirada astuta.

—No... —empezó a negar.

—Recuerda. La verdad, y no pasará nada.

—Pero eso sería una prueba contra mí.

—Prueba que no utilizaré, Marsland. Solo quiero una fotografía. La de la feria. ¿Existe aún?

—No, envié el cliché a Peggy Darnell.

—¿Era... único?

—Único. Solo que...

—¿Qué?

—Guardo siempre una copia de cada fotografía. Se asombraría si viese la de personas honorables que figuran en mi archivo.

—¿Dónde tienes esas fotografías?

—Aquí no. Yo llevo el negocio con un chico que es quien se encarga de revelar las placas y hacer las copias.

—¿Él las tiene?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—¿Van a hacerle algo a él también?

—Mira, Marsland, te repito que no os ocurrirá nada a ninguno de vosotros, pero no debéis ocultar nada. Busco esa fotografía. Nada más.

—Bien. Vive aquí cerca, en Denham Square, número dieciséis. Se llama Barney, Harry Barney.

No mentía. Sabía que siendo sincero ganaba más. Le contemplé. Aquello era tal vez el rastro definitivo. El hombre de la fotografía, el acompañante de Peggy Darnell en la feria de Beachtown, era posiblemente su asesino.

—Adiós, amigo, y recuerda que no te encontrarías en ese estado de haberte portado bien.

Gruñó algo, y me dispuse a abrir la puerta. Antes me volví al chantajista por última vez.

—¿Qué he de decirle a Barney para que me dé la fotografía?

—Diga que le envío, y que quiere la foto del «asunto Darnell». Se la dará sin más explicaciones.

Salí, cerrando tras de mí. Bajé la escalera, crucé el vestíbulo de la pensión y abrí la puerta vidriera, saliendo al ambiente cálido del exterior.

Junto al bordillo de la acera opuesta, Matt tenía aparcado el coche. Llegué a él de varias zancadas rápidas, y abrí la portezuela.

—A Denham Square, Matt —indiqué—. Al dieciséis.

El taxista puso en marcha el vehículo, al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Hubo molestias?

—No muchas. ¿Por qué?

—¡Oh, nada! Es que se paró un coche ahí, hace un momento, y entró un hombre en la pensión. No llamó, abrió con propia llave. Salió enseguida, poco antes de salir usted.

Me sentí algo interesado.

—¿Y abrió él mismo la puerta?

—Sí. No sé si sería llave o ganzúa, pero abrió sin llamar.

—¿Cuánto tiempo estuvo dentro?

—Como cosa de dos minutos. Llegó un rato después de entrar usted.

—¿Cómo era el hombre, Matt?

—No pude verle bien —atendió a una curva, y luego se volvió a mí—. Le distinguí de espaldas. Era un tipo vulgar, quizá alto, pero difícil de describir.

¡Otra vez el hombre gris, impersonal! El hombre de la feria de Beachtown, el tercer enamorado de Peggy Darnell, había estado allí. ¿Para qué?

—¡Vaya lo más rápido posible, Matt! —grité, súbitamente exaltado—. ¡Es preciso que no lleguemos demasiado tarde...!

El automóvil brincó sobre el asfalto al acelerar bruscamente la marcha, y se lanzó, con un gemido de las gomas, por la pendiente de una calleja estrecha.

CAPÍTULO VII

A LAS 2,53 HORAS

El 16 de Denham Square era un edificación de fachada gris y desconchada en algunos puntos. Tenía un solo piso, cuyas ventanas aparecían entreabiertas. En la planta baja, un rótulo descolorido colgaba sobre la puerta y el pequeño escaparate, ahora cerrado:

«BARNEY — FOTOGRAFÍA»

—Espérese aquí, Matt —indiqué, en un susurro, al chofer.

Y dicho esto, fui hacia la casa de Barney. Iba con paso lento, estudiado. Tal vez desde una de aquellas ventanas entreabiertas, me vigilase ahora el hombre misterioso.

Probé la resistencia de la puerta, con un leve empujón. Fruncí el ceño, preocupado, cuando la gruesa madera gimió desagradablemente, y se entreabrió sin dificultad.

Permanecí quieto. Aquello olía a trampa. Sí, la puerta abierta podía ser muy bien el cebo. Y entrar allí, quizá una locura. No llevaba armas encima, y era una imprudencia aventurarse en una casa desconocida, donde un asesino podía estar acechando.

Me decidí, sin embargo. No había mucho donde escoger. Empujé más la puerta, y esta, con unos crujidos endemoniadamente ruidosos, se abrió.

La tienda estaba llena de estantes con material fotográfico, folletos y prospectos de casas relacionadas con la fotografía, cámaras, rollos, y un sinnúmero de cosas más. Al fondo, un cortinaje oscuro señalaba la presencia de una puerta. Avancé hasta ella.

No pasó nada. El cortinaje dejó al descubierto el hueco de una puerta sin hoja, posiblemente la entrada a la trastienda. Allí la iluminación era nula. La oscuridad constituía una masa sólida, ominosa, quizá cómplice de la muerte y el ataque alevoso.

Crucé el umbral con paso veloz y silencioso.

Me detuve inmóvil, alerta, contra la pared, sin sorprender el más leve ruido o indicio de amenaza. Di dos o tres pasos lentos, con las manos extendidas. Mis dedos rozaron algo que osciló. Un cordón pendiente del techo, rematado en un aro de metal. Lo empuñé y di un brusco tirón.

Una luz debilísima, rojiza, brotó bajo una pantallita de cristal empapelada con celofana escarlata.

Debajo de la lívida lámpara, había una pileta de estaño con agua, en la que flotaban unas brillantes cartulinas, fotografías a medio revelar.

Miré a un rincón de la estancia. Vi el armario-fichero abierto, y un montón de fotografía diseminadas por el suelo en confuso desorden. Seguí el reguero de las fotografías, hasta detener la vista en el cuerpo inmóvil, de bruces sobre el suelo.

Me acerqué lentamente. El caído vestía un pijama a rayas blancas y azules. Tenía un brazo doblado bajo el cuerpo, y otro extendido, con los dedos fuertemente crispados, como en un último gesto de desesperación.



Se inclinó sobre el hombre...

Moví levemente el cuerpo, y vi las iniciales bordadas sobre el pecho del pijama, H. B.

Harry Barney. Era él. Lo supuse desde que le vi en el suelo. Y tampoco necesitaba comprobarlo para saber que estaba muerto. Alguien le había hundido la frente con un objeto pesado. Por la tremenda herida, aún

brotaba la sangre en negruzcos surcos. Me estremecí. No hacía ni un momento que Barney había sido asesinado.

Inclinado junto a él, alcé la vista. Un pesado pisapapeles yacía a unas yardas del muerto, salpicado de sangre. El arma homicida. Un solo golpe bastó para aplastarle el hueso frontal.

Harry Barney era joven. De cabellos oscuros y tez bronceada, que la muerte teñía ahora con extrañas livideces. Dirigí la mirada hacia la mano extendida del muerto, llevado de una súbita inspiración. Tenía los dedos agarrotados firmemente en torno a algo: Me arrodillé, y traté de separárselos. Me costó algún trabajo. Sudaba copiosamente, y me detuve en la desagradable tarea. Los ojos vidriosos del infeliz miraban al vacío, con una fijeza horripilante.

Volví a forcejear con los dedos inertes, crispados.

Era una rugosa cartulina brillante lo que sujetaba. El corazón me dio un vuelco. ¡Una fotografía! Al fin, separé los dedos índice y anular. Saqué, triunfante, la cartulina. Me acerqué con ella a la luz rojiza de la lámpara.

La fotografía estaba rasgada brutalmente en forma casi diagonal. Se veía un carrusel, y en uno de los coches estaba una hermosa rubia riendo alegremente, mirando al lugar que ahora faltaba. De la persona que iba con ella en el carrusel, solo se veía un brazo, con una americana que podía ser azul oscura o negra. La mano no se distinguía muy bien, pero parecía fina y delgada.

Aquella era la fotografía que Barney debió negarse a entregar cuando se disponía a hacerlo. Quizá algo que vio en su visitante, en los ojos, le hizo recelar. Y esa súbita sospecha fue su perdición. El asesino no vaciló. Pero tenía prisa y solo pudo arrancarle de la mano, después de muerto, el trozo en que él estaba. En realidad, el único importante. De nada servía aquella fotografía de Peggy Darnell en el carrusel de la feria de Beachtown. ¿O tal vez sí? Miré con detenimiento. Sobre el vestido oscuro de la joven, se percibía el brillo de algo. Una joya de forma aparentemente triangular. ¿Por qué no en forma de corazón?

El medallón de brillantes. Lo llevaba allí, junto a él. Y él no era Duncan. Y por supuesto, la miniatura del medallón aún no estaría cambiada.

El hombre que le regaló la joya y el que aquella noche visitó a Barney eran una misma persona. Dos pistas se unían. Y ambas se perdían con la muerte del fotógrafo y la mutilación de la fotografía.

La esfera de mi reloj me subrayó la dramática verdad. A las dos horas y cincuenta y tres minutos de la mañana, seis horas antes de que en San Quintín funcionase la silla eléctrica, el único eslabón desaparecía.

Y ahora, convencido de la existencia de un culpable amparado en las sombras, solo me quedaban dos alternativas: declararme vencido o empezar de nuevo, en un loco intento por salvar una vida que, humanamente, parecía imposible salvar ya...

Las callejas silenciosas devolvían el eco sordo de mis pisadas cuando crucé lentamente la plaza hacia el automóvil.

Matt seguía en su puesto, mirándome con agudos ojos mientras me acercaba. Enseguida se percató de mi gesto sombrío.

—¿Fracaso?

—Completo. ¿No salió nadie?

—Nadie, puede estar seguro.

—Mataron a un hombre ahí dentro —expliqué.

—¡Cielos! —desorbitó los ojos—. ¿Un asesinato?

—Creo que lo llaman así.

—Pero ¿en qué clase de lío está usted metido, amigo?

—En uno muy grande. Tan grande, que una vida más o menos no importa mucho —dije, entrando en el coche.

—Bien. ¿Y a dónde vamos ahora?

—Primero a un sitio que esté abierto y tenga teléfono, hay que avisar a la policía.

—No nombrará usted mi taxi, ¿verdad?

—No. Ni usted ni yo figuraremos en el asunto. Habría que dar demasiadas explicaciones.

Arrancamos suavemente, alejándonos sin ruido. A las dos o tres manzanas vi un establecimiento abierto. Hice parar al taxista a una distancia prudencial, que salvé a pie.

El local, una cafetería sin un solo cliente en aquel momento, tenía cabina telefónica al fondo. Entré y abrí el listín, buscando algo. Llegué a la C, sección clínicas. Recordaba que Selena Duncan, la esposa del hombre condenado en San Quintín, aguardaba el nacimiento de su hijo en una clínica particular cuyo nombre no retenía exactamente en mi memoria. Solo sabía que empezaba con H, y que tenía una doble uve en el centro.

Ojeé la página, en la que figuraban más de veinte clínicas u hospitales cuyo nombre tenía esa inicial y esa letra en el centro: Howard, Hallwan, Harrisworth, Hillwell, Holloway... Holloway. Fruncí el ceño. Sí, ese era. Holloway. Leí el nombre entero.

MEDICAL HOLLOWAY CENTER

Número F. 186»93.

Eché un níquel y disqué.

—Diga —pidió una voz femenina.

—¿Es el hospital Holloway?

—Sí.

—¿El doctor Holloway?

—No está ahora en disposición de atenderle. Hay un caso grave, ¿comprende?

—Ya. Dígame, señorita, ¿admite visitas la señora Duncan?

—No sé. Espere un momento —una pausa; luego la voz de la mujer otra vez—: La señora Duncan admite visitas por la mañana solamente. Pero mañana, no creo que reciba a nadie.

—Comprendo —respiré hondo, pensando en Dennis—. No se trata de verla mañana, señorita. He de verla ahora.

—¿Ahora? —se asombró la muchacha—. ¿A las tres de la madrugada?

—Eso es. Pero aguarde, antes de empezar con las protestas. Soy un amigo de su esposo; mi nombre es Michael Chandler. Dígaselo a ella. Se trata de su marido, es necesario que la vea. Puede tratarse de la vida de él.

—Su vida no debe contar ya mucho —dijo, secamente, la voz—. ¿Está usted borracho, acaso?

—Está bien, no me atienda —gruñí, desesperado—. Iré en persona y veré a Selena Duncan, aunque el propio Truman se oponga.

Colgué el auricular con ira y saqué otro níquel, que deslicé por la ranura. Disqué el número de Jefatura. Puse un pañuelo velando el receptor, y hablé con voz rápida en cuanto el agente de guardia me interpelló.

—Se ha cometido un crimen. Han matado a un fotógrafo en el dieciséis de Denham Square. Aun no hace diez minutos de ello.

—¡Oiga! ¿Quién es usted? —chilló, excitado, el policía.

—No se lo puedo decir, amigo. ¡Ah! Un detalle que tal vez les sirva de ayuda. El asesino es el mismo que mató a Peggy Darnell. Pero no lo busquen en San Quintín.

Puse el receptor en su sitio, y salí de la cafetería sin apresuramientos. El hombre que leía una revista de historietas tras el mostrador, me echó una vaga mirada carente de interés.

—«Hospital Holloway» —señalé al chofer—. Creo que está en el barrio residencial.

—Sí, ya sé dónde es —dijo, poniendo en, marcha el coche.

Pasamos, a una considerable velocidad, una buena parte de San Francisco.

Dejamos atrás el sector más habitado del barrio residencial, y pronto enfiló el coche una amplia avenida de tilos, escasamente poblada de hotelitos. Di un suspiro cuando vi caer la luz de los faros sobre una fachada blanca de la izquierda, revelando el gran rótulo de letras doradas:

«MEDICAL HOLLOWAY CENTER»

—Aquí es. Pare —avisé a Matt, quien con un frenazo se detuvo frente a la verja orlada de flores.

Salte el coche y pulsé un timbre en la puerta de la verja. Hube de esperar un rato.

Un hombre vestido con uniforme gris llegó a la verja y me observó a través de los barrotes, sin hacer acción de abrir.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz áspera.

—Entrar.

—¿Para qué? No es hora de visitas.

—Me espera el doctor Holloway. Se trata de algo grave y urgente. Entre y consúltelo.

El tipo vaciló visiblemente. Al fin, movió un cerrojo.

—Bien, pase usted —gruñó—. Si es grave el asunto, cualquier hora es buena.

—Creo que es usted más inteligente de lo que suponía —le dije, entrando.

La fachada tenía un amplio porche al que conducían cuatro o cinco escalones de piedra blanca, iluminada con intensidad. A través del vestíbulo me acerqué a la centralilla telefónica. Se respiraba allí ese olor a desinfectante propio de los hospitales. Pero la pelirroja que me contempló con los ojos fatigados desde la mesa de control, era más propia de una película en technicolor que de un vulgar centro médico.

—¿Qué desea? —solicitó en tono de voz impersonal.

—Dígale al doctor Holloway que quiere verle Michael Chandler... por algo relacionado con Dennis Duncan. Solo eso.

—Lo intentaré, pero no sé si le recibirá.

Introdujo una clavija en el cuadro y aguardó. Al poco, habló con alguien.

—Doctor, aquí hay un joven que quiere hablar con usted. Asegura que es algo importante... Sí, ya le he dicho que usted no recibe ahora, pero insiste en verle. Dice que se llama Michael Chandler, y que le trae un asunto relacionado con Dennis Duncan.

Hubo una breve pausa, durante la cual la telefonista escuchó a su invisible interlocutor. Después, extrajo la clavija, y se volvió a mí.

—Ganó usted. Siga ese corredor, y suba la escalera hasta el primer piso. Allí le llevarán al despacho del doctor.

En el piso superior, un joven vistiendo una blanca bata me llevó al despacho de Holloway, médico director del establecimiento.

Me encontré en una estancia de suaves tonalidades, con pesados muebles de madera tallada, cuya superficie cubrían relucientes tableros de vidrio. Tras una amplia mesa, un hombre alto y atlético, de cabellos gris plata, se quedó mirándome inquisitivo.

El doctor David Holloway tendría escasamente los cincuenta. Toda su figura respiraba vigor, energía física. Quizá no era tan alto como yo, pero su estatura resultaba considerable. El único signo de madurez estaba en su

pelos casi blanco, y en las profundas arrugas que surcaban su frente y la parte inferior de los ojos. El color del cutis era de un tono bronceado, por lo que destacaba aún más el azul verdoso de los ojos pequeños y sagaces.

—¿Es usted Michael Chandler? —preguntó al verme aparecer en la puerta.

—Sí.

—Pase. Duncan me habló muchas veces de usted. Tenía ganas de conocerle.

Me senté frente a Holloway, después de estrechar su mano. Me ofreció un cigarrillo, que acepté.

—La hora de visitarle, he de reconocer que no es muy apropiada, doctor —empecé diciendo—. Pero necesito hablar con Selena como sea.

El rostro de Holloway se ensombreció.

—¿Selena? No creo que pueda concedérselo. Espera un hijo de un momento a otro. Está muy débil y agotada. Ya sabe, el malestar unido a la angustia de saber que su marido será...

Se detuvo y me observó. Moví la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Pero aun así he de verla.

—Espere a mañana, Chandler. Al fin y al cabo es igual.

—No. Mañana sería demasiado tarde, doctor. Dennis Duncan será ejecutado a las nueve de la mañana.

—Cierto.

—Una vez muerto él, ya no tiene objeto ver a Selena. Aún vive Dennis. Ha de ser ahora.

—¿Qué adelantará con ello?

—Tal vez nada. Pero busco la salvación de Duncan.

—¿Y cree que Selena puede ayudarle en esto?

—No lo sé. Por eso quiero verla.

—Temo que no sirva de nada, Chandler.

—¿Ella duerme ahora?

—No. Lleva toda la noche en vela. No ha querido sedante alguno. No aparta los ojos del reloj. Tuvimos que quitárselo de la mesilla de noche.

—Comprendo —apreté las mandíbulas, pensando en aquellas angustiosas horas de espera para la infeliz mujer del condenado. Hasta las nueve aún le quedaba mucho por sufrir. Y luego...

—Yo he sido el médico de los Duncan desde hace diez años, Chandler —me dijo Holloway.

—Sí, ya lo sé.

—Selena nunca supo gran cosa de los asuntos de su marido. Yo lo sé. Cuando se enteró de lo de Peggy, ya era del dominio público. Lo resistió bastante bien. Mejor que lo de Stella Madison.

—¿Stella Madison? —pregunté, intrigado.

El doctor Holloway hizo un gesto ambiguo.

—Es un viejo asunto. No tuvo demasiada importancia.

—No oí hablar de ello.

—Fue a poco de volver del Pacífico. Creo que regresó de Filipinas a finales de mil novecientos cuarenta y seis.

—No, exactamente —rectifiqué—. Yo volví de Okinawa en enero de mil novecientos cuarenta y siete. Dennis llegó a San Francisco unos dos meses después que yo. Creo que estuvo al servicio de un comandante de aviación en el aeropuerto de Manila.

—Bien. Entonces, debió ser en el verano del cuarenta y siete cuando se mezcló con Stella Madison.

—¿Otro amor apasionado?

—No como el de Peggy Darnell. Fue distinto. Se encaprichó de Stella Madison cuando esta frecuentaba los clubs costosos.

—¿Era modelo o cosa así?

—No. Stella era una mujer de fortuna. Muy distinta físicamente a Peggy. Tenía entonces unos cuarenta años, pero no representaba más de los treinta.

—Y Dennis se enamoró de ella.

—Puede que fuese amor, pero no había en él nada espiritual. Podría citarle a muchos esposos intachables que tuvieron algo más que amistad con ella.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo de ahora?

—Déjeme explicarle. Stella era una cocainómana sin remisión. Compraba drogas a los traficantes ilegales, y las pagaba a precios exorbitantes. También se aficionó a la marihuana. En una *razzia* de la Policía en el Barrio Chino, la sorprendieron en un lugar bastante desagradable, enloquecida por la droga. El asunto fue sensacional. La detuvieron y encarcelaron. Se descubrieron muchos trapos sucios. Los Duncan se libraron por verdadero milagro. Robert fue quien lo consiguió, pues parecían existir pruebas de que Dennis se mezcló de un modo muy comprometedor en el asunto de la marihuana mientras tuvo relaciones con Stella. Pero Robert tiene buenas amistades en el departamento de Policía. El asunto se silenció, y después de un proceso escandaloso, Stella Madison fue puesta en libertad con una fianza bastante elevada.

—Su físico influyó, ¿eh?

—Ya sabe usted lo que ocurre cuando una mujer así se sienta en el banquillo. Los miembros femeninos del jurado procuran un veredicto condenatorio, pero los hombres consideran lamentable condenar a una dama tan hermosa. Compasión lo llaman algunos, aunque yo le daría otro nombre.

—¿Y qué pasó luego?

—Stella Madison se curó en gran parte de su afición a las drogas. Volvió a vérsela con Dennis Duncan algunas veces, pero Selena le armó un

escándalo a su marido. Ella no es de esas celosas histéricas que se pelean con el esposo cada dos días. Cuando Selena hace algo así, es porque tiene sobrados motivos. Dennis debió comprenderlo y, por una vez en su vida, tuvo la suficiente sensatez de ver lo que le convenía más. Dejó de relacionarse con Stella Madison pese a que ella, según rumores, le amenazó con vengarse si la dejaba.

—¿Aun así la dejó?

—Sí. Stella Madison es rencorosa, y muy capaz de cumplir lo que promete. Suponga que en todo esto ha intervenido ella directa o indirectamente.

—Es una sugestión interesante —admití, pensativo—. Si no fuese porque buscamos a un hombre desconocido, Stella resultaría la sospecha ideal.

—Aún puede serlo. Hay personas que instigan a otros, cómplices suyos, a cometer un delito. ¿Y si ese hombre fuese un simple cómplice?

—Puede serlo, pero no lo creo. Tiene demasiada personalidad, pese a su aparente impersonalidad. Es un hombre gris, pero con cerebro propio.

—Tal vez tenga usted razón.

—Además, ¿qué indicio existe de que Stella Madison conociese a Peggy Darnell?

Los ojos del doctor Holloway brillaron vivamente.

—Espere, Chandler. Olvidé algo importante. Sí, muy importante.

—¿Qué es? —inquirí, inclinándome hacia él.

—Stella Madison es, actualmente, muy amiga de un tal Carlos Valdivia.

CAPÍTULO VIII

A LAS 3,20 HORAS

Se abatió un denso silencio. Aplasté el segundo cigarrillo en el cenicero, y clavé la vista en el reluciente cristal del tablero.

—Necesito hablar con Selena.

Holloway suspiró, resignado. Se puso en pie con desgana.

—Está bien —se rindió—. Vamos, Chandler.

Salimos. Franqueamos una puerta de vidrio esmerilado, en la que leí: «Maternidad».

Holloway se detuvo ante la habitación número once. Golpeó suavemente con los nudillos sobre la madera.

—Selena —llamó con voz apacible—. Soy yo, Holloway.

—Pase, doctor —dijo una voz débil, tras la puerta.

Abrió y entramos.

Selena Duncan, esposa de Dennis, no tendría más de treinta años. Yo la había conocido bella y llena de atractivos. Ahora, seguía siendo bella, pese a las profundas sombras violáceas que cercaban sus grandes ojos, y al color pálido de las delgadas mejillas. Nos miró con expresión vacía, carente de interés.

—Tiene usted una visita, Selena —explicó Holloway, cerrando la puerta.

—No quiero ver a nadie, doctor —replicó ella, con tono inexpressivo.

—Es un amigo de Dennis, Selena —insistió el médico.

—Que se vaya. No quiero hablar. No quiero.

Avancé dos pasos hacia la cama.

—Soy yo, Selena. Chandler, Mike Chandler.

Volvió a mí unos ojos dolorosamente vacíos.

—Ya le conozco, Mike. Gracias por venir. Pero no puedo hablar. Váyase, por favor.

—Oiga, Selena, ha de escucharme, aunque no quiera hablar. Escúcheme al menos.

No dijo nada, fija su vista en la blanca pared de enfrente. Me senté al borde del lecho, tratando de atraer su atención.

—Dennis me llamó esta noche desde... desde allí —empecé con voz ronca—. Es inocente, Selena. Inocente.

No pareció afectarle la noticia, pues continuó inmóvil.

—No mató a Peggy, no fue él, Selena, ¿me oye? —continué desesperadamente, seguro de que escuchaba todo—. Hubo otra persona

interesada en la muerte de ella. Voy siguiendo la pista de esa persona. Posiblemente esta misma noche acabaré descubriendo la verdad. Pero para eso necesito su ayuda. Hay que salvar a Dennis.

Esperé un momento en silencio. Selena Duncan volvió con lentitud la cabeza hasta mirarme fijamente a los ojos.

—Es inútil, Mike —dijo, monótonamente—. Dennis morirá a las nueve. ¿Qué más da si es o no culpable?

—No me entiende, Selena. Necesitamos las pruebas de su inocencia antes de las nueve. Solo así se puede suspender la ejecución.

—No sufra, Mike. No logrará nada. Nadie podría salvar ya a Dennis. ¿Sabe usted quién mató a Peggy?

—No. Aun no —admití, sombrío.

—¿Lo ve? —una amarga sonrisa crispó sus labios—. No lo sabe. Y serán ya las tres y media.

—Las tres y veinte —rectificó Holloway.

—Las tres y veinte —repitió Selena—. ¿Y cree que a las nueve ya habría resuelto todo? No, amigo mío, eso no puede ser. Vuelva a su casa, acuéstese y duerma. Cuando despierte, mañana, ya se habrá acabado la pesadilla. Entérese de la fecha de los funerales, y acuda a ellos. Será todo lo que pueda usted hacer por él.

Incliné la cabeza. Imposible. Allí nadie tenía esperanzas. Todos admitían con trágico fatalismo la llegada del fin. Ni siquiera intentaban ayudar a un loco que pretendía evitarlo. No, entre aquellas personas no hallaría nunca ayuda suficiente.

Me puse en pie, cansado. Holloway me contemplaba con silenciosa hosquedad. Eludí su mirada.

—Vámonos, doctor —pedí.

Salimos de la alcoba de Selena. Estreché la mano de Holloway.

—No me diga nada, doctor —sonreí vencido—. Ya sé lo que me va a decir.

—Se lo avisé, Chandler. Selena no confía ya en nada ni espera nada de nadie.

—Ya lo vi. Es un pobre guiñapo. Si Dennis muere, será una verdadera ruina. Y el hijo que va a nacer...

—En eso no confío —admitió el médico, ahondados los profundos surcos de su frente—. Aunque quizá sea mejor así, después de todo.

—Sí, mucho mejor —descendí los escalones de la entrada hasta pisar la grava del camino. Me volví un momento antes de alejarme—. ¿Sabe dónde puede encontrar a estas horas a Stella Madison?

—Vive en un apartamento de Wilson Street, en el número ochenta y dos —me informó Holloway—. Y cuidado dónde se mete, Chandler.

Hice un ademán de saludo y seguí adelante.

Matt tiró su cigarrillo al verme llegar. Debió de adivinar por mis largos

pasos y la expresión de mi rostro que volvíamos a la lucha. Animó su cara larga con una sonrisa risueña.

—¿Seguimos, jefe? —preguntó alegremente.

—Sí, Matt. Seguimos la batalla. A Wilson Street, amigo. Al ochenta y dos.

Arrancó, enfilando una transversal que condujo directamente a la Grant Avenue.

Ya cerca del centro, Matt torció bruscamente a la derecha, enfilando una amplia calle de elevados edificios.

Las luces neón de dos cabarets parpadeaban intermitentes no muy lejos de donde frenó el coche. Salté del vehículo y miré el edificio. Tendría dieciséis o dieciocho pisos, y en cada uno de ellos unas terracitas alargadas, cuyos parapetos se ornaban de flores.

Era una de esas casas lujosas, cuyos apartamentos se alquilaban por cantidades exorbitantes. Stella Madison, según las explicaciones del doctor Holloway, era una mujer que solo podía vivir en sitios así.

Entré en un vestíbulo sumido en la penumbra de una iluminación indirecta.

En el rincón de la derecha, vi la centralilla. Los pisos se dividían en dos series de apartamentos, a izquierda y derecha de la escalera. La letra B denominaba a los del ala derecha. La tercera puerta era, según dijo el telefonista, la de Stella Madison.

Golpeé dos veces en la madera y esperé. Me sorprendió a mí mismo oír girar la llave en la cerradura. Me aparté justamente cuando se abría la puerta. A través del breve espacio que dejaba la cadena de seguridad, pude ver a Stella Madison. Sin duda, tenía razón Holloway. Era hermosa, y debía de haberlo sido mucho más. Alta, opulenta de líneas, su tez tenía un tinte bronceado, a tono con el negro intenso de su ondulado cabello y la profundidad de sus pupilas.

Vestía una *deshabillé* verde esmeralda, que marcaba descaradamente sus curvas. Tuve que examinarla aprobadoramente, pese a la frialdad glacial de su mirada.

—¿Quién es usted? —inquirió, cortante.

—Oh, eso no vale. ¡Siempre la curiosidad femenina! Déjeme pasar, ande.

—Ni lo sueñe, si antes no dice quién es y qué quiere.

Suspiré, fatigado.

—Allá usted. No creo que sus vecinos deban enterarse de sus cosas privadas. Será mejor para todos que entre.

—¿Para todos?

—Sí. Para usted, para mí... para Dennis, y para Valdivia tal vez.

Cerró la puerta lo bastante para desenganchar la cadena, y abrió de par en par.

—Pase —invitó.

Stella Madison cerró la puerta.

—¿Va a ser muy largo? —preguntó.

—Según.

—Siéntese, entonces, señor... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No lo dije. Llámeme Chandler. O Mike, como quiera.

—Le llamaré Chandler. No me gusta hablar de...

—Sí, ya lo oí. No quiere recordar nada de su época mala. Ni la marihuana, ni nada de eso.

—Acabemos de una vez. ¿A dónde quiere ir a parar?

—No muy lejos. ¿Conoció usted a Peggy Darnell?

—¿Darnell? —fingió recordar, pero nada más lo fingió—. No sé si la conocí.

—Era una chica rubia que trabajaba en un cabaret.

—Conozco a muchas rubias que trabajan en cabarets.

—A esta, la estrangularon con la corbata de Dennis. ¿Sabe de muchas que hayan muerto así?

—Ahora recuerdo. La mató Dennis. Sí, la vi algunas veces en el «Valdivia».

—Carlos creo que la amó, ¿lo sabía?

—No tengo por qué saberlo. ¿Cree que llevo la cuenta de los idilios de toda la ciudad?

—Es dura de pelar, ¿eh? —gruñí, enfadado—. No da su brazo a torcer.

—Empiezo a pensar que me molesta su presencia. Si todo lo que quiere decirme es tan interesante como hasta ahora...

—No; hay algo de más interés. Duncan morirá al amanecer del día de hoy, en una fea silla de San Quintín.

—Ya lo he leído, y no me interesa gran cosa.

—Siempre es un consuelo —admití—. ¿Y estaría dispuesta a prestarme... una pequeña ayuda, si se lo solicitase?

—¿Para salvar a Dennis?

—Al menos para intentarlo.

Se marcó una línea profunda entre sus cejas, y, mecánicamente, se puso *whisky* en su vaso. De pronto, cayó en la cuenta de algo.

—¡Oh, si no le ofrecí nada de beber! —exclamó, levantándose. Abrió un mueble licorero, y sacó un alto vaso—. ¿*Whisky*, brandy, o...?

—*Whisky* —indiqué—. Sin soda.

Volvió a sentarse, y echó licor hasta mediar el vaso. Me lo alargó sonriendo. Bebí con satisfacción. Dejé el vaso sobre la mesita, y miré a Stella Madison.

—¿Qué me contesta?

—Pues... no sé en qué puedo ayudarle, sinceramente. Yo no conozco nada del último período de Dennis. Nada de sus amores con Peggy Darnell.

—¿De veras?

—Bueno, sé lo que todos saben. Que se enamoró de ella en el «Valdivia», que la retiró de su trabajo en el cabaret, que le puso un apartamento... Ya sabe, todas esas habladurías que circulan por ahí.

—¿No le extrañó que Dennis se gastase tanto con esa chica? Tenía algo de dinero, pero no creo que lo suficiente para llenar de joyas a Peggy y comprarle pieles costosas.

Stella vaciló un momento.

—¿Entonces, no lo sabe? —preguntó, extrañada.

—Sí no sé, ¿qué?

—Ya veo que no —hizo una pausa, y miró las pinturas murales con aire pensativo—. Se ha debido preocupar usted demasiado de la vida de Peggy Darnell, para investigar en la de Dennis. ¿No sabe nada de cuando me procesaron sobre el asunto de la marihuana?

—Algo me contaron —admití.

—Entonces, se complicó bastante por culpa mía. Su hermano Robert le sacó del apuro. Robert es mayor que él, y siempre ha procurado cuidarle todo lo posible. Pero más tarde, por culpa de Peggy Darnell, también andaba mezclado en otro asunto feo.

—¿Drogas también?

—Sí. Utilizó los conocimientos adquiridos entonces, para dedicarse luego a traficar en heroína. Es un negocio lucrativo, y con una chica como esa Darnell, hace falta mucho dinero.

—Nada se habló de eso en el juicio contra Dennis.

—Otra vez Robert —suspiró ella—. No pudo hacer nada contra la acusación de asesinato, pero al menos libró a su hermano y a Selena de un nuevo enigma.

—Empiezo a creer que Bob era una especie de Papá Noel.

—Supe que Dennis andaba metido en lo de la heroína de un modo enteramente casual. ¿Quiere que se lo cuente?

—Bueno.

—La historia no es muy larga ni muy interesante, pero tal vez le ayude en algo.

—Le prometo irme en cuanto me la explique.

—No hay demasiada prisa —observó ella, ambiguamente. Llenó nuevamente los vasos de licor. Yo abrí mi pitillera y le alargué un cigarrillo. Lo encendió con un bonito encendedor de plata, y también me dio fuego a mí.

—La escucho, señorita Madison.

—Bien. Creo que debo empezar por la noche en que fui al «Valdivia». Estaba citada con un tal Jeremy Pelham, contrabandista de drogas lo bastante inteligente para no ser cazado nunca con las manos en la masa.

—¿Sigue aficionada a la marihuana?

Hizo un gesto vago.

—Resulta difícil sustraerse, una vez acostumbrada a ella. Y tampoco pongo gran interés en dejarlo.

—Ya.

—Pelham me da cada veinte o treinta días mi provisión de la droga. También trafica en heroína, cocaína, morfina y opio.

—Todo un caballero —califiqué, burlón.

—Al menos, él cree serlo, y nadie le lleva la contraria. Según iba a decirle, aquella noche, Dennis estaba de mal humor. Había perdido un cargamento, incautado por el F.B.I. Dennis esperaba el dinero, pues tenía un déficit de cinco mil dólares en los impuestos Federales por haber comprado a Peggy una pulsera de siete mil dólares. Pelham le negó su ayuda en el grave aprieto, y Dennis le golpeó, llevado de su desesperación. Ya se veía al borde de la hecatombe, y entonces vio que Pelham no era su amigo...

CAPÍTULO IX

A LAS 3,33 HORAS

—Eso fue todo, Chandler —concluyó Stella, bebiendo un trago de *whisky*—. Y así me enteré de los sucios negocios en que Dennis se había metido por culpa de los caprichos de aquella mujerzuela.

—¿Cómo salió Dennis del apuro con los agentes del impuesto federal? —pregunté con curiosidad—. ¿Lo sabe acaso?

Stella sonrió.

—Claro que lo sé. Yo le envié a su casa aquella misma noche los cinco mil que le faltaban, sin decir quién los enviaba. No sé si él haría muchas averiguaciones para conocer al inesperado Santa Claus. Lo cierto es que pagó los impuestos a la mañana siguiente.

Permanecí silencioso. No aclaraba mucho aquella narración. Si acaso, complicaba más las cosas. Duncan se creó un enemigo en la persona de Jeremy Pelham. No podía descartarse a este del caso. Ni tampoco a Stella. Parecía odiar bastante a la rubia modelo asesinada. Había odio por todas partes. Y el odio precede al crimen.

Miré el reloj. Las tres y treinta y dos minutos. La noche se extinguía, implacable. Dentro de una hora, asomaría el día tras la ciudad gris. Y con el día, la fatídica aproximación de lo que yo pretendía evitar.

Apuré un último trago de *whisky*. Con la vista fija en el verde esmeralda del *deshabillé*, pensaba en la llamada telefónica de las doce y cuarto. La alucinante llamada desde la antesala de la Muerte, desde las salas frías de San Quintín, recogiendo el último adiós de un condenado a muerte que ahora estaría quizá contando los minutos con mayor angustia que yo, oyendo jugar al ajedrez o a los naipes a sus carceleros.

Estaría en mangas de camisa, demacrado y sombrío, con unos pantalones grises que, poco antes de las nueve, serían rasgados para permitir la aplicación de los electrodos. Me estremecí.

—¿En qué piensa, Chandler? —me interpeló de pronto Stella, arrancándome de mis desagradables pensamientos.

—En él —respondí suavemente—. No es grato, créalo.

—Sí, lo imagino. Yo prefiero no pensar siquiera. Al fin y al cabo, un día lo quise.

—¿Ya no lo ama?

—No. Aquello acabó hace tiempo. Cuando le envié los cinco mil, ya no significaba nada para mí. Pero era Dennis, y no podía hacer otra cosa que

ayudarle. Hoy... hoy no está en mi mano prestarle ayuda.

—Claro. ¿Qué puede decirme de Carlos Valdivia?

Stella se sintió inquieta.

—¿De Carlos? No sé qué puedo decirle.

—¿Le ama?

—No creo que eso pueda ya interesarle, Chandler —replicó ella, fríamente.

—Nada me interesa personalmente, pero todo puede servir de ayuda al esclarecimiento del misterio.

—Carlos no puede relacionarse en nada con el crimen.

—¿Por qué no? Estuvo enamorado de Peggy, no tenía grandes simpatías hacia Dennis, y no pareció muy triste porque alguien liquidase a la muchacha.

—Tampoco me puso triste a mí —repuso, con dureza, la mujer—. Puedo decirle que consideré un acto de estricta justicia el asesinato de aquella fulana.

—Un crimen nunca puede ser un acto de justicia —advertí secamente—. Aunque el mismo espíritu del mal fuese la víctima. Y habría mucho que discutir acerca de si Peggy Darnell fue una mala mujer en la vida. Tal vez los peores eran los seres que la rodeaban. Incluido su querido Carlos, preciosidad.

Stella se incorporó, irritada.

—Ya le dije cuanto puede servir de ayuda a Dennis. Váyase, Chandler. No me gusta su tono.

Me puse en pie con calma.

—Está bien. Hasta otro día, Stella. Y dígame a Carlos Valdivia que otra vez no se esconda al llegar yo. Resulta muy molesto estar tanto rato oculto.

Hubo una pausa expectante. Stella miró a mis espaldas. Y ni siquiera me volví al oír la voz untuosa del sudamericano, ahora endurecida y áspera:

—Muy gracioso, ¿verdad, Mike?

CAPÍTULO X

A LAS 3,50 HORAS

Vestía aún el *smoking* blanco que le vi en el club, y la luz tamizada de la sala le hacía parecer más aceitunado de lo que realmente era. Sonreía, luciendo las dos perfectas hileras de sus níveos dientes, pero la sonrisa no tenía cordialidad.

—Asomó, al fin, tras la cortina —dije, burlón—. Como Polonio en las estancias de la reina. Solo que Hamlet no necesitó atravesarle con su daga. Eso hubiese sido impropio de nuestros días, ¿eh, Carlos?

—Supongo que sí —masculló Valdivia, reprimiendo su ira—. Tú no eres un príncipe vengativo.

—No te fíes demasiado. Príncipe no soy, pero vengativo puede serlo cualquiera. Tal vez el que mató a Peggy Darnell lo hizo por vengarse de algo.

—¿Sugieres que fui yo?

—Me horroriza sugerir cosas que no puedo demostrar. Si realmente liquidaste tú a la chica, no te lo sugeriré hasta que pueda llevarte al mismo lugar en que ahora está Dennis.

—Sigues pareciéndome graciosísimo —gruñó, sombríamente, el sudamericano.

—Pues te aseguro que no es mi intención —llegué a la puerta y contemplé desde allí, con aire indiferente, a la pareja—. Magnífico grupo. Los dos morenos, hermosos. Y los dos, egoístas, apegados a sí mismos.

Reí con sarcasmo al notar la incomodidad de Valdivia, erguido en medio de la salita.

Salí y cerré tras de mí. Ya en el corredor, alejé el gesto de sarcasmo. Me sentía irritado. Irritado conmigo mismo. Aquello no conducía a nada. El camino se hacía áspero, estéril, por momentos. En alguna parte estaba la verdad, y yo no la veía. ¿Dónde? Stella, el doctor Holloway, Valdivia, Jeremy Pelham, Enwrighth, el pobre Barney, Marsland, la rubia Costello... Gentes distintas que de un modo u otro, se relacionaron con la asesinada modelo de la Jefferson Road. ¿Estaba entre ellos el culpable?

Ya en el taxi, Matt esperó instrucciones. Viendo que no decía nada, se volvió a mí.

—¿A dónde ahora? —preguntó.

—Market Street, ciento treinta —indiqué, arrellanándome en el asiento.

El taxi arrancó, alejándose de la casa donde vivía la mujer que tanto

amó a Dennis Duncan. Íbamos a Market Street, ciento treinta. El domicilio de Robert Duncan. Era ya hora de hablar con el hermano de Dennis. Y eso era precisamente lo que iba a hacer.

Frente al edificio de piedra gris, donde Dennis Duncan viviera de soltero con su hermano Robert, existía aún el antiguo taller de relojería que yo recordaba perfectamente. De un modo intuitivo, mi mirada se dirigió a la esfera iluminada del reloj que servía de muestra al establecimiento.

Las cuatro menos doce minutos.

Subí los tres escalones de piedra que conducían al portón de entrada. Miré hacia lo alto. Todas las luces, a excepción de una, estaban apagadas. Localicé mentalmente la estancia de la casa a que correspondía la luz. La biblioteca. Robert Duncan no dormía aquella noche tampoco.

Por lo visto, nadie dormía en San Francisco. Ni siquiera el desconocido asesino. Y esto es lo que resultaba menos tranquilizador.

Pulsé, prolongadamente, el timbre de la puerta. Luego, aguardé. Alguien hizo girar una llave dentro, y recorrió un pestillo.

En el hueco iluminado se perfiló la esbelta silueta de Robert Duncan.

—¡Cielos! —quedó perplejo, mirándome—. ¡Mike!

—En carne y hueso —asentí, sonriendo—. Buenas noches, Bob.

Me tendió los brazos. Abracé al viejo amigo con verdadero afecto. Cerró la puerta, y se quedó mirándome.

—No has cambiado en nada. Sigues igual. Si acaso, más profundas las líneas de la frente.

—Preocupaciones, Bob. La vida las trae cada vez mayores.

—Y más cínica tu sonrisa.

—El cinismo crece con los años. Como una enfermedad incurable.

Contemplé a mi vez al hermano mayor del condenado de San Quintín. Vestía un largo batín de grandes cuadros en azul y verde oscuro, y calzaba chinelas de raso, en un tono azulado semejante al del batín.

Lo que me impresionó fue su rostro. No era el que yo conocía en Robert. La tez intensamente pálida, demacrada, con sombras violáceas en torno a los ojos, bajo los cuales se acentuaban las bolsas como nunca. La boca, de labios finos y suaves, no sonreía con su proverbial simpatía.

Robert Duncan no era el mismo.

El insomnio, el dolor, la desesperación tal vez, minaban su salud paulatinamente. Y él lo sabía. Lo leí en sus ojos, antaño alegres, risueños, y ahora profundos, vacíos de expresión.

—¿Dormías? —pregunté inútilmente, por decir algo.

—No.

—¿Lo has intentado, al menos?

—Sí. Fue inútil.

—Es preciso sobreponerse.

—Ya lo sé. Pero esta noche no podría.

Hubo un silencio doloroso. Las comisuras de los labios se profundizaron amargamente.

—Mike, sube. Al menos, me harás compañía unos minutos.

Subí tras él por la amplia escalera alfombrada de rojo oscuro. Ya en la galería superior, apagó la gran lámpara del vestíbulo.

Por la galería, que asomábase en un balaustrada de mármol al suntuoso vestíbulo, nos dirigimos a la biblioteca. Recordaba bien la casa de los Duncan. Seguía como siempre. Con su riqueza, su gusto europeo, su severidad no exenta de un hálito acogedor. No había cambiado en nada. Eran ellos los que habían cambiado.

Lo sentía en cada uno de los lentos movimientos de Bob. Dennis no era ya el niño grande de mirada ingenua y carácter impulsivo. Era un hombre arrastrado al fango por una mujer y por la maldad de otros. Bob no era tampoco el muchacho jovial, con una solución para todo y con una gran capacidad para el dolor. Sentíase amargado, vencido, y sin fuerza moral para resistir lo que se avecinaba. Era sorprendente lo que una mujer puede dejar tras de sí, aun después de muerta. Peggy Darnell tuvo la culpa de su propia muerte, y también la tenía de esto. Un hogar destruido, acabado. Eso era, a fin de cuenta, el ciento treinta de Market Street. Una ruina.

Entramos en la biblioteca.

Observé el butacón colocado junto a la pesada mesa de madera negra. En una mesita de lectura, bajo la lámpara, un cenicero lleno de cigarrillos a medio consumir. Y al lado, un libro voluminoso, abierto por una página que, sin duda, estaba leyendo Bob cuando yo llamé.

—Siéntate —me dijo Robert, indicándome una butaca frente a la suya.

Pasé junto a esta y, con movimiento rápido, miré el título del libro en la portada. «Cómo murieron famosos criminales». Miré a Robert, que parpadeó, turbado.

—¿Por qué quieres atormentarte, Bob? —le reproché suavemente—. Trata de olvidar, al menos hasta mañana.

—No puedo —musitó con amargura.

Levanté el pesado libro y lo introduje en el hueco de un estante, que acusaba su sitio primitivo.

—Así es mejor. No adelantarás nada con torturarte toda la noche.

Se acomodó en su asiento, mirándome fijamente.

—¿A qué has venido, Mike? —preguntó.

—A verte, Bob.

—Sí; ya sé, pero, ¿por qué?

—Dennis me telefoneó esta noche.

Se quedó rígido.

—¿A ti? —se sorprendió.

—Sí. Recordó a su viejo compañero de Okinawa. Una vez que estuvo a punto de caer herido por una bomba de mano, yo le empujé a tiempo lejos

del lugar donde estalló. Luego, cuando me dio las gracias, le dije algo en tono de broma. Fue algo así como: «Soy tu niñera, Dennis. Si alguna vez corres otro peligro así, no te olvides de avisarme». Y ya lo ves. Me avisó.

—¿Qué... qué te dijo?

—Me pidió que descubriese, después de su muerte, a la persona que mató realmente a Peggy Darnell.

—Él no fue, ¿verdad, Mike?

—No.

—Siempre lo creí así. Un hombre como Dennis puede cometer muchas locuras si se enamora de una chica como aquella. Pero matar... no, eso no lo haría nunca él.

—Todos no creen en él como tú, Bob.

—¿Quiénes son todos? —se interesó.

—Todos. Selena, Holloway... Stella —añadí, sin perder de vista su expresión.

Alzó la cabeza vivamente.

—¿Stella?

—Stella Madison, tú la conociste bien.

—¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—Es la amiga de Valdivia. Y se provee de cigarrillos de marihuana a través de Jeremy Pelham. ¿Lo conoces?

—Claro.

—Tu hermano anduvo metido en el negocio de los estupefacientes cuando Peggy le hubo sacado hasta el último centavo.

—¡Aquella víbora...! —se dio cuenta de lo que decía, y se detuvo—. Dios me perdone.

Le narré cuanto Stella me contara. Robert me escuchó sin parpadear.

—No lo comprendo, Mike —confesó—. Hay algo en todo esto que no entiendo.

—A mí me sucede igual —corroboré—. Alguien miente, pero no sabemos quién. Puede reconstruirse perfectamente la historia que busco, pero hay detalles que no encajan. Cosas dispares, incongruentes. Dios, ¿dónde estará la verdad?

—Tal vez en lo más sencillo —sugirió Robert Duncan.

—Sí, tengo ese presentimiento. En lo más sencillo se encierra el elemento negativo, la pieza absurda del rompecabezas. Pero, ¿dónde? Puede ser un medallón, una fotografía, ¡qué sé yo!

—¿Por qué un medallón o una fotografía precisamente? —se interesó.

—Sería muy largo de contar. Hay un medallón que le regaló un hombre desconocido. Y una fotografía tomada en Beachtown, en un carrusel de la feria, con el mismo hombre. Ambas pruebas están destruidas.

—Es un callejón sin salida, Mike. No lograrás nada —murmuró monótonamente—. ¿Aun vas a luchar?

—Sí. Hasta el fin.

—El fin está demasiado cerca.

—Aun así.

—Que Dios te proteja, muchacho —susurró fervientemente—. Quisiera luchar a tu lado, pero no puedo.

Me puse en pie.

Puse una mano en su hombro.

—Hasta otro rato, Bob —me despedí.

—¿Necesitas que te acompañe a la puerta?

—No. Conozco el camino.

—Entonces, adiós. Los funerales serán dentro de tres días. Espero que asistas.

Me estremecí al abandonar la biblioteca. No creía en mi éxito. Se hacía a la idea de que Dennis ya estaba muerto. En realidad, tal vez lo estuviese. Nadie confiaba en que yo lograra salvarle. ¿Es que confiaba yo mismo en ello? Era una locura. Eso había pensado en casa de Maise, cuando recibí la llamada. Ahora lo veía con mayor claridad. Sí, una completa locura.

La calle seguía solitaria, y el suelo húmedo, aunque el denso calor, escasamente aliviado por el fresco de la madrugada, había evaporado en algunos puntos el agua del riego nocturno. Los marineros y la mujerzuela de la esquina ya no estaba allí.

Unas puertas más abajo, un camión de reparto de leche se detenía para dejar su mercancía. Más lejos, a la entrada del Mercado Central de la ciudad, se veía ya la animación propia de la hora.

Lentamente, anunciando ya la proximidad del amanecer, la ciudad despertaba como con pereza lánguida y desganada. Miré el reloj iluminado de enfrente.

Las cuatro menos cinco.

Un perro flaco y sucio, rebuscaba entre un papel de desperdicios tirados por alguien al borde de la acera. Arriba, el ventanal de la biblioteca seguía iluminado. De la bahía llegó el ulular metálico de una sirena.

Crucé el arroyo lentamente. Percibí un chapoteo al meter el pie en un charco. Seguí hasta el taxi sin importarme las salpicaduras de barro en el bajo de mi pantalón claro.

El pobre Matt dormitaba, apoyado en el volante. Se incorporó con viveza al sentirme llegar. Le bastó una mirada a mi semblante para adivinar el escaso éxito de la visita. Torció el gesto.

—¿A algún otro sitio?

—Sí, Matt. Al «Valdivia». Son las cuatro. Vamos a recoger a una chica.

Y me acomodé en el asiento, pensando en la morena Betsy, la chica de la naricilla respingona que atendía el guardarropía del «Valdivia».

CAPÍTULO XI

A LAS 4,15 HORAS

Betsy estaba arreglando su gracioso flequillo ante el espejo del guardarropa cuando me presenté ante ella, sonriente y con un horrible aspecto tras mi nocturno deambular. Se volvió, con los lindos ojos abiertos por la sorpresa.

—¡Por todos los ángeles del Paraíso! —exclamó con júbilo—. ¿Tú en persona?

—Algo averiado, pero yo mismo.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? Queda muy poca gente en la sala, y la orquesta terminará dentro de diez minutos.

—No me importa cuándo acaba la orquesta. ¿Tú acabaste?

—Claro.

Prendiéndola de un brazo, la llevé hacia el taxi que aguardaba fuera, con Matt al volante.

—Escúchame, Betsy... Oye, ni siquiera sé cómo te apellidas.

—Ese es tu interés por mí —me reprochó—. Dawson. Betsy Dawson.

—Bien, Betsy. Necesito localizar a un hombre.

—¿Quién?

—Jeremy Pelham. ¿Lo conoces?

—Sí. Ese tipo gordo y repugnante que iba a veces con la Costello.

—¿Qué dices?

—Que Pelham es un amigo de la rubia esa que buscabas tú antes.

—No lo sabía.

—Esta noche creo que ese gordo antipático daba una fiesta en su residencia de la Grant Avenue.

Lancé un silbido de sorpresa.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡Esa sí que es buena!

—¿Ocurre algo?

—No, nada; una pieza que ha encajado súbitamente en el rompecabezas. Otra vez a la Grant Avenue, amigo Matt —dije al taxista—. A casa de la rubia de antes.

Asintió Matt y varió la dirección, enfilando por la Union Square. Yo me volví a Betsy, que me observaba curiosamente.

—¿Estuviste con la Costello?

—Sí.

—¿Y qué conclusiones sacaste?

Sonreí cínicamente.

—Que besa muy bien.

—¡Desvergonzado! —se enfadó la muchacha—. ¿Te dedicas ahora a las chicas de los cabarets?

—Sí. Tienen sus encantos —y miré aprobadoramente su linda figura.

Enrojeció el bonito rostro.

—¡Oye, te aseguro que...! —empezó a decir, pero yo le puse el índice sobre los labios.

—¡Chist! —ordené con fingida severidad—. No admito discusiones. Vámonos a divertirnos un rato tú y yo.

—¿A dónde vamos?

—A una fiesta muy interesante —expliqué, recostándome en el asiento.

Betsy y yo llegamos a la puerta del edificio. Hasta abajo llegaba el rumor de risas y las notas de una melodía. Llamé, golpeando con un pesado aldabón.

No respondió nadie. Repetí la llamada, temiendo que no nos oyesen, demasiado interesados en la fiesta. Pero al poco rato oímos descender un pestillo, y se abrió la puerta.

Un hombrecillo de escasos cabellos en desorden, con manchas de *rouge* en la cara, apareció ante nosotros. Sostenía una copa de licor con la mano izquierda, y nos miró perplejo. Su «smoking» estaba lamentablemente arrugado, y en la camisa había caído una respetable cantidad de licor.

—Buenas noches —saludé—. Somos amigos de la señorita Costello, y queríamos...

—¡Claro, pasen, pasen! —exclamó con voz estrepitosa—. Los amigos... ¡hip!... son los amigos...

Hipó dos veces más, se bebió de un trago el líquido, y cerró la puerta, a nuestras espaldas.

—Suban, suban... —invitó, iniciando el ascenso de la escalera con peligrosos bandazos.

Así entramos en la vasta sala que Pelham eligiera para su fiesta íntima. Había allí mucha luz, mesas llenas de botellas —muchas de ellas ya vacías—, bandejas de bocadillos, fiambres, pastas, y todo lo que suele ponerse en tales actos.

Por fortuna, nadie hizo el menor caso a nuestro ruidoso anfitrión ni a nosotros. Se había llegado a ese grado de embriaguez lindante con la imbecilidad, en el que ninguno se preocupa de lo que ve.

Cinco músicos tocaban una pieza triste y lenta, que nadie escuchaba. Solo dos parejas, sostenidas por un verdadero milagro del equilibrio, se dejaban llevar por el compás de la música, apoyado cada uno en su respectivo acompañante. Otro grupo más numeroso de hombres y mujeres, bebían y reían a carcajadas en torno a una mesa llena de botellas.

Betsy se quedó mirando un gran cuadro en la pared. Se veía a un

hombre gordo y sonriente, sentado en un sillón. La pintura, firmada por Maxwell, un artista de moda en San Francisco, era excelente. Y no necesité preguntar a nadie, para saber que aquel era Jeremy Pelham.

Me acerqué a ella, y apoyé las manos en el alto respaldo de un butacón de orejas, puesto de cara a la pared.

—Pelham, ¿verdad?

—Sí —asintió Betsy—. El pintor ha hecho una obra de arte.

Estudié el retrato.

—Parece haber captado también la psicología de su modelo —comenté—. En ese rostro se lee egoísmo, codicia y algo de brutalidad.

—Muchas gracias por esa deducción —y el original de aquel cuadro asomó tras el sillón—. Es admirable su espíritu analítico.

—¡Pelham! —exclamó, azorada, Betsy.

—Ya nos conocemos usted y yo, ¿verdad? —le dijo el hombre obeso con una sonrisa algo estúpida—. Sin embargo, no recuerdo a su amigo.

La baja y rolliza figura del dueño de la casa, salió por encima de su escondite, con el «smoking» lamentablemente arrugado. Me observaba con ojos agudos, que el exceso de licor debieron enrojecer.

—Es... un muchacho amigo mío. Mike Chandler. Mike, este es el señor Pelham.

—Deseaba conocerle —aseguré, y no mentía al hacerlo.

—Debería decir que es un placer —habló, secamente, el hombre obeso —pero mentiría.

—Entonces, sea sincero, al menos una vez.

—¿Qué diablos...? —me miró irritado—. ¿Está usted borracho?

—No. Acabo de llegar a su fiesta.

—¿Le invitó alguien?

—No.

—¿A qué vino, entonces?

—A verle.

—¿Para qué?

—Se relaciona con Dennis Duncan.

Pelham achicó sus ojos, dos simples ranuras perdidas en unos rugosos y abultados párpados. Me estudiaba recelosamente; al menos eso imaginé yo.

—¿Es de la Policía? —preguntó, hostil.

—No.

—¿Y qué tengo yo que ver con Dennis Duncan?

—Mucho.

Pareció ligeramente nervioso por mi laconismo.

—No me agrada usted, señor Chandler —manifestó.

—Ni usted a mí —repliqué fríamente.

Betsy se agitó, inquieta.

—Bueno, yo les dejo hablando —dijo, al tiempo que se apartaba a una

distancia prudencial.

Pelham y yo nos mirábamos con hostilidad. Vi sus dedos gordezuelos, retorciéndose nerviosamente.

—En concreto, ¿qué busca? —inquirió.

—A un asesino.

—¿Y cree que está en mi casa? —se burló el contrabandista.

—No creo nada aún. Busco a un tipo que mató a una chica. Eso es todo.

—¿Y Duncan qué pinta en ello?

—Va a pagar lo que hizo otro.

—Ya. Y usted, seguro de su inocencia, busca las pruebas para convencer a la Justicia.

Sus palabras rebosaban sarcasmo.

—Justo —aprobé, en tono acerado—. Aunque fuese usted el que mató a la Darnell.

Vi crispase sus mandíbulas bajo la grasosa piel.

—¿Es una acusación?

—No. Una suposición.

—Creo que no tengo nada que manifestarle, ni pienso hablar con usted. Duncan es un asqueroso asesino —el veneno rebosaba en su tono al decirlo— y se sentará en una silla a propósito para él.

Disparé el puño con sequedad, estrellándolo en el mentón del hombre gordo, que cayó contra la alta butaca, tambaleándose como un beodo. Betsy, que no nos perdía de vista, lanzó un gemido.

Contemplé la ridícula postura de Pelham, casi caído en el suelo, sujetándose en el respaldo del asiento para evitarlo, con un gesto estúpido.

—Duncan es mi amigo —advertí, incisivo, plantado frente a él—. Una vez le pegó él, y tal vez usted se vengó matando a la chica. De mí, si quiere vengarse, habrá de ser como un hombre. Y de eso tiene usted muy poco.

Los invitados seguían bebiendo y riendo, sin percatarse de nada. Para cualquier observador, Pelham estaba tan beodo que había trastabillado y se sujetaba en la butaca.

Permanecí inmóvil, viéndole recuperar su compostura y pasarse la mano por la dolorida mandíbula. Al fin, se irguió y me miró con un brillo en las diminutas pupilas.

—Nunca olvido nada, Chandler —habló con voz de ira y rencor—. Esos insultos y ese golpe los pagará caros.

—Ándese con cuidado, Pelham, o le haré pasar un mal rato. A los Federales les gustaría bastante escuchar todo lo que yo les puedo explicar sobre cierto asunto de drogas. Y si hablo, usted no saldrá muy bien librado. No olvide esto, ya que tiene tan buena memoria.

Y dando media vuelta, así por un brazo a Betsy, saliendo de la estancia sin mirar siquiera a los invitados que bebían y gritaban sin parar.

Ya en la calle, miré con desaliento a mi compañera.

—Bueno. No conseguimos nada.

—¿No estuviste quizá un poco duro?

—Ese tipo es dinamita, Betsy. Hay que tratarlo como lo que es él.

—De todas formas, tal vez no hubieses conseguido tampoco nada de importancia —opinó ella, caminando junto a mí.

—Tal vez no —admití, pensativo.

Me preguntaba a dónde iría ahora. Estaba seguro de que allí se terminaba la serie de eslabones. No había ningún otro personaje en el caso, podría jurarlo. Pero ¿era alguno de ellos el criminal?

—¿Qué vamos a hacer ahora, Mike? —preguntó Betsy.

—Eso me estoy preguntando, ¿qué horas es?

Echó una ojeada a su diminuto reloj de pulsera.

—Las cuatro y veinticinco.

—Solo faltan cuatro horas y media —me pasé una mano por los ojos.

Notaba que tenía sueño.

En la calle, la luz era más intensa. Todo el cielo tenía una lívida tonalidad azul. A su claridad, las cosas todas, en torno nuestro, parecían extrañamente grises.

Betsy me miraba con expresión preocupada.

—Tienes mal color, Mike —observó—. No me gusta tu aspecto. Ven, vamos a tomar algo en cualquier sitio.

Me dejé arrastrar por ella hasta el interior del taxi.

—Lléveme a cualquier lugar abierto —indiqué al chofer.

Mientras el automóvil se alejaba suavemente de allí, yo seguía reflexionando, desesperado ante mi propia impotencia. Me veía incapaz de seguir adelante. No tenía indicios, no tenía pista concreta alguna. Un muro inaccesible me cerraba el paso.

En un bar abierto, tomamos café cargado. Betsy preguntó:

—¿Conservas la fotografía rota?

—Sí. Mírala —le tendí la rugosa cartulina con gesto brusco—. Es nula la prueba.

La estudió con interés.

Bebí un trago de café.

—Ese brazo...

—Es de él —mascullé duramente—. Nuestro hombre.

No dijo nada. Siguió mirando la fotografía.

—¡Es curioso! —comentó, al fin.

—¿El qué? —inquirí despreocupadamente.

—Ese medallón que lleva Peggy...

Me erguí, súbitamente interesado.

—¿Qué hay con ese medallón? —inquirí.

—Oh, nada de particular, pero tiene gracia...

—¡Habla, Betsy —apremié, nervioso—. ¿Qué ocurre?

Me miró, extrañada de mi tono.

—Pues... no es nada importante. Nunca vi a Peggy Darnell con medallones. Una vez, hablando de joyas me dijo que las odiaba. Por eso, una noche... ¿pero de veras te interesa esta tontería?

—Por el amor de Dios, Betsy —rogué excitado—. Ese medallón puede ser la clave del misterio. ¿Qué sabes tú de él?

Frunció el ceño, perpleja. Finalmente se encogió de hombros.

—Como quieras. Una noche volvió al club, a poco de terminar su actuación allí. Vestía un bello modelo en terciopelo negro, y el corazón de diamantes destacaba mucho sobre la tela. El hecho de llevar un medallón me sorprendió. Recuerdo que comenté con Sergio, el camarero francés, que la acompañaba alguien a quien no pude ver el rostro... Como si no deseara él ser reconocido.

¿Quién sería el hombre que acompañaba a la rubia aquella noche?

—¿Por qué se ocultaba de la gente?

La mención de Betsy me había aclarado un punto sobre el que aún dudaba. La miré, sonriendo.

—¿Tú crees que Sergio recordaría a aquel hombre, si alguna vez se lo presentáramos?

—No sé. Es un muchacho con buena memoria, y muy observador. Pero ve tantas caras al cabo del año, que...

—Sí: es problemático, ya lo sé.

Apuré el café de mi taza, y me puse bruscamente en pie. Tiré encima de la mesa un billete y prendí por el brazo a Betsy.

—Vámonos —dije escuetamente.

Salimos al exterior. El café me había reanimado lo suficiente para ver las cosas con más claridad. Entramos en el taxi y ordené a Matt:

—Al «Club Valdivia». A toda prisa.

Atravesamos, varias calles. Por Market Street desembocó en la South Avenue. Nos cruzamos con numerosos camiones cargados de frutas y hortalizas, camino del mercado. Tenía la vista fija ante mí, deseando que Sergio estuviese en el club aún.

Cuando salté ante el cabaret, estaba seguro de lo infructuoso de mi viaje. Las puertas se hallaban a medio cerrar, y una mujer fregaba el suelo a la entrada.

—¿Sabe si se marchó Sergio, el camarero? —pregunté a la mujer.

Dejó la bayeta y se me quedó mirando.

—Se fueron todos hace rato. No queda nadie dentro.

—¿Puedo telefonear?

—Sí. Ahí, frente al guardarropa, hay dos cabinas.

—Gracias.

Entré y elegí una cabina. Recorrí febrilmente la guía, por la letra M. Había más de un centenar de Madison en San Francisco.

Disqué el número después de haber oído hundirse el níquel en las profundidades del aparato. Al otro lado, del hilo, sonó un timbre. Dos, cuatro, seis veces. Al fin, alguien descolgó el receptor.

—Diga —era la voz de Stella, cargada de sueño o algo así, por lo ronca que sonaba.

—¿Stella?

—¿Quién es?

—Chandler, preciosidad.

—¿Aún sigue fastidiándome, Chandler? ¿He de oír su voz hasta en la cama?

—Sí, aunque por ahora haya de ser a través del hilo telefónico.

—¿Qué diablos quiere?

—Solo un pequeño detalle, y la dejo.

—Hable de una vez.

—¿Dónde tiene Pelham su almacén?

—No se lo diré.

—¿De veras?

—Claro. ¿Piensa que voy a ayudarle a usted en sus manejos, para que sus amigos de la policía vayan a molestar a Jeremy?

—Desde luego que lo hará. ¿O prefiere que sea a usted a quién molesten?

—¿Qué quiere decir?

—Ya me entiende. Si practican un registro en su casa, le encontraran marihuana. ¿Quiere que dé el soplo?

—¿Cree que les dejaría encontrarla?

—Eso, allá usted. ¿Prefiere el registro?

Hubo una pausa. Se oyó un ruido, y supuse que la bella morena se rebullía inquieta en la cama.

¿Estaría sola? Sonreí al pensar en ello.

—Está bien, Chandler, usted gana —cedió al fin, con acento rencoroso—. Vaya a la entrada de Chinatown, a la calle Stockton. Es el número treinta y nueve. Un edificio con aspecto de abandono. El vigilante se llama Nick. ¿O van a ir sus amigos del Departamento?

—Ahora le contestaría algo, si no fuese porque siempre he sentido cierto respeto por las mujeres como usted.

Y colgué con golpe seco.

Espere unos instantes sin salir de la cabina. Conté en el minuterio de mi reloj hasta cuarenta y cinco segundos. Luego, eché otro níquel y marqué el mismo número. Comunicaban. Sonreí duramente, colgué el receptor, recogiendo mi níquel, y salí.

Betsy me aguardaba con la portezuela abierta. Cuando llegué al coche, la miré gravemente.

—Lo siento, cariño, pero no puedes acompañarme a donde voy ahora.

—¿Por qué? —enarcó las cejas.

—Pueden pasar cosas. No es propio de mujeres.

—Iré contigo —porfió Betsy.

—De ningún modo —la ceñí por la cintura con ambas manos, y la deposité en el suelo—. Iré solo.

Entré en el coche y, antes de dar instrucciones al somnoliento Matt, me asomé para hablar a la compungida muchacha.

—Espérame hasta las cinco y media, en el bar donde hemos tomado café. Si a esa hora no he aparecido aún, avisa a la policía y diles que vayan al treinta y nueve de la calle Stockton. Nada más.

Betsy asintió, cabizbaja. Sonreía, tratando de animarla.

—Debería ir contigo —se quejó.

—Vamos, no seas chiquilla —le dije, levantando su barbilla—. Verás cómo en menos de media hora estoy contigo.

Di a Matt la dirección del almacén de Pelham y nos alejamos por las calles, bañadas ya de una luz cenicienta que iba intensificándose levemente. Corría un molesto aire fresco, y a lo lejos se condensaban unas brumas azules que ocultaban la bahía y las embarcaciones allí ancladas. Tal vez un día húmedo y neblinoso seguirla al caluroso anterior.

Por la Grant Avenue, doblamos hacia Market Street, enfilando luego Mission Street hasta alcanzar los lindes del Barrio Chino. La populosa barriada oriental de San Francisco se extendía desde allí en una considerable amplitud.

El taxi cruzó dos largas calles llenas de rótulos en caracteres chinos, anunciando desde tiendas de antigüedades hasta cinematógrafos y locales de indescifrable utilidad para un occidental. Aquí y allá, sobre el asfalto recién lavado por las mangueras municipales, donde perros hambrientos revolvían buscando algo que comer.

Por último, torció a la derecha, y entramos en una calle estrecha y sucia, flanqueada por grises edificios con aspecto de fábricas y almacenes. Era la Stockton Street.

—¡A la altura del número cincuenta! —grité a Matt—. Párese aquí. No debemos ir más allá.

Paró y bajé del taxi. Le advertí al chofer:

—Voy a entrar en el número treinta y nueve, Matt. Son ahora —consulté el reloj—, las cinco menos cinco. Si a las cinco y veinte no he salido aún, vuelva al bar donde hemos estado hace un momento, y avise a esa muchacha que me acompañaba. Eso es todo. Luego, véngase con la policía para acá.

—De acuerdo, no se preocupe. ¿Lleva armas?

—No creo que hagan falta.

—Tenga —y me alargó una llave inglesa no muy grande, pero sí pesada

—Llévela encima por si acaso.

La tomé y la metí en el bolsillo con una sonrisa.

—Gracias, Matt —dije, alejándome.

El 39 respondía exactamente a la descripción de Stella Madison. Era un edificio sombrío, con aire de total abandono. Las ventanas altas y encristaladas, aparecían polvorientas y como cegadas.

Tenía un amplio portón de entrada, capaz de dar paso a un camión. Me acerqué con lento paso, examinando recelosamente el edificio.

Finalmente, golpeé la puerta con los nudillos. No respondió nadie. Volví a llamar.

Igual silencio.

—¡Abra, Nick! —grité con voz potente—. ¡Busco a Pelham!

A mis oídos llegó el roce de algo contra la puerta. Supuse que por una de las rendijas de la madera, alguien me examinaba desde dentro. No me moví. Al poco rato, se oyó rechinar una cerradura, y un pesado cerrojo gimió con ruido áspero al ser descorrido. La madera del gran portón chirrió secamente, dejando libre un breve espacio abierto. Me acerqué a él, y me encontré frente a un rostro hosco y amenazador.

—¿Qué busca? —me preguntó con voz acerada.

Aquel hombre llevaba un sucio mono, lo cual me hizo suponer que era Nick, el satélite de Jeremy Pelham.

—Nick, ¿verdad? —respondí con otra pregunta.

—Conteste usted primero —replicó con acritud.

—Bien. Busco a tu amo, a Pelham. Me llamo Chandler, y tengo que verle ahora.

—¿Y si no está?

—Le esperaré. Si quieres, bajaré a esperarle en su despacho.

—Entre.

Así lo hice. Cerró tras de mí, giró la llave y echó el cerrojo.

—¿Temes que me escape? —dijo, sarcástico.

Lanzo un gruñido y dio a un conmutador. Una débil bombilla iluminó la sala, llena de sierras mecánicas oxidadas por el desuso. Olía a madera húmeda y a polvo. No era un sitio agradable.

—Sígame —indicó Nick, echando a andar delante de mí.

Le seguí, sin dejar de mirar en torno mío. Cualquier cosa anormal allí, resultaría inquietante. Pero no pasó nada. Aparte de Nick, no parecía haber nadie más. Si Pelham no estaba en su despacho, el hombre del mono sería el único ocupante del almacén.

Llegamos a la estrecha y húmeda escalera que conducía al sótano del edificio. Nick sacó una pesada linterna y con ella alumbró el camino, proyectando un blanco haz luminoso.

Bajó delante de mí, y no vi inconveniente en descender.

Los escalones, breves y resbaladizos, eran peligrosos. Puse en ellos toda

mi atención. Y descuidé la vigilancia.

Me di cuenta de mi error al oír un ruido a mis espaldas. Quise volverme y empuñar la llave inglesa. Pero ya era demasiado tarde.

Algo duro y pesado cayó con fuerza demoledora sobre mi cráneo, Sentí un estallido horroroso dentro de mi cerebro, y miríadas de luces giraron en torbellino ante mis ojos.

Noté que perdía el equilibrio, caí en el vacío y todo se hizo oscuro en derredor.

CAPÍTULO XII

A LAS 5,30 HORAS

Me despertó el contacto de algo frío que chocaba contra mi rostro.

Cuando abrí a medias los ojos, aquella cosa fría se deslizaba por la cara y el cuello, como algo vivo. Parpadeé, y esta simple acción me despertó terribles dolores en la cabeza.

Volví a cerrar los ojos con un gemido. Nuevamente la cosa fría se estrelló contra mi cara con fuerza, haciéndome estremecer. Abrí la boca, y algo se metió en ella, ahogándome casi.

Tosí, aunque esto agudizó el dolor punzante en las sienes.

Entre un insistente martilleo, llegó a mis oídos el ruido de algo que sería una voz humana.

—¿Le echo otro cubo, jefe? —noté que decía.

—No. Ya tiene bastante agua —contestó otra voz distinta.

Era agua. El saberlo me hizo recuperar fuerzas, y abrí del todo mis párpados, conteniendo a duras penas el dolor de cabeza.

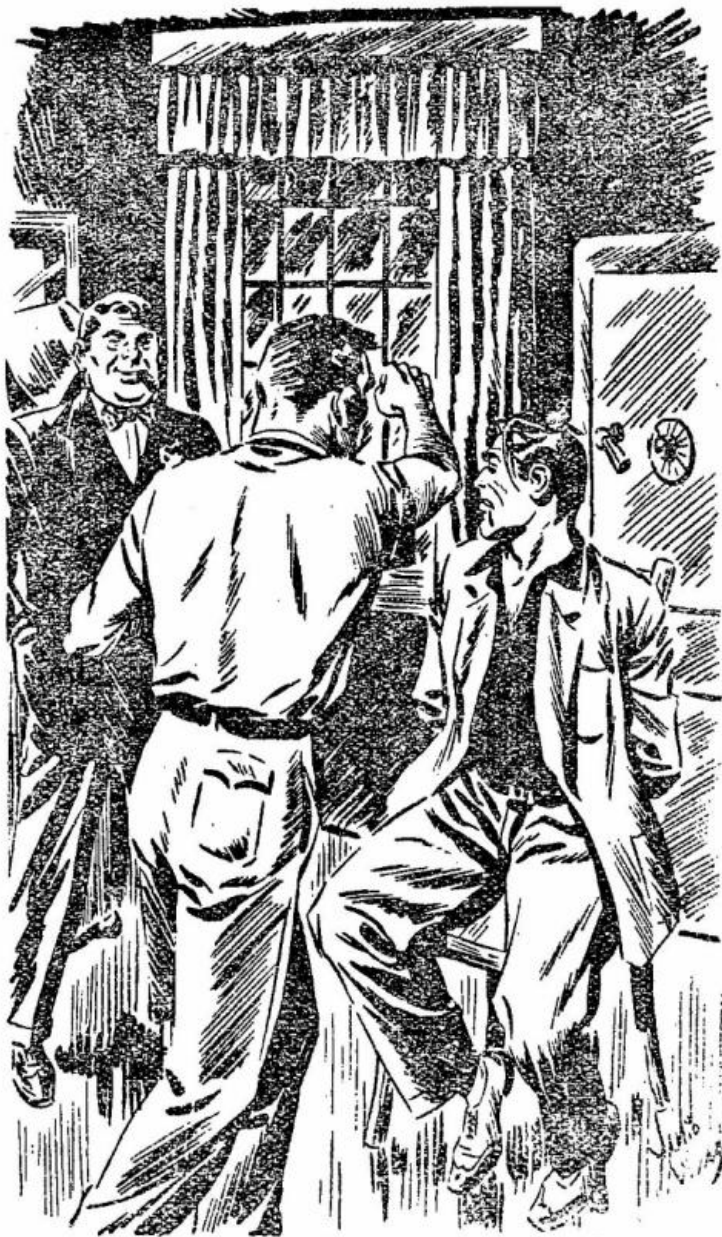
Vi entre raros círculos giratorios una imagen borrosa de lo que debía de ser una estancia, desnuda casi de muebles, y tres sombras delante de mí.

La visión se aclaró, y las tres sombras se convirtieron en seres de carne y hueso. Reconocí a dos de ellos. Jeremy Pelham y Nick. El otro era un tipo alto y hercúleo, de rostro poco grato.

—Hola, Chandler —me saludó, suavemente, Pelham.

No correspondí. Estaba ocupado en examinar mi situación.

La estancia tenía una cortina al fondo, una mesa-despacho, unas sillas y una caja fuerte en el muro. Era el sanctasanctórum de Pelham.



Su brazo salió disparado nuevamente...

Traté de moverme y no pude. Las ligaduras que me sujetaban a la silla me lo impidieron.

Y aquel maldito dolor, cada vez era más fuerte.

—Esto es absurdo, Pelham —dije, y mi voz, me sonó extrañamente pastosa—. Y melodramático.

—Tiene razón, Chandler —admitió el contrabandista, con una sonrisa que no me gustó nada—. No es propio de nosotros, ¿verdad?

—¿Qué pretende? —le pregunté.

El tipo desconocido soltó una carcajada.

—Eso debiera preguntar yo —replicó Jeremy Pelham, secamente—. ¿Qué buscaba aquí?

—A usted.

—Ya me encontró. ¿Qué quiere?

—Suéltame y se lo diré.

Pelham se volvió al hombretón con una sonrisa muy desagradable.

—¿Has oído, Bud? —interrogó con acento demasiado suave—. Al señor Chandler no le gusta estar atado. Suéltale, Bud, y pórtate bien con él.

El tipo aquel con aspecto de gorila, se acercó a mí. No me gustó su nariz roma, ni sus ojos hundidos bajo las cejas espesas. Noté el olor a tabaco de su aliento cuando desató mis ligaduras.

Me puse lentamente en pie, y me disponía a hablar, cuando, de un modo inesperado, algo voluminoso me golpeó con fuerza la boca.

Caí al suelo con un terrible dolor en toda la cabeza, latiéndome las sienes. La mano velluda del hercúleo Bud sabía dar fuerte.

Me moví en el suelo, con un velo rojo ante mis ojos, tratando de incorporarme. El pie de Bud cayó rabiosamente en mi pecho, tirándome de nuevo. Luego, me descargó una patada salvaje en el costado. Me retorcí, perdido el aliento.

Oí la risa cruel de Pelham.

—Le dije que nunca olvido, Chandler —barbotaba con odio—. Va a pagar el puñetazo a un precio muy alto. ¡Dale, Bud!

Medio inconsciente, sentí dos o tres impactos en el rostro, y algo caliente y viscoso me corrió hasta la boca... Otro brutal puntapié me alcanzó bajo el oído, y el dolor me hizo casi desmayarme.

—Échale agua —la voz fría de Pelham me llegó de muy lejos.

El golpe helado del agua me despejó, ya al borde de la inconsciencia. No lo agradecía.

Nuevamente Bud siguió su concienzuda labor. Ahora me levantó, asiéndome por las solapas, y me machacó el rostro a puñetazo limpio. Aquello cálido y espeso, que dejaba un sabor salobre en los labios, brotó ahora en mayor cantidad, y sentí humedecerse mi camisa.

Un violento bofetón me cruzó la cara. Tartamudeé algo incomprensible, y perdí la noción de las cosas.

* * *

Aquella segunda vez, volver a la consciencia me costó más dolores que la anterior. Miré en torno mío.

Era una oscura y lóbrega habitación, de muros tan sólidos como el

suelo. Ninguna abertura ni ventana al exterior. Solo un hueco circular en un muro, permitía el paso de una débil claridad.

Estaba imaginando el modo de salir de aquella mazmorra, cuando escuché claramente voces imperiosas en el exterior, y pasos precipitados:

Una voz gritó, lejos de allí:

—¡Mike! ¡Mike, contesta!

Era una mujer quien llamaba. Betsy.

—¡Aquí! —traté de chillar, pero me salió un grito ronco, nada fuerte, que me hizo estremecer al agudizarse los dolores.

—¡Mike! —volví a oír.

—¡Betsy! —esta vez grité mejor, y oí pasos que se detenían frente a la puerta de mi prisión.

—Aquí parece que hay alguien —dijo una voz de hombre.

Golpearon con algo metálico.

—¡Oiga, oiga! —llamó alguien.

—Sí —contesté desfallecido—. Soy Chandler.

Forcejearon en la cerradura. Rechinó el engranaje. Y un ramalazo de luz me iluminó al abrirse la puerta. Luego, me desmayé por tercera vez.

* * *

Ahora no sentía tantas molestias al abrir los ojos. Solo un fuerte dolor en las sienes.

Lo primero que vi fue el rostro delicioso de Betsy, anhelante sobre mí.

—¡Betsy! —musité, entre mis hinchados labios.

—¡Mike de mi vida! —y llorosa, se inclinó sobre mí, besándome en la cara.

Aquello compensaba en parte lo pasado.

Alcé sin trabajo un brazo, y acaricié su sedoso pelo oscuro.

—Salí bien, después de todo —dije con suavidad.

—Calla, Mike. Si vieses qué cara te han puesto —sollozó, mirándome.

—Lo imagino. Tuve yo la culpa.

—¡Esos bárbaros...! —exclamó con ojos brillantes de ira—. Solo han pillado a un tipo con un mono. Jura que él no hizo nada.

—Tiene razón. Él no hizo nada. Fueron Pelham y otro tipo.

—Ya te avisé. Mike.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Fueron ellos los culpables, ¿verdad?

—Tal vez. Dime, ¿qué pasó?

—Te esperé hasta las cinco y media. Entonces llegó Matt, explicando que te aguardó hasta las cinco y veinte minutos. No te vio salir, y sí vio en cambio, entrar a un tipo gordo, a poco de haber entrado tú. Antes de venir a buscarme ya había avisado por su cuenta a la policía. Fuimos corriendo allí, y nos encontramos con una patrulla que acababa de franquearse el

paso acribillando la cerradura a balazos.

»Sorprendieron al tipo del mono destruyendo ciertos papeles que, según ellos, son excelentes pruebas para que los federales metan en un buen lío a Pelham.

—¿Hallaron drogas?

—No. Pelham se las llevó todas antes de abandonar el edificio. Ahora han dado orden de detención contra él y un tal Bud.

—Ese fue el que me puso así.

—Te buscamos por todo el edificio. Un policía te oyó, al pasar junto al cuarto del sótano donde te metieron... Cuando te vi lleno de sangre... creí que te habían matado.

Volvió a sollozar. Yo pensaba en algo.

—¿Qué dijiste a la policía?

—No hubiera conseguido nada hablándoles de Peggy ni de Dennis. Les expliqué que te secuestraron porque conociste por mediación de ciertos aficionados a las drogas, los negocios a que se dedicaban. Temían que tú hablastes, y querían matarte.

—Una chica inteligente —aprobé—. ¿Qué dijeron ellos?

—Se lo creyeron a medias. Pero permitieron que te trajese conmigo, siempre que a las once de hoy vayamos a Jefatura a prestar declaración.

—¿A las once? Sí, ya iremos.

—¡Tonto! —y Betsy sonrió con coquetería.

Miré la luz del día, entrando por la ventana, y proyectando los dibujos de las cretonas sobre el techo y la pared de enfrente. Recordé algo y me incorporé, lo cual me hizo lanzar una exclamación de dolor.

—¿Qué hora es, Betsy?

Miró su reloj.

—Las seis y diez.

Eché a un lado la sábana que me cubría. Estaba desnudo de la cintura para arriba. Betsy se ruborizó.

—Te desnudé yo, querido —confesó—. Pero no me decidí a hacerlo del todo.

Sin responder, me senté en el borde de la cama, y me calcé los zapatos, tirados bajo la cama.

—¡Pero, Mike! —se alarmó Betsy—. ¡No puedes ir a la calle!

—Ya lo creo que voy. Faltan menos de tres horas.

—Pero... pero... si Pelham ya se delató él mismo.

—¿Tú crees? Me dieron una buena paliza, sí, pero ¿eso demuestra algo? No. ¿Protegía un crimen o un tráfico de drogas? —anudé el segundo zapato—. No, cariño, no sirve. Duncan continúa en su celda, y lo ejecutarán si no se puede demostrar algo con pruebas palpables.

—¡No puedes irte! ¡No te has visto la cara!

Fue por un espejo de mano y me lo tendió. Lancé un gruñido al ver

reflejada mi imagen. Tenía partida una ceja, un ojo hinchado y de color violáceo, la nariz amoratada y los labios hechos una lástima.

Todavía quedaba algo de sangre seca en las comisuras, y el cabello había sido lavado para quitar todo vestigio sanguinolento. Era una bonita obra la de Bud.

—Aun así saldré —dije, tozudamente—. ¿Y la camisa?

—Estaba empapada de sangre, Mike, y toda rota. La tiré.

—¿Y qué diablos me pongo yo?

—¿De veras piensas salir? —insistió ella.

—Claro.

Suspiró.

—Está bien. Debo tener ahí una camisa de mi hermano. No es muy limpia ni muy nueva, pero valdrá.

—¿Y tu hermano? —pregunté.

—No creo que me la pida desde Alemania.

—Uf. Lo había olvidado —reconocí, sin rubor.

La camisa resultó bastante aceptable. Con una vieja corbata, también del ausente hermano de Betsy, y mi sucia chaqueta, quedé medianamente bien. Las manchas de sangre en las solapas, me las había limpiado en lo posible Betsy.

Me contemplé en un espejo de cuerpo entero y comprobé que lo menos presentable era mi cara.

—Tendré que ponerme una nueva —gruñí, mirándome—. Esta quedó hecha una lástima.

—¿A dónde vas, Mike? —inquirió Betsy.

Miré hacia la bahía, pensativo. A través de la ventana, se veían las aguas del Pacífico con un color gris plomizo, borrada la línea del horizonte por la bruma azulada del amanecer. El sol, asomando por la parte opuesta de la ciudad, teñía con un débil tono rosado la estructura metálica de las grúas y torretas, arrancando leves centelleos de las mansas aguas.

Quedé pensativo.

—No sé —dije al fin—. Si algo se puede hacer aún por Dennis, ha de ser rápido y bien. En realidad, solo dispongo de ciento veinte minutos y de una serie de datos confusos. Quiero ver claro, y no puedo.

—Déjalo ya, Mike. Bastante luchaste... y bastante perdiste en la lucha.

—Por eso mismo. Después de combatir tanto, no puedo dar todo por nulo y acostarme tranquilamente. Continuaré hasta que sea materialmente imposible.

—Casi lo es ya.

—Sí. Pero aún nos queda ese casi —y con un beso en la mejilla me despedí de Betsy.

Vino corriendo tras de mí, hasta apoyarse en la barandilla del rellano, viéndome descender por la escalera.

—¡Te espero a las nueve y media aquí! —gritó, antes de que alcanzara la calle.

Me detuve en la acera, contemplando la parte alta de los edificios, en cuyas ventanas se reflejaba ya un sol descolorido y triste.

Dennis también lo estaría mirando ahora desde su celda de condenado, y él sabía muy bien lo que significaría de allí en adelante la marcha lenta e implacable del astro diurno hacia su cénit.

—¡Eh, señor Chandler! —gritó una voz familiar.

Me volví, y casi lancé una exclamación de alegre sorpresa al contemplar el rostro huesudo de Matt, mi buen taxista.

—¡Matt! —y me acerqué al vehículo con rápido paso.

Le estreché la mano. El hombre parecía satisfecho de que, pese al mal estado de mi físico, pudiera desenvolverme bien.

—Esos cerdos pagarán lo que hicieron, amigo —gruñó con aire risueño—. Apresaron a uno, y andan buscando a los otros dos.

—¿Le interrogó la policía? —pregunté con curiosidad.

—¡Claro! Me hicieron un horror de preguntas, mientras dejaban que la señorita le atendiese a usted.

—¿Les dijo algo de nuestras correrías nocturnas?

—¿Por quién me toma? —se ofendió Matt—. Ni palabra. Les conté un cuento chino sobre unos tipos: que le seguían a usted cuando tomó mi taxi, y que esos mismos individuos se lo llevaron a la casa aquella, después de abordarnos súbitamente.

Rebusqué en los bolsillos de mi pantalón. Los esbirros de Pelham solo me quitaron la llave inglesa. Aún estaba allí el rollo de billetes. Le alargué uno.

—Tenga y lamento no poder devolverle la llave. Se la quedaron aquellos tipos.

Lo tomó, aunque en un principio se resistía a aceptar recompensa alguna por su astuta declaración.

De pronto, recordé algo. ¡La fotografía rota! Busqué en todos mis bolsillos, y al final tuve que admitir lo que temía: ¡Había desaparecido! En realidad, por sí sola no constituía prueba ni indicio alguno, pero tal vez algún día hubiera servido de ayuda para llevar a la silla eléctrica a un asesino.

Pelham o alguno de sus esbirros me la quitó. ¿Por qué?

—¿Vamos a algún sitio? —preguntó Matt—. Hasta las nueve, estoy a su servicio. Y si me necesita alguna horita más...

—Gracias, Matt —dije, sombrío—. Después de las nueve nada hará ya falta.

Y entré en el vehículo.

—¿A dónde? —inquirió, poniendo el motor en marcha.

—Los Angeles Road, chalet ciento noventa y seis —indiqué

escuetamente.

Había llegado la hora de hacer una visita a Mirna Costello.

CAPÍTULO XIII

A LAS 6,45 HORAS

En la carretera de Los Ángeles, pasado el sector residencial, había una ininterrumpida hilera de hotelitos. Fue ante el marcado con el número 196 donde me detuve.

Era una bella residencia de muros color crema y rojo tejado, como en los cuentos de hadas. La rodeaba un cuidado jardincillo, que, a su vez, se encerraba dentro de los límites de una verja no muy alta.

Me acerqué a la entrada y probé a empujar. No estaba abierta. Busqué con los ojos alguna cadena o timbre. Encontrada la primera tiré dos veces de ella.

Dentro de la casa repiqueteó una alegre campanilla. Hubo un silencio absoluto. Yo fingía mirar al jardín, pero en realidad no apartaba los ojos de la casa.

Vi alzarse levemente la cortina en una ventana de la planta alta, y luego volverse a bajar. Transcurrió algún tiempo hasta que la puerta de la verja dio un chasquido y se abrió. Algún dispositivo eléctrico la hacía funcionar desde el interior de la casa.

Me interné con paso firme por el sendero enarenado, en cuyo suelo crujía la arenilla bajo mis pies. Tenía la desagradable sensación de que me observaban desde detrás de alguna cortina, en el piso superior, y pensé si no haría otra tontería al meterme allí.

Cuando pisé la breve terracita sostenida por dos columnitas de ladrillos rojos, la puerta de la casa se abrió.

Mirna Costello, con un largo y amplio kimono de seda azul, se me quedó mirando con una expresión indefinible en el bello rostro, demacrado por los excesos de la fiesta.

—¡Mike! —exclamó, con una sorpresa a todas luces postiza—. ¿Tú por aquí?

Y cuando pasé junto a ella, entrando en la casa, me echó los brazos al cuello, riendo jubilosamente. Aún parecía estar borracha. Pero solo lo parecía.

—Se acabaron las tonterías, Mirna. Estás tan borracha como yo. Has tomado un buen reactivo. ¿Por qué finges estarlo?

Centellearon sus ojos de un modo peligroso. Se irguió, crispada su expresión.

—Como quieras, Mike —y ya no habló estúpidamente, sino con

inflexiones metálicas—. Vete si aún estimas tu vida en algo. Te has metido en un asunto peligroso, y puedes recibir algo peor que una paliza.

—Así me gustas —sonreí duramente—. Sincera.

—Lo soy, aunque no lo creas. Me gustas, Mike. Me gustas más que todos los demás hombres, y no quiero verte con un balazo en la frente o...

—O golpeado con un pisapapeles, ¿verdad?

—De ninguna manera —dijo, sin acusar emoción alguna al oír mi interrupción—. Si eres prudente y te alejas ahora, mañana nos divertiremos tú y yo. Pero hoy vete. Hazme caso.

—¿A quién proteges? ¿A Pelham?

—No sigas, Mike.

—Está bien. Mirna, pero ahora me escucharás a mí. Ten cuidado y no te mezcles demasiado en esto. Hay más suciedad de la que tú supones. Y sería muy feo que creyendo proteger a un contrabandista, estuvieses guardando las espaldas a un asesino.

Mirna quedó silenciosa. Percibí un leve crujido por el hueco de la escalera, frente a mí. Continué en tono alto:

—Pelham es un gallina si se cubre contigo. En vez de afrontar la situación, encuentra muy cómodo taparse con una mujer. Me gustaría verlo y decirle en su cara lo que pienso de tipos como él.

Giré en redondo y me disponía a salir, cuando una voz glacial me detuvo:

—Dígamelo, entonces, Chandler.

Me volví lentamente. La voz de Pelham era inquietante, y su revólver lo era mucho más.

Lo empuñaba firmemente, dirigido a mí, y estaba de pie en el último tramo de la escalera.

Mirna se había vuelto, y le miraba con una marcada palidez en el semblante.

—Siga hablando, Chandler —prosiguió, con dureza, el contrabandista—. Me agradan los charlatanes como usted.

—La rata sale de su cubil —observé con sarcasmo—. ¿Tiene por ahí a Bud para darme otra paliza?

—No, y lo siento —se expresaba en tono cortante como el vidrio—. Sería un placer acabar de machacarle la cara.

—Sin duda.

—Tiene usted la culpa de que le odie tanto —avanzó unos pasos, sin desviar el arma—. Resulta endemoniadamente entrometido.

Entonces obré. Me había desplazado, de un modo casi imperceptible, hasta alcanzar una mesita. Esgrimí velozmente un pesado búcaro con flores y lo arrojé con fuerza hacia la mano armada, al mismo tiempo que daba un ágil salto de costado, escapando a la mortal trayectoria de la automática.

Pelham no disparó. Vaciló, con el dedo en el gatillo, y antes de que

reaccionase en un sentido u otro el búcaro le golpeó en la mano, haciendo saltar en el aire el arma.

Lanzó una maldición, a la vez que Mirna se ponía en pie, tratando de recoger la pistola, caída no lejos de ella.

Me anticipé en dos zancadas, y agarré el arma, que sepulté en un bolsillo de mi americana. Luego, miré al rostro contraído de Pelham, que se sujetaba con aire de dolor su mano tocada.

—Ahora dirijo yo la orquesta, muchacho —dije, incisivo.

—Tendré que bailar al son de su música —jadeó el gordo.

—Sí, eso creo —avancé unos pasos, haciendo caso omiso de la asustadísima Mirna—. Podría devolverle ahora todos esos golpes, Pelham. Podría aplastarle su asquerosa cara como a un sapo. Pero me repugna ser tan cobarde como usted, y no lo haré...

Brillaba el miedo en sus ojillos.

—Alguien me quitó una fotografía, amigo —silabeé en tono frío—. ¿Sabe algo de ella?

—No sé... de qué me habla —y rehuyó mi mirada.

—¡Miente! —puse mis manos en sus solapas, agarrándoselas con fuerza.

—¡No, Chandler, no sé lo que quiere decir! —chilló.

—No me gustan los embusteros, y esta noche me he cansado de oír mentiras. Usted o sus amiguitos me quitaron la fotografía. Vamos, hable.

—Ya le dije que no sé...

Le corté la protesta con un bofetón que le cruzó la cara. No me impresionó verle salir sangre por la nariz.

—No quiero más embustes, Pelham. Hable. Y pronto.

Quiso reanudar sus excusas. Le golpeé en dirección inversa, y mi mano restalló como un látigo sobre su carne fofa. La sangre me manchó los nudillos.

A mi espalda, Mirna sollozaba.

—Tiene suerte de que la chica esté aquí. Le daría más fuerte.

Se limpió el rojo líquido con la mano...

—Hablé —repetí, monótono.

—La... la tengo yo.

—Vaya. Ya salió.

—Se la... la quité cuando le registramos, buscando sus papeles. Creí que era de la policía.

—¿Y por qué me quitó la fotografía?

—Era... de Peggy —sacó un pañuelo, y se contuvo la hemorragia nasal.

—Sí. Ya lo sé.

—Y, además, ya había visto yo antes esa misma fotografía.

Se tensaron todos mis nervios.

—¿Qué? —exclamé excitado.

—Sí. La vi en otra ocasión... pero entera.

—¿Entera? —apreté mi presión en sus solapas.

—Sí, sin esa porción rasgada.

Traté de permanecer sereno.

—¿Y... quién había allí?

—¿Quién? —se extrañó Pelham.

—¡Sí! —grité—. Deme la fotografía.

Me la dio, después de rebuscar en sus bolsillos. Estaba igual, solo que más arrugada.

—¿Quién falta aquí? —exigí, mostrando el trozo ausente.

Vaciló. En sus ojillos brilló algo. Súbita comprensión, recelo o astucia. No sé. Algo extraño. Por fin, me miró.

—No sé —dijo—. No lo conocí. Era alguien a quien no había visto nunca.

Tal vez mentía, pero iba a ser difícil sacarle de allí. No hablaría aunque sumiese que el que faltaba era el asesino. Varié el sesgo de las preguntas.

—¿Dónde vio esto, antes de ahora?

—No recuerdo...

—¡Miente otra vez! —y me acerqué, amenazador.

—No, no, espere —se asustó—. Creo que fue... en el bolso de Peggy, un día que estuvo sentada a mi mesa. Había ido yo con unos amigos. Ella los conocía, y se sentó con nosotros. Al caer su pitillera, vi la fotografía. Creo que alguien comentó algo en broma sobre esa foto, y llamó mi atención.

—¿Fue así, en realidad? —insistí, guardando la mutilada cartulina.

—Sí, se lo aseguro —y parecía sincero.

Me encaminé a la puerta con paso lento. Ninguno de los dos se movió. Ya junto a la salida, me detuve y les miré.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —pregunté.

—Nada —repuso Mirna tras una vacilación—. Nada, Mike. Él... Jeremy, es un buen amigo. Me regala cosas buenas de vez en cuando... y sale conmigo... Nada más.

—Buena podredumbre hay en todo esto —abrí, la puerta. El sol lucía ya con más fuerza sobre los rosales del jardín—. Ahí os quedáis con vuestras lacras.

—¡Mike! —gimió la rubia—. Eres cruel.

—No lo bastante aún, encanto —y cerré con fuerza tras de mí.

El taxi de Matt se alejó por la carretera, de regreso a San Francisco. Vi perderse en la distancia la blanca casita de la Costello, con su rojo tejado. Como un cuento de hadas. Me eché a reír. Por dentro, no había nada de eso. Solo fango, como en casa de Stella Madison.

—A la redacción del «San Francisco Gazette» —dije, recostándome con indolencia en el asiento.

CAPÍTULO XIV

A LAS SIETE EN PUNTO

Cerré con pereza el último volumen de diarios encuadernados, sentía la vista fatigada por la lectura continuada e intensa, bajo la fuerte iluminación artificial del archivo del periódico.

Cuando me puse en pie y cerré la llave de la luz, sabía bastantes cosas más que cuando entré. El proceso de Stella Madison como consumidora de estupefacientes no me había atraído anteriormente. Y, sin embargo, tal vez estaba allí el origen de todo. Ahora veía algo, confuso aun, muy distante y nebuloso, pero posiblemente cierto.

Salí a la calle, y la luz del día, ya espléndida, me hirió los ojos, haciéndome parpadear. Pero la neblina gris persistía, borrando los contornos lejanos, hasta difuminarlos contusamente. El aire venía del mar, cargado de humedad y bochorno.

Me detuve unos momentos junto al bordillo, indeciso sobre el partido a tomar.

Al fin dirigí mis pasos hacia Market Street, pasando junto al taxi de Matt sin detenerme.

Las vías de acceso al gran Mercado Central de San Francisco, estaban abarrotadas de camiones con cargas de frutas, carnes y toda clase de productos comestibles.

Pasé por en medio de aquel bullicio, sin fijarme en ninguno de los traficantes que gritaban y vociferaban en torno mío.

Entré en un café, lleno de vendedores, ya con el producto de sus ventas en el bolsillo. Pude hacerme entender de un empleado, chillando más que los alegres clientes, y me dijo que lo que yo buscaba estaba al fondo del local.

Ya en la cabina telefónica, disqué el número de la clínica Holloway. La voz que me contestó no era ya de la chica pelirroja de la centralilla.

—Diga. Aquí la clínica Holloway.

—Quiero hablar con el doctor David Holloway —expliqué rápidamente—. No me importa que esté dormido. Llámeme y despiértele, si es preciso. Pero se trata de un asunto importantísimo. Muy grave.

—Pero el doctor se acostó y no sé si debo... —empezó, débilmente, la chica.

—Ya le he dicho que no se detenga por eso. Me hago responsable de lo que pueda ocurrir. Dígame que Mike Chandler ha de hablar con él. Solo eso.

Vaciló. Luego la oí refunfuñar, aún dubitativa:

—Está bien. Lo intentaré, aguarde un momento. ¿Dijo Mike Chandler?

—Sí, eso es —deletreé el apellido. Luego esperé pacientemente, tabaleando con los dedos en el cristal de la cabina.

Si Holloway se negaba a hablar conmigo, sería un contratiempo muy enojoso. De él dependían bastantes cosas.

La espera se prolongó más de tres o cuatro minutos. Al cabo, sonó el ruido característico que produce el auricular telefónico al ser descolgado. Enseguida, la voz áspera de Holloway.

—¿Qué ocurre ahora, Chandler?

—Hola, doctor. Otra vez le molesto.

—Sí, eso estoy viendo.

No me impresionó demasiado su hostilidad. Aquella noche me había acostumbrado a tratar con gentes poco amistosas. Uno más, no me podía afectar gran cosa.

—Escuche, Holloway, no haga juicios prematuros. Ya sé que hablar con Selena fue un paso en falso, lo admito. Pero ahora es algo muy distinto.

—¿Qué es ello?

—Responder a una pregunta.

—Hágala.

La hice. Siguió una pausa. Y llegó la respuesta. Me estremecí. Sí, ya la esperaba.

—Gracias, Holloway —murmuré lentamente.

—¿No lo sabía, Mike?

—No. Si lo hubiese sabido, todo hubiera resultado más sencillo.

—¿Se relaciona con...?

—Sí. Y no me pregunte más. Cuando Dennis esté libre, se lo explicaré todo... si llega a estarlo.

Y colgué el receptor con fuerza.

Salí, volviendo a recorrer el Mercado Central en dirección inversa, hasta llegar nuevamente al coche de Matt.

—A Wilson Street, ochenta y dos —dije.

La calle estaba silenciosa, tranquila. Los dos cabarets se habían cerrado, y solo vi a un par de gatos rebuscando entre montones de inmundicias. Se alejaron bufando, al saltar yo del coche.

El conserje dormía en un rincón. Crucé el vestíbulo pisando con suavidad la alfombra, y entré en el ascensor.

Una vez en el piso noveno, pulsé el timbre del apartamento B-3.

Me apoyé en la pared, junto a la puerta, y encendí un cigarrillo.

Dentro del departamento, no se alteró el silencio. Volví a pulsar el botón, dejando el dedo contra él largo rato. Oí el sonido estridente en el interior, prolongándose hasta que dejé de presionar. Esta vez tuve éxito.

Alguien se deslizó hacia la puerta, y esta se entreabrió justamente lo que

dejaba la cadena. El rostro somnoliento de Stella Madison se ensombreció al verme.

—¿Otra vez usted? —se irritó visiblemente.

—Sí, otra vez, encanto —sonreí con sarcasmo.

—No le han dejado muy bien la cara.

—No, no muy bien —dije, a la vez que ella me franqueaba el paso.

—No sé por qué lo hago, Chandler.

—A lo mejor le gusto —sugerí, burlón.

Ella se echó a reír, y me condujo al *living* de muros surrealistas. Todo pareció menos acogedor y suntuoso al descorrer las cortinas del balcón y entrar la luz del día a raudales. El artificioso lujo de la estancia se acentuó con la claridad solar.

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—Solo hacerle una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Sabía que Duncan es inocente?

Durante unos segundos permaneció silenciosa. Al fin, habló con voz densa:

—Sí, lo sabía.

CAPÍTULO XV

A LAS 7,36 HORAS

Me apoyé de espaldas contra la pared, dejando que el sol cayese de lleno sobre el rostro de la morena beldad. Se había abierto una brecha en el turbio celaje nublado, y la débil luz solar dibujó sombras alargadas en las bronceadas facciones de la mujer.

—¡Dios! —suspiré—. ¿Por qué se empeñará la gente en tapar las cosas limpias y claras con montones de basura? La verdad es algo hermoso. Y todos la rehúyen, sin embargo.

—A veces es necesario.

—Eso es lo malo. Creemos resolver una situación, callando lo que, a la larga, tiene que salir a la luz sin remedio.

—Sí, ahora lo veo claro, Chandler —se secó las lágrimas con un pañuelo de encajes. Alzó los profundos ojos hacia mí—. Pero no siempre se ven las cosas como realmente son.

—No siempre —asentí, sombrío—. Yo he tardado demasiado en verlas. ¿Sabe quién mató a Peggy?

—No. Pero sé que no fue Dennis.

—¿Cómo sabe eso?

—Vera. Es largo de contar. Todo estriba en algo que me envió Dennis antes de ser detenido y acusado del crimen. Lo recibí en un paquete postal, certificado, y con una breve nota de puño y letra de Dennis.

—¿Qué contenía el paquete? —pregunté, sabiendo lo que me iba a responder.

—Un medallón.

Hubo un silencio. Fumé, impasible.

—¿En forma de corazón? —inquirí.

—Sí.

—¿De brillantes?

—¿Y con un retrato en esmalte?

—Sí.

—¿Lo conserva aún?

—Me pidió que lo destruyese.

Achiqué las pupilas al mirarla fijamente.

—¿Lo hizo?

Iba a asentir con la cabeza. Vaciló, y luego denegó lentamente:

—Creí que algún día podía servir.

Respiré.

—Fue una gran idea, Stella. ¿Lo tiene en casa?

—No, exactamente. Según la nota de Dennis, constituía una prueba vital contra alguien. Pero sin valor por sí solo. Considerando peligroso tenerlo aquí, lo puse en un estuche cerrado con llave, y depositado a su vez dentro de una cartera de piel marrón, rellena con papeles.

—¿Dónde está?

—Depositado en la consigna de la estación del transbordador de Oakland.

—Chica lista —aprobé, admirado—. ¿Alguien sabe eso?

—Nadie.

—¿Ni... Valdivia?

—Ni Valdivia.

—Estupendo. ¿Qué decía la carta de Dennis?

—No lo recuerdo exactamente.

—Es igual. Lo que retenga en la memoria, aunque sea aproximado.

Frunció el ceño, y su frente se surcó de finos pliegues.

—No escribió más allá de ocho o diez líneas. Decía que muchas pruebas se acumulaban contra él en el caso Darnell, solo el medallón, si alguien sabía asociarlo con ciertos detalles, serviría para señalar la verdad. Pero nada se resolvería con ello, y era mejor destruirlo. Terminaba diciendo: «Hazlo por nuestros antiguos sentimientos, cariño». Eso lo recuerdo bien.

—¿Cómo no lo hizo, Stella?

—Ya se lo he dicho. Supuse que un día alguien trataría de poner las cosas en claro. Y ese día llegó.

—Sí. Pero usted no me ayudó anoche.

—No pensé que fuese usted la persona capaz de reivindicar el nombre de Dennis.

—No lo soy, Stella. No quiero reivindicar nombres sino salvar una vida. A Dennis no le importará gran cosa ser declarado inocente, después de pasarle la corriente eléctrica por el cuerpo.

—¡Por Dios, calle! —suplicó ella, estremeciéndose.

—¿Tiene el resguardo de la consigna?

—Sí. ¿Lo quiere?

—Iré ahora mismo por el medallón. La clave de todo, está en esa joya. Y Dennis lo sabía.

Se puso en pie, entrando en la alcoba. Mientras aguardaba a que saliese, me acerqué al balcón. Levanté el visillo.

El sol se había ocultado tras unos espesos nubarrones plomizos y la mañana aparecía gris, tormentosa.

Triste como la Celda de la Muerte en San Quintín. Agobiante como el paseo de un condenado por el largo corredor que conduce al lugar de la ejecución.

Me volví al oír los suaves pasos de Stella sobre la alfombra. Su mano estilizada, bronceada, me tendió la contraseña. Un cartón verde con un número: 1023-R.

—¿Lleva mucho tiempo depositado allí?

—Faltan unos días para los dos meses. Tres es el límite de tiempo que conservan en la consigna los bultos depositados —y me tendió una llavecita plana—. La llave, Chandler.

Hundí el cartón y la llave en un bolsillo. Me acerqué a la belleza morena.

—Perdone el trato de antes, Stella —dije, con suavidad—. Creo que fui muy lejos en mi criterio sobre usted.

—No mucho —puso su rostro a dos centímetros del mío. Su aliento me llegó, entrecortado—. No tengo nada de qué enorgullecerme. Soy egoísta, dura, caprichosa...

—Y bella —añadí, en tono grave—. Demasiado bella.

—¿Usted cree, Mike? —me incitó con los ojos entornados y un latido de sensualidad en su voz.

Ya rozaba con los míos sus labios carnosos, cuando vibró, irritante, el timbre del teléfono.

Nos apartamos. Sentía no probar el fruto de aquella boca. Pero adiviné algo malo en aquella llamada.

Continuó el zumbido áspero del teléfono, y leí en los ojos de Stella algo que podía ser miedo. ¡Miedo!

Me asustó pensar que yo también lo sentía. No aparté la mirada de la sinuosa figura vestida de verde, cuando avanzó hasta la mesita.

El bruído receptor blanco fue arrancado de la horquilla.

—¿Quién? —inquirió, tensa.

Capté el rumor de una voz chillona. Y el gesto alerta de Stella.

—¿Pelham? —preguntó, haciéndome una seña conminatoria. Corrí junto a ella sin hacer ruido. Puse el oído junto al receptor.

La voz de Jeremy Pelham, alterada por el hilo y por la excitación, llegó claramente audible.

—¡Stella, toma nota de lo que diga! ¡No lo olvides!

—Habla, Jeremy —repuso la mujer, incisiva.

—Te llamo desde mi casa —continuó, rápido—. Tengo aquí a... una visita. Creo que me he metido en un mal asunto.

—¿Y qué?

—¡Tengo miedo, Stella! —chilló la voz—. ¡Creí poder sacar partido del asunto, pero me veo en peligro...

Apreté con fuerza el brazo de Stella.

—¡Sigue! —apremió ella, entendiéndome.

—Mi vida... corre un grave riesgo —jadeó Pelham—. Pero tú... avisa a la policía si me matan... Estoy en la biblioteca. Él... está en el vestíbulo. Mató

a Peggy, y a un fotógrafo, un tal Barney, él lo ha dicho.

—¡Di su nombre! —pidió, tajante, Stella.

—¡Es...! ¡Cielos, la puerta! —se oyó un golpe, como si se le cayese el receptor—. ¡Noooo...! —aulló la voz aterrorizada del contrabandista.

Un ruido seco, ensordecedor, llegó por el auricular. Nos miramos Stella y yo. Un disparo. Lo sabíamos ambos.

—¡Jeremy, Jeremy! —llamó, inútilmente, Stella.

Arranqué el receptor de su mano y escuché. Un golpe más. Un golpe como el de una puerta al cerrarse. Y el silencio.

Colgué, sombrío. Me volví a la demudada mujer.

—Se acabó, Stella —hablé lentamente—. Ya hay una tercera víctima.

—¡Dios mío! —musitó, espantada.

—Pelham tenía que acabar mal —dije—. Buscó el camino más tortuoso.

—¡Tres crímenes! —se horrorizó ella.

—Cuatro, si muere Duncan —rectifiqué—. Y parecen dispuestos a no impedirlo.

Me encaminé a la puerta.

—¿A dónde va, Chandler? —preguntó Stella.

—A por el medallón, primero. Ya no puede hacerse nada por Pelham. Después, iré a verle a él —antes de salir, sonreí con dureza—. O lo que quede de él, para ser más exactos.

Y me marché.

—¡A la estación del transbordador de Oakland! —ordené a Matt—. Volando, si es preciso.

Y voló. Tomaba las curvas entre patinazos impresionantes, y se lanzaba por las cuestas de las calles descendentes a una velocidad vertiginosa. Aparte de un choque con un camión del reparto de leche, evitado por milagro, y de una increíble maniobra para salvarse de entrar en un escaparate, Matt llegó a la estación de Oakland en perfectas condiciones.

Salté del coche, y busqué en la estación la ventanilla de la consigna. Le alargué al empleado el verde cartón numerado.

Lo examinó, y luego me miró con curiosidad.

—¿Hace mucho que dejaron esto aquí?

—Sí. Cerca de dos meses.

Lanzó un expresivo silbido y se dedicó a buscar el bulto en las estanterías, una vez informado de que el bulto en cuestión era una cartera de mano en piel marrón.

Tardó algún tiempo, pero al fin dejó en la ventanilla la ansiada cartera. La tomé con toda calma y salí de la estación. Empezaban a caer gruesas gotas de lluvia, y lejos se oyó el ronco retumbar de un trueno.

—A Market Street, 130. A toda prisa, Matt —recomendé.

Mientras mi chofer disfrutaba burlando las disposiciones municipales sobre el tráfico, yo abría la cerradura Yale de la cartera.

Primero salió un montón de papeles apilados.

Por último, saqué del fondo un pequeño estuche negro. Mil confusas ideas cruzaron por mi mente antes de abrirlo. Sabía que levantar aquella tapa suponía descubrir la única evidencia de todo aquel horrible drama, el fondo del secreto. Era como hundir los dedos en un terreno pantanoso, hasta agarrar las raíces del Mal.

Y una duda me acosó, de repente, con un impacto violento, angustioso. ¿Era, realmente, una prueba? ¿Constituía, después de todo, la solución de la incógnita?

Dennis Duncan debió hallarlo aquella noche en el apartamento, cuando terminó con Peggy Darnell. Y tal vez la causa de la disputa fue, precisamente, el medallón.

¿Por qué?

Si era cierto, como dijo Mirna Costello, que el fotoesmalte se cambió por uno de Dennis, ¿qué le hizo suponer a Dennis que aquello perteneció a otro hombre?

Era inútil seguir haciéndose preguntas. El contenido del estuche tal vez daría todas las respuestas.

Lo abrí.

El corazón de brillantes destelló débilmente al ser herido por la luz gris del día. Pendía de una delgada cadenita de oro, rota por un eslabón.

Era una bella joya. Un digno regalo para Peggy Darnell. Pero quizá llevaba sangre encima, sangre capaz de borrar los fulgores de las piedras finamente talladas.

Antes de presionar el resorte que abriría la tapa del medallón, miré un momento a las ventanillas del coche. Por ellas corría la lluvia, borrando los contornos del exterior. Las gotas seguían cayendo, más menudas, pero con mucha mayor copiosidad. Las calles tenían un deprimente color plomizo.

Moví el resorte con una leve presión de mi índice, sin mirar. Cuando me volví lentamente, el medallón mostró el secreto. ¡Su secreto!

Contemplé el retrato esmaltado, las iniciales grabadas en la otra cara. Luego lo cerré y volví a dejarlo en su estuche. Pasó con él a mi bolsillo.

Perdimos veinticinco largos minutos en alcanzar Market Street. Dejé el taxi más allá del Mercado, y caminé con largas zancadas hasta el 130. Miré a lo alto. El balcón de la biblioteca seguía con las contraventanas abiertas. Pensé en Bob. Aún continuaba levantado. Aguardando a que el reloj marcara las nueve.

Vacilé, al poner el pie en el primer escalón. La relojería de enfrente seguía cerrada, y el reloj luminoso perdía su luz en la claridad del día. Pero leí su apremio mudo, acusador: las ocho menos dos minutos.

¡Qué pocos, cielos!

Subí los tres peldaños, y pulsé el timbre con fuerza. Era preciso. Inevitable.

No oí ruido, y volví a llamar por si Robert se había quedado traspuesto y no me oía.

Alguien bajó con calma la escalera, y el ruido suave de sus pasos llegó hasta mí. Luego, ya en el suelo del vestíbulo, los pasos se acercaron.

Se abrió la puerta. Robert me contempló, sorprendido.

—¡Mike! —exclamó—. ¿Tú otra vez?

—Sí, Bob. Era necesario.

Miré al hermano de Dennis. Más pálido, más ojeroso, más agotado que cuatro horas antes. Los surcos de su rostro eran mucho más profundos y sombríos. Seguramente trató de refrescarse, buscando alivio, y llevaba el cabello recién peinado.

Pero el agua no podía borrar aquellas huellas terribles. Bob era una ruina.

Pasé junto a él, y no dijo nada. Cerró cuando ya estaba yo en medio del vestíbulo.

—¿Qué ocurre ahora, Mike? —me interpeló, hundiendo las manos en los bolsillos de su batín a cuadros. Las chinelas azules seguían en sus pies.

—Dios, Bob —dije espantado—, ¿no te has movido en estas horas de tu asiento en la biblioteca?

—Sí. Me duché, creyendo que vencería el agotamiento. Pero no pudo ser. Estoy destrozado, muchacho.

—Ya lo veo.

—¿Vienes?

Asentí, inclinando la cabeza, y subí tras él a la biblioteca. El cenicero, colmado de cigarrillos; un libro, una botella de agua. Todas las pruebas de una larga velada. Una velada tensa, agobiante.

—¿Te sientas?

Me senté en una butaca, sin dejar de mirarle.

—¿Por qué te empeñas en sufrir horas y horas? —pregunté.

—No me empeño. Es algo superior a mí mismo. No podría hacer otra cosa hoy, créelo.

—Bien, como quieras.

—Dime, Mike, ¿resultó algo?

—No.

—¿Stella no sabe nada?

—Ni ella ni Pelham.

—¿Pelham? —se extrañó Bob—. ¿Qué pinta él en esto?

—Bastante. Conocía al asesino de Peggy.

—¿Conocía? —los ojos de Robert brillaron.

—Sí.

—¿Y ahora?

—Está muerto, Bob.

—¡Dios mío! —se estremeció—. Quizá...

—Sí. Asesinado también. Nuestro hombre no pierde tiempo.

—¡Y falta una hora para...!

—Una hora, sí, una sola.

—¿No es bastante ya, Mike...?

—No lo es —asentí, sombrío.

—¿Qué haremos? Solo confiaba en ti...

—¿Sí? No lo demostraste antes.

Inclinó la cabeza.

—Ya lo sé. En un principio me pareció tan absurdo... Luego, al quedarme solo, me aferré a esa única esperanza. Si tu hubieses llegado ahora con la noticia de que todo estaba resuelto...

—Pudo haber ocurrido, con un poco más de suerte.

—Pero no ocurrió —concluyó abstraído.

—No, Bob. Los imposibles no se resuelven.

—Y Dennis morirá.

No dije nada. Miraba al exterior, donde la lluvia apenas caía añora, reducida a menudas gotas pulverizadas.

—¡Dennis morirá! —repitió, casi en un sollozo.

Me volví a él.

—Todavía hay una oportunidad, Bob —sugerí con súbita animación.

—¿Cuál? —y sus ojos parecieron cobrar algo de vida.

—Te necesito. Tú y yo podemos ganar aún, pero juntos.

—No lo creo, Mike —tornó a desalentarse—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Mucho. Sin ti, no podré hacer nada.

—¿Qué habrá que hacer?

Miró el reloj.

—Vístete, Bob. Son las ocho y tres minutos. ¡Vístete lo más deprisa posible!

—Pero si no...

—¡Vístete, vamos! —apremié, en tono cortante—. No es hora de vacilar. Nos jugamos todo a una sola carta. Y quedan solo minutos. ¡Minutos, Bob! ¿Vamos a perderlos?

Se puso en pie, vacilante, pero con una sorprendente energía.

—No, Mike. No perderemos ni uno solo —y salió de la biblioteca.

Corrí tras él hasta la puerta, y me asomé al corredor.

—¡Lleva un arma si tienes, Bob! —le recomendé—. La necesitaremos.

Y al volver al interior de la biblioteca, palpé, con cierto alivio, la automática de Pelham en mi bolsillo. No le menté a Robert. Era la última oportunidad.

Capítulo XVI

A LAS 8,15 HORAS

—¿A dónde me llevas? —preguntó Robert Duncan, sentándose junto a mí en el taxi que encontré a dos manzanas de su casa.

—Al único lugar donde puede hallarse la verdad, Bob. ¿Te basta eso?

—Sí.

Di al taxista una dirección. Robert se agitó sensiblemente.

—Pero ahí vive...

—Sí, ya sé quién vive.

Permanecemos un rato en silencio. Lo rompió Bob al poco tiempo.

—¿Y tú crees... sospechas que sabe...?

—No creo ni sospecho. ¡Lo sé! Con toda seguridad.

—¡Ah! —y volvió a encerrarse en un grave mutismo. Yo no le presté ninguna atención. Miraba a las hileras de edificios que desfilaban, fugaces, a ambos lados, a medida que el coche se acercaba más y más al lugar indicado.

Cuando torció la esquina de Wilson Street, Robert no soportó más el silencio.

—¡Es ridículo! —estalló, irritado—. ¡Stella no puede saber...!

—Calla, Bob —le pedí suavemente—. Guarda tu violencia para cuando la necesitemos. Será pronto, te lo aseguro.

Al llegar al 82, chirriaron los frenos y se detuvo el coche. Saltamos los dos a la calle. Pagué al taxista.

—No nos espere —le dije. Y con Bob a mi lado, entré en la lujosa casa donde Stella Madison tenía su apartamento. Por tercera vez en el espacio de seis horas. Por última vez.

Al detenernos ante la puerta rotulada con la cifra B-3, en el noveno piso, Robert se detuvo, sombrío.

—¿Es necesario, Mike? —preguntó—. Ya sabes que un tiempo, Stella y yo...

—Es preciso —le atajé con frialdad.

Oprimí el botón del timbre, tensos los músculos. Robert, uno o dos pasos a mi espalda, aguardaba también en tensión.

No contestó nadie. Volví a llamar.

—Tal vez duerme —balbució Robert—. O se habrá ido.

Ambas cosas eran posibles. Pero había otra inquietante posibilidad.

Cuando llamé por tercera y cuarta vez, inútilmente, me afirmé en esa

idea. Miré, ceñudo, a Robert.

—Hay que entrar.

—¡Cielos! ¿Por qué? Está castigado por la Ley...

—Querido Bob, en menos de ocho horas he hecho cosas que la Ley castiga con mucha más dureza que un simple allanamiento de morada. No voy a detenerme ahora en esto.

No probé a abrir con la ganzúa que ya utilicé en el piso de Peggy Darnell. Esta cerradura era de llave plana, y el alambre curvo resultaría inútil. Miré el corredor, buscando una puerta. La vi en una rinconada. Robert siguió la dirección de mis ojos.

—La puerta de servicio —murmuré.

—Eso es —y me acerqué a ella, rogando al cielo que no fuese «Yale» su sistema de cerradura. No me oyeron los ruegos, pues me vi ante una rendija estrecha de llave plana.

—¡Maldito modernismo! —me excité—. No se puede...

Un olor característico me rozó el olfato. Dejé de hablar y me aproximé a la puerta. El olor áspero, acre, se acentuó. Miré a Bob; él arqueó las cejas.

—¡Gas! —definí, asustado.

¡Gas! Esta sola palabra me infundió nueva vida. Cargué dos veces contra la puerta. Resistió. Robert me ayudó la tercera vez, y sentimos crujir la madera.

—¿Pedimos ayuda? —jadeó Duncan, al notar la resistencia de la puerta cerrada.

—¡No hay tiempo! —y lancé todo mi peso en violenta proyección contra la madera.

Con un chasquido estrepitoso, la cerradura saltó, arrancada materialmente de su sitio, y me encontré en una cocina de blancos baldosines, que rara vez debía usarse. Allí el olor era más intenso. Corrí por un breve pasillo, hasta hallar una puerta por la que no se filtraba luz alguna. Alguien había cegado la rendija inferior. Allí, el gas olía endemoniadamente.

Salté contra el nuevo obstáculo, que esta vez no era tan resistente. Al tercer intento, me franqueé el paso. Y de un modo instintivo salté hacia atrás, medio asfixiado por la vaharada de humo acre que me envolvió.

Tosiendo y llorando, me tapé el rostro con un pañuelo y entré en la habitación. Abrí la ventana precipitadamente, notando que me faltaba el aire.

Robert gritó desde el pasillo:

—¡Mike, sal de ahí!

El aire puro y fresco de la mañana entró en la estancia, barriendo el gas mortal. Salí al corredor, atacado por una tos violenta, cegado por las lágrimas.

—¡Mike, eres un loco! —me reprochó Bob, acercándose—. ¿Y Stella?

—No sé —contesté con voz ronca—. Aún no se puede ver nada ahí dentro.

Aguardamos casi un minuto. Cuando el aire se renovó en la estancia, y el gas hubo escapado por la ventana, entramos nuevamente. Robert ya había cerrado el paso del gas en la cocina.

El dormitorio de Stella Madison aparecía normal y sin alteraciones. En el suelo, junto a la puerta, un trapo denunciaba lo que sirvió para cegar la ranura inferior.

Stella yacía sobre el lecho, sin apariencias de vida.

Me acerqué a la mujer, y la observé con atención. Vivía aún. Apenas respiraba, y el pulso era muy débil, pero tenía vida.

—¿Avisamos a un médico? —consultó Robert.

Negué con la cabeza.

—No. No puede ser, Bob —repliqué, secamente—. Además, no creo que sea necesario.

La llevé junto al balcón, con dificultades, y ya allí, empecé a practicar en ella la respiración artificial. De un modo sistemático y enérgico, fui introduciendo aire puro en sus intoxicados pulmones.

Habíamos llegado a tiempo, y la intoxicación no era, ni con mucho, de extrema gravedad. La renovación de aire sería suficiente de momento.

Su rostro, terriblemente pálido, fue recobrando con lentitud el color, y la respiración se hizo más regular. Comprobé, con alivio, que volvía a normalizarse el pulso.

Miré al preocupado Robert.

—Salvada. Aspiró poco gas —dije, volviendo a depositar el cuerpo de Stella sobre el lecho.

Seguido de Robert, fui al «living» y me senté en el mismo diván que Stella ocupara aquella mañana, cuando me habló por primera vez del medallón.

El sol pugnaba por asomar entre las nubes, sin mucho éxito, y su claridad tibia, apenas llegaba a secar la lluvia sobre el asfalto de las calles.

Pensé, al mirar al exterior desde el asiento, que algo así ocurría entre los humanos. La luz luchaba por abrirse paso entre las tinieblas. ¿Lo lograría?

Encendí un cigarrillo lentamente, fingiendo no notar la mirada interrogativa de Robert.

—¿Fumas, Bob? —ofrecí.

Negó con la cabeza, casi furioso.

—¡Esta es tu actividad! —estalló—. ¿No piensas hacer nada?

—¿Nada de qué? —pregunté, alzando la vista.

—De todo esto.

—Sí, algo podemos hacer.

—¿Qué?

—Hablar.

—¿Hablar?

—Sí. Nada más. Todo se terminó ya, Bob.

—No lo entiendo. Aún no veo nada claro.

—Yo he tardado mucho en ver las cosas como son. Ahora, la inocencia de tu hermano es evidente.

—¡Pues llama, avisa a la prisión! —se excitó.

—Aun no —repliqué tranquilamente—. Disponemos de treinta y tantos minutos.

Me incorporé, fui al balcón y miré a la calle. Luego, me volví hacia él. En mi mano mostraba un objeto al que el pálido sol arrastró reflejos irisados. Bob lo miró como fascinado.

—¿Ves esto?

—Sí...

—Es mi prueba, la carta máxima de la jugada.

Se acercó unos pasos.

—Un medallón...

—Y un retrato —completé, abriendo la tapa.

Se detuvo, impresionado.

—Pero ese retrato... —musitó roncamente.

—Sí, querido Bob; he aquí a nuestro asesino, a nuestro desconocido personaje, al tercer amante de Peggy Darnell. Al hombre de la feria de Beachtown. El mismo que estranguló a Peggy, y asesinó a Barney y a Pelham.

—Pero es...

—Sí; Mirna Costello lo vio un día, pese a lo mucho que Peggy lo ocultó. Y me dijo que era el retrato de Dennis. Que Peggy había cambiado el fotoesmalte.

—¿Y no era cierto? —inquirió Bob.

—No.

Di unos pasos con el medallón en la mano.

—Ahí empezó el error. Peggy jamás lo cambió. Y, sin embargo, ¡el medallón desapareció la noche del crimen!

—¿Cómo sabes eso?

—Porque si no, nada sería lógico. El asesino se llevó este medallón. ¿Por qué? Por una razón poderosa. Allí estaba su propia imagen. De no ser por eso, no tenía objeto hacer desaparecer la joya.

No comentó nada. Yo sonreí con suavidad.

—Me cegaron demasiadas cosas. Una de ellas, el relato de Mirna Costello. Ella no mentía, al decirme que vio a Dennis en este medallón. Luego ahí estaba el gran error. El gran error de ella, y mío. Porque Dennis no era el asesino, y, por tanto, no tenía objeto la sustracción de la joya, después del asesinato de Peggy.

—¿A dónde vas a parar?

—A lo único real, lo único lógico que se me escapó una y otra vez de forma incomprensible. No era Dennis. Mirna creyó reconocerle, tal vez porque tampoco conocía mucho a este.

Miré el esmaltado del medallón. El cabello oscuro, los ojos profundos, la sonrisa jovial. Luego, miré a Robert Duncan.

—El aire familiar siempre te dio semejanza con tu hermano, Bob. Mirna Costello se equivocó por eso. No supo que el hombre de este retrato eras tú y no tu hermano.

Seguía mirándole, con dureza ahora. Vi la crispación en el rostro pálido de Robert, su amago de sonrisa. Y se abatió un silencio helado, cortante. A mí mismo me parecía todo increíble. Estar allí, frente a un Robert desconocido, hostil. Y acusarle de la horrible verdad desvelada.

Acusar a Robert Duncan de asesinato, cuando su hermano estaba a punto de morir por igual acusación.

—¿Estás loco, Mike? —dijo, con sarcasmo.

—No, Bob. Tú estrangulaste a Peggy Darnell en la noche del diecinueve al veinte de enero. Tú golpeaste al fotógrafo Barney con un pisapapeles a las tres menos cuarto de esta madrugada, y disparaste sobre Jeremy Pelham hace poco más de una hora. Tres crímenes cometiste ya. Robert Duncan, y no lograrás que Dennis pague tus culpas.

CAPÍTULO XVII

A LAS 8,30 HORAS

No aparté la vista de Robert. Le vi palidecer, y luego arqueó las cejas en un gesto indefinible. Sonrió.

—Algo melodramático, ¿verdad, Mike?

—Todo esto es puro melodrama —dije con frialdad—. El desenlace tenía que serlo también.

—¿Desenlace? No sé, creo que deliras. No dirás en serio que esto acaba aquí.

—¿Dónde, pues?

—Lo ignoro. Pero te dejas llevar por la imaginación, muchacho. ¿Hablas en serio? ¿Me crees capaz de matar a mansalva?

—No; ahí estuvo mi error. Siempre te situé al margen de todo, como si en realidad no fueses elemento del caso. Y por eso tardé tanto en ver la realidad. Las cosas se deformaban, no adquirían solidez, no viéndose desde el prisma lógico. Y esa lógica jamás pasó por mí.

—¿Hasta...?

—Hasta que releí en un archivo de periódicos el proceso de Stella Madison.

Se sentó frente a mí, con indolencia fingida. En realidad, todos sus sentidos estaban despiertos, tensos, vigilantes. Como los míos.

—¿Arranca ahí la historia? —quiso saber.

—Podríamos decir que no. Tal vez se inició el día en que Abel fue golpeado por Caín. Desde entonces acá, la Humanidad no se detuvo en odios ni luchas fraternas.

—¿Yo odio a mi hermano, entonces? —se mofó él.

—No. Él te odió a ti cuando supo que Peggy te amaba. Estaba loco por ella y ese amor que sentía por ti, le hizo ver la verdad desnuda. Peggy solo perseguía el lucro con él.

—¡Qué disparate, Mike!

—No, tú sabes que no es ningún disparate. Pero puedes estar ahí, tranquilamente sentado, mirándome con ironía. No tengo pruebas. Eres el asesino, pero jamás podré demostrar. A no ser...

—¿A no ser?

—A no ser que tú confieses... y salves una vida inocente. La vida de Dennis, de tu hermano. ¡Es la misma sangre, Bob!

—¡Cállate! —se irritó Robert Duncan.

—¿Ves? Eres culpable. Pero tienes miedo. El miedo es tu mayor desgracia. Tu propia cobardía te hundió.

—¡Mike! —chilló, frenético.

—Por cobardía volviste con Stella después del asunto de las drogas, ¿verdad? Te horrorizó saber que fue amante de tu hermano, y quisiste apartarte. Pero Stella sabía de ti cosas graves, que hubiesen resquebrajado tu reputación. Te sometiste al vicio, a la abyección de esa millonaria pervertida, y ella te introdujo en el camino de los narcóticos.

No hablaba. Rígido, con una expresión crispada, me oía hablar.

—En el verano de 1947 se te vio con Stella. Luego, llegó la aparente ruptura. Pero seguíais vuestras relaciones íntimas, de un modo secreto, oculto para todos. Salvaste a Dennis por dos veces de una acusación de tráfico de drogas. Siempre has velado por él. Siempre... hasta que Stella fue influyendo en ti con su veneno. Odiaba a Dennis desde que él se apartó de ella como de un apestado. Guardó su rencor malévolo, pese a que fingía haberle perdonado. Las mujeres como ella, no perdonan nunca. ¿Verdad, Bob?

—No lo sé —musitó, con voz ronca.

—Sí lo sabes. Tú solo has amado sinceramente una vez: a Peggy Darnell. La conociste, y viste en ella todo lo que Stella no te daría jamás: amor, juventud, ímpetu y nobleza; porque Peggy era noble, pese a su egoísmo. Contigo no quería sino pasión, cariño. Os amasteis los dos, Bob.

»Entonces, entró en escena tu hermano. Con más dinero que tú, más alocado y menos inteligente. A Peggy le divirtió el lance. Ser tu amante, y jugar con tu hermano, sacarle dinero. Oficialmente, ser «la chica de Dennis Duncan», y ocultamente «el amor de Robert». Un juego peligroso, dictado por la inconsciencia y la falta de sentido de una muchacha alocada y ambiciosa.

»El juego no podía salir bien. Mientras arruinaba al pobre Dennis, te entregaba a ti todo su ser. Tal vez Dennis no sacó nada de ella. Estoy casi seguro.

»Aquella noche, en una fiesta particular, se ve contigo, y le regalas el medallón. Una estupidez de enamorado, que quiere hacer un presente valioso. Ella procura no mostrarlo a nadie, porque allí van tus iniciales y tu fotoesmalte; ella, que no gusta de esa clase de joyas, la acepta y la lleva por venir de ti. Esto demuestra hasta qué punto te quiere.

»Te convenció de que el piso se lo ponía ella con su dinero. No te habló nunca de Enwrighth, porque tú no lo hubieses tolerado. Ni a él le mencionó nada de sus relaciones contigo. Incluso Dennis lo ignoró siempre. Por eso pagó tres mil dólares a un chantajista, para evitar que ellos vieses aquella fotografía. Nunca imaginó, cuando estuvo en Beachtown contigo, a finales de diciembre, que un extorsionista que vio en la bella modelo bocado propicio, os vigilase con su cámara fotográfica.

»Peggy fue una mujer demasiado compleja, incapaz de advertir el peligro que corría con tanto juego arriesgado. No se puede jugar con las pasiones humanas, cuando estas laten contenidas. Tuvo la suerte de tropezar con el inocente Enwrighth, incapaz de violencia alguna, y da reírse de un hombre como Dennis, demasiado impulsivo y ardoroso para llegar a una crisis maligna.

»Eran los seres como tú, realmente peligrosos. Tú, que te sometías al dominio de Stella; pero debajo de tu aspecto frágil, oculta por la capa de la sumisión y de la suavidad, latía un alma cruel, decidida incluso al asesinato, si este era necesario. Los grandes cobardes son siempre, criminales en potencia».

Seguía callado, inmóvil, como una estatua de piedra, pero sus pupilas brillaban febriles, en los ojos cercados de sombras violáceas.

Miré mi reloj. Las ocho y treinta y un minutos. Sentía latir con fuerza el corazón, me ardían las sienes. Allí estaba el fin de todo, la salvación de Dennis. Pero tenía que seguir hablando, acusador, había de ir desnudando con lentitud el alma cenagosa, corrompida, de Robert Duncan. Solo había una esperanza: provocar una crisis en el criminal, fuera cual fuese el resultado.

—Imagino tu terror, tu desesperación, cuando la noche del diecinueve al veinte de enero, Peggy te recibió en su casa, violenta y malhumorada. Acababa de terminar con Dennis, porque este había averiguado sus amores contigo, y pretendió hacer una escena. Peggy lo echó sin contemplaciones. Por eso salía Dennis pálido y abstraído. No por la disputa, sino por la sorpresa que le causó la certidumbre de una verdad tan monstruosa.

»Nadie te vio subir al piso de Peggy. En realidad, nunca te vieron. O si te veían, es que ignoraban a qué piso ibas. Imaginé la explicación lógica. Tú alquilaste un apartamento allí, con nombre supuesto. Nunca ibas a él, sino al piso de Peggy. Y el conserje ni te conocía como visitante de ella.

—¿Has comprobado eso? —preguntó, sorprendido.

—Sí —mentí con aplomo. No objetó nada, y seguí—: Ella te recibió furiosa. Sabía lo de Stella Madison, y quería que terminases aquello de una vez, o contra su propia voluntad, tendría que dejarte. Por ti, rechazó las tentadoras promesas de Enwrighth. Cuando aquella noche, vio que seguías unido a la millonaria, rompió contigo. Te habló con crudeza. Dijo que se iría con Enwrighth a Nueva York, y que no la verías más. Te insultó, ¿verdad? Te escupió en tu cara frases injuriosas. Dijo que eras un cobarde y un ser envilecido, te apostrofó...

—¡Calla ya! —rugió Robert, horriblemente pálido, irguiéndose como un poseso.

Le miré con ojos helados.

—Así fue, ya lo comprendo —dije, monótono—. Entonces la asesinaste. El primer objeto que se presentó a tu vista fue, sin duda, una corbata. La

dejó allí alguna vez Dennis. Y la estrangulaste. Era preferible destruir la belleza que jamás podía ser tuya.

»Cuando culparon a Dennis de aquel crimen, debiste sentir un terror profundo. Tú, que tanto querías a tu hermano, te veías en el dilema espantoso de dejarle morir a él o entregarte tú. En un principio, saber que Dennis estaba mezclado hasta ese punto en el drama, debió dejarte atónito. Quiero creer que tu primera idea fue presentarte a la policía. Entre Stella y tu cobardía, ese impulso de hermano amante se ahogó en su nacimiento. Preferiste sacrificar a tú propia sangre, quedándote tú al margen. Un egoísmo inhumano, pero propio de nosotros, los humanos. Es una desagradable paradoja, Bob. Creíste natural dejar que un inocente pagase tu culpa. Siempre el terror, enfadándote más. Stella, tu ángel malo, te arrastraba por la senda más cenagosa. Y la seguías, sumiso, dominado. En ella brotó de nuevo el odio a Dennis. Era una magnífica oportunidad de vengarse. Procuró, pues, convencerte de un modo absoluto, sinuoso, despiadado.

»Y lo logró. Dennis fue condenado. Tú procuraste cubrir las apariencias, removiendo cielo y tierra para evitar que le acusasen del asunto de las drogas. Quedaste, como siempre, en el lugar del hermano mayor capaz de todo por salvar al más pequeño.

»Una vez, Dennis se vio también en un apuro grave, con motivo de los cinco mil dólares escamoteados al Fisco. Stella no le sacó del lío. Fuiste tú, en realidad, quien obligó a Stella a ayudarle en tal situación.

Nuevamente hice una pausa para mirar las saetas doradas de mi reloj. Las ocho y treinta y seis minutos.

El sudor perlaba mi frente, resbalando por las sienes. Si el momento culminante no llegaba...

Respiró hondamente Robert. Yo continué, impasible:

—Esta noche inicié la caza del culpable. Nadie sino yo, sabía eso. Luego, lo supo Valdivia. Y este avisó a Stella. El sudamericano es el último capricho de tu dulce Stella. Y una magnífica pantalla para vuestras relaciones. Carlos no debe de saber nada de todo esto, pero sí sabe que ella está relacionada de un modo u otro con la muerte de Peggy. Al visitarle yo, su acción inmediata es avisar a Stella de mis propósitos, para que esté sobre aviso.

»Stella se asusta. Te telefona a ti, anunciándote lo que ocurre. Y tú te decides a actuar sin pérdida de tiempo. Sabes que iré, tarde o temprano, a «Martinelli's», y vigilas allí. Me sigues hasta la casa de Marsland, y entras con ayuda de una gonzúa. Subes, y escuchas tras la puerta. Te enteras de que existe una prueba evidente, peligrosísima: una fotografía. Oyes el nombre y la dirección de Barney.

»Te fue sencillo anticiparte y decir que te mandaba Marsland. Cuando el fotógrafo receló, lo golpeaste. Tal vez no querías matarle, pero ese fue el

resultado. Arrancaste el trozo de foto y huiste sin perder un segundo.

»Cuando yo llegué a tu casa, no dormías. No solo por la tensión nerviosa, sino porque necesitabas velar. Velar hasta que la sentencia se cumpliese. Te asustaste al oírme hablar como lo hice, diciendo que atraparía, al fin, al criminal. Yo achaqué tu impresión a la situación por la que pasabas; pero no era eso. Era miedo. Solo esto: Miedo. El mismo que te inducía a ocultarte a ojos de todos. Nadie debía pensar que el recto y honrado Robert Duncan era un degenerado, amante de Peggy Darnell.

»Por eso, cuando fuiste una noche al «Valdivia» con Peggy, ocupaste un reservado, y ocultabas el rostro todo lo posible.

—¿También sabes eso? —sonrió, con amargura, Robert.

—Sí. Y sé que Stella llamó a Pelham, nada más telefonearla yo preguntando el emplazamiento del almacén. Cuando unos segundos después, marqué nuevamente el número de ella comunicaba. Deseando evitar que continuase mis investigaciones, halló el modo de hacerme caer en una celada. Pelham y sus sicarios bastarían para inutilizarme. Eso no resultó.

—No, no resultó —admitió Robert.

—Llegasteis demasiado lejos. Tú sobre todo. Tanto, que Stella misma empezó a asustarse de ti. Se ha dado cuenta de que la fiera tarda en despertarse en hombres como tú, pero una vez despierta, es demasiado voraz. Llegó a sentir pánico... y quiso acabar contigo.

—¡No es cierto! —rechazó, furioso.

—Sí lo es. Cuando Pelham recordó que eras tú el hombre de la fotografía y te quiso extorsionar, se dio cuenta demasiado tarde de qué, al llamarte a su casa, firmó su sentencia de muerte. Telefoneó a la primera persona que vino a su mente. Stella. Y Stella, ágil, de mente, calculó enseguida las posibilidades de la llamada. Acababa de contarme una fantástica historia para justificar la existencia del medallón dentro de una cartera depositada por ella en la consigna del transbordador de Oakland.

—¡Ella hizo eso...! —se quejó con amargado gesto.

—Sí. Las ratas abandonan siempre el barco que se hunde. Me hizo oír por el receptor las últimas frases del aterrorizado Pelham.

—Él no pronunció mi nombre.

—No. Pero Stella confiaba en que lo haría. Sentía un terror loco, y además, se veía metida en tres crímenes, responsabilidad tremenda que la abrumaba. Por eso la hallamos con el gas abierto. Encontró más fácil ese camino que ningún otro.

Hubo un nuevo silencio. Las nueve menos diecisiete minutos. Me temblaban las manos, sentía un extraño nudo en la garganta.

—Una sola pregunta, hecha por mí al doctor Holloway, me bastó para desenmascararte. De un golpe, cayó la pantalla que te cubría.

—¿Qué pregunta fue?

—Le dije si notó en ti síntomas de cocainómano. Respondió que sí. Eso era bastante. Al volver ahora a tu casa, y verte recién peinado me afirmé en la convicción de tu culpabilidad. Cuando volviste de la casa de Pelham llovía copiosamente. Eso explicaba una acción tan absurda como esa en tales momentos.

—No se le escapa nada, Chandler —comentó una fría voz a mi espalda. Ni siquiera me volví. Conocía la voz de Stella.

—Hola, Stella —dije, impasible—. Entre.

CAPÍTULO XVIII

A LAS 8,57 HORAS

Llevaba nuevamente su *deshabillé* verde. Se detuvo junto a la mesita del teléfono, mirándome con fijeza. Rehuía la mirada glacial de Robert Duncan.

—¿Ya se resolvió todo?

—Todo, Stella. Esto se acabó. Usted aún puede salir con bien del naufragio. Descuelgue ese teléfono y llame a la Policía. Que avisen a San Quintín y suspendan la ejecución.

Mecánicamente, cómo hipnotizada, bajó la mano hasta el receptor. Cerró los dedos en torno a la bakelita blanca...

—¡Quieta, asquerosa mujerzuela!

La voz de Robert Duncan vibró ásperamente, cargada de odio y maldad. Fue una orden dura, amenazadora. El aleteo del peligro pareció susurrar en la estancia.

La mano pálida, huesuda, de Duncan, empuñaba una «Luger» automática, alargado su cañón por el cilindro del silenciador. Stella desorbitó los ojos. Yo no me moví.

Pero sabía que aquello solo podía significar una cosa concreta; ella y yo estábamos condenados a muerte. Robert ya no se detendría ante dos asesinatos más. Rotos los frenos de la razón, el criminal lucharía para no caer en el abismo que le cercaba.

—¡Cielos, Robert, no dispararás! —gimió Stella, lívida de terror.

—Sí disparará, Stella —dije, inalterable, sin apartar mis ojos del que fue amigo tantos años. En sus pupilas profundas no se leía ya nada amistoso, nada humano.

¡Leí solo muerte! Él me atravesó con su mirada.

—Estás muy tranquilo, Mike —observó con tono helado—. ¿Crees que no voy a matarte?

—¡Oh, no! Sé que lo harás. Pero no soy yo solo quien conoce la verdad. Le vi vacilar. Luego se rehízo y sonrió con crueldad.

—Tal vez mientes.

—Tal vez —me encogí de hombros. Eché una ojeada al reloj. ¡Las nueve menos catorce!

No habló nadie, ni nadie se movió. Era terrible ver que solo se movían las agujas del reloj. Minuto a minuto. Indestructible, implacable. Caminando la saeta más larga hacia el número doce. Caminando hacia la

muerte. La de Dennis; la de Stella; la mía...

Dentro de mí saltaban los nervios, se crispaban los sentimientos. Pero solo una apariencia fría, glacial, podía sostener la situación. ¿Sostener hasta cuándo?

—Pensaste traicionarme, ¿verdad, Stella? —la voz de Robert era aguda como un estilete.

La morena se estremeció. Habló, implorante:

—No, Robert. Chandler mintió cuando...

—¡Calla! —cortó con un áspero trallazo—. No mintió. Mike sabe todo. Todo, ¿lo entiendes? Y sabe que tú deseabas hundir el barco, no sin antes huir como una rata. Muy cómodo. Tú me arrastraste a esto, arpía. ¡Tú, prostituta indecente!

Seguí inmóvil, casi sin respirar. Robert la miraba con odio, con terrible malevolencia. Su mano, inconsciente, guiaba el cañón del arma en dirección a ella. La Madison abría los espantados ojos, descompuesto el rostro por el pánico.

—¡Bob, yo te quiero! —sollozó, angustiosamente.

—¡Mentira! Nunca me has querido. Ni quisiste a nadie. Te gustaba tenerme como juguete de tu abyección, de tu vicio. Hiciste de mí, de un muchacho bueno y recto, una piltrafa moral. Me dominaste a tu antojo, me llevaste por tus infames derroteros... ¡Pobre Peggy! ¡Ella sí me amaba! De verdad, con afecto sincero. ¡Y la maté! ¡Yo! Maté a una mujer más bella, más humana, más honrada que tú, con todos tus podridos millones.

Se excitaba, se hinchaban las venas del cuello y su rostro enrojecía, congestionado.

Stella cometió el tremendo error de moverse hacia él, rompiendo a hablar entre sollozos.

—¡Bob, cálmate, cariño...!

El feo chasquido que cortó su frase fue todo el ruido que salió de la «Luger». Stella se detuvo bruscamente, con la boca abierta; el asombro substituyó al terror en sus ojos, y con un violento estremecimiento se derrumbó junto a mí.

Robert giró el arma hacia mí sin perder momento. Cuando me advirtió inmóvil, sin emoción alguna ante la muerte atroz de su amante, frenó el impulso de apretar nuevamente el gatillo.

—Era un demonio —dijo roncamente—. Mi ángel malo...

—Y acabaste con él.

—Sí...

—Pero el mal sigue en ti. Va dentro de tu ser, Robert. No te soltaré nunca... aunque ahora vuelvas a disparar. ¿Por qué no lo haces?

—Quisiera no volver a... ¡Dios mío, esta pesadilla tiene que acabar un día.

—No, hoy. No acaba con Stella ni conmigo. Es un círculo sin fin. Otro te

enviará a San Quintín, Bob. Más tarde o más temprano. El tiempo no cuenta. Un minuto, una hora, ¿qué supone?

Me incorporé, lento y tranquilo. Su mirada brilló.

—¡Quieto!

La pistola se hizo ominosa. Sonreí.

—No, Bob, no te asustes... aún. Dennis morirá de un momento a otro.

¿Ves lo poco que falta?

Levanté el brazo con calma, mostrándole el reloj de pulsera.

—Diez minutos —susurró, impresionado.

Creí oír ruido a mi espalda, procedente de la cocina. Elevé el tono de la voz:

—¡Diez minutos, y tu hermano Dennis habrá pagado por un crimen que no cometió! —acusé, dramático—. ¡Si Peggy pudiese hablar...! O Pelham, o Stella... Pero asesinaste a todos, Robert.

—Sí. Algo más fuerte que yo mismo, me arrastró a esto. Ya no puedo detenerme. Ni aun tratándose de ti. A Peggy nunca deseé matarla, te lo juro. La amaba demasiado. Pero me cegó la cólera, no supe lo que hacía... Hasta que la vi caída, con aquel horrible gesto. ¡Oh, Mike, créeme! No soy ningún monstruo, algo malo, algo perverso se apoderó de mí desde aquel día. Un ángel negro me guio. Cuando golpeé a Barney, nunca pude sospechar que lo asesinaba. Cuando disparé sobre Pelham, si lo hice a conciencia. Era un ser odioso, Mike.

—¿Y Stella?

—Ella... fue ese ángel negro de mi vida.

Otro rumor, apenas perceptible, sonó a mis espaldas. No me moví. Robert ni siquiera debió oírlo.

—Bien, dispara ya, si así crees acabar con tu Destino —dije en tono fuerte.

—Lo siento, muchacho —y le vi arquear el dedo sobre el gatillo. Pensé en lo inútil que era la pistola de Pelham en mi bolsillo. Y esperé lo que viniese...

Sonaron, seguidas, las dos detonaciones, atronando el reducido apartamento.

Luego, nada.

Robert Duncan se estremeció, osciló de un modo raro, y miró tras de mí, con ojos que el estupor dilataba. De la mano, se desprendió la «Luger».

Y sin despegar siquiera los labios, rodó por el suelo, como un fardo.

Me volví, calmamente, hacia la entrada del «living», donde un tipo corpulento empuñaba aún el pesado revólver de reglamento, recién disparado.

—¿Policía? —pregunté roncamente.

—Sí, amigo, Federales. Y oportunos, por lo que veo —observó, burlón.

Detrás del hombretón, asomó Matt, entre otros dos agentes.

—¡Hola, jefe! —saludó, risueño—. Ahí viene esa chica...

La «chica» era Betsy, que irrumpió en la estancia de pronto, arrojándose contra mí.

—¡Querido Mike! —gritó, con voz temblorosa por la emoción—. ¡Te salvaron...!

Sepultó el rostro contra mi pecho. Sonriente, la acaricié el cabello, mientras veía al policía dirigirse al teléfono.

—¿Recibiste mi nota, Betsy? —pregunté suavemente.

—Sí. Cuando Matt me la entregó, adiviné todo enseguida. Solo me decías que ibas a casa del hermano de Duncan, y que tal vez para visitar luego a Stella Madison. Vi claro el sentido de tus palabras. Avisé a la policía, y con Matt fuimos a la casa de Market Street. No había nadie. Corrimos aquí. Yo temía...

La interrumpí con suavidad casi cariñosa. El agente que mató a Robert, hablaba ya, seco, conciso, con el auricular negado a la oreja:

—¿El alcaide? ¿Sí? Aquí el inspector Lovernall, del Departamento Federal...

La pausa que siguió, hizo acelerar los latidos de mi corazón. Luego:

—Bajo mi absoluta responsabilidad, suspenda la ejecución de Dennis Duncan. ¿Eh? Sí, cazamos al verdadero culpable. Sí, confesó. Seis personas hemos oído su confesión... —sonrió con humorismo al escuchar algo a través del hilo—. No, lo lamento de veras. Pero esta vez... —miró al caído Robert Duncan, un pobre ovillo sin vida—. Esta vez no tendrán ustedes trabajo. Tuve que hacerlo yo antes...

Y colgó con firmeza, mientras sonreía alegremente. Se volvió a mí.

—Bueno, amigo, ya se salió usted con la suya —dijo, alentador—. La chica me explicó todo lo que ha hecho. ¿Por qué no prefirió confiarnos sus teorías a nosotros?

Miré con franca simpatía al del F.B.I.

—¿Me hubiese creído usted... sin pruebas? —pregunté.

Aguantó mi mirada, y luego sonrió.

—Tal vez no —acabó admitiendo—. La historia resulta bastante fantástica.

—Y eso que no la conoce usted del todo. A mí mismo, me cegó su misma inverosimilitud. Sin embargo, en el fondo era terriblemente humana, demasiado humana quizá...

Me había acercado nuevamente al balcón. El sol habíase abierto paso, al fin, entre las nubes. Brillaba la luz. Y la verdad. Pero no me sentía demasiado contento. La verdad rara vez es grata.

Betsy, junto a mí, me contempló. A la luz del día, mi aspecto debía de ser espantoso. Le sonreí débilmente.

—¿No te sientes satisfecho? —preguntó.

—No sé. Por Dennis, sí. Él vuelve a la vida, se aleja de las sombras. Pero

no es solo eso, Betsy. Siempre deprime levantar la cortina y ver tanto fango, tanta corrupción. Robert era amigo mío. Ahí le tienes —señalé el cadáver, rodeado por los agentes—. Dios destruyó a Caín. Pero eso, con ser justo, no puede consolarnos mucho. La Humanidad sigue siendo mala, aunque muchos Caín sean destruidos. Y tenemos que descubrir en la vida cosas que nos asustan, que nos hacen dudar de nosotros mismos. Llevamos dentro el Mal, Betsy. Robert lo llevaba. Y nunca pensé en ello, ya ves. Todo está demasiado oculto, todo demasiado corrompido.

—Pobre Mike —se condolió Betsy, mirándome con ternura—. Siempre has sido bastante bueno, pese a tu delicioso cinismo.

—Bueno, amigo, ya puede irse a dormir —dijo el policía del «Federal Bureau», acercándose con su torpe paso—. Nosotros guardaremos a su amigo hasta que se lo lleven los de la ambulancia. Está usted necesitando una buena cama.

—Sí, Mike, vamos —se apresuró a corroborar Betsy, asiéndome por un brazo—. Te llevaré a casa...

El inspector Lovernall, del F.B.I., lanzó un silbido de admiración.

—¡Caramba, qué suerte tiene! Si una chica así me hiciese semejante ofrecimiento... ¡Bueno, imagínese!

Salimos del apartamento de Stella Madison. Aspiré a pleno pulmón el aire de la mañana. Era fresco, vivificante. No como en aquella casa donde el drama tuvo su desenlace. Allí se respiraba algo sucio, impuro, cenagoso. Y esto era la vida, la paz...

—Sí, Betsy, ahora creo que me siento casi feliz —declaré, prendiendo del brazo a la muchacha y alejándonos calle abajo—. Tal vez era precisa toda esa sangre para ahogar tanta infamia.

—Me gusta oírte hablar así, querido —afirmó, radiante—. Casi pareces un ser humano.

La miré, enojado.

—A veces, consigues sacarme de quicio, encanto —rezongué. Luego, sonreí burlón—. Pero no puedo negar que eres una chica deliciosa. Tanto, que a lo mejor, un día haré la tontería de casarme contigo.

—¡Cielos, Mike! —chilló, entusiasmada, parándose de súbito.

Y algunos madrugadores abrieron mucho los ojos al ver cómo me besaba.

FIN



Si no quiere usted sentir un escalofrío de terror de una duración exacta a las páginas de esta novela, no lea:

¡BIENVENIDA, MUERTE!

Un relato nuevo, distinto, dinámico e increíblemente tenso y apasionante, donde la audacia y la originalidad han sido puestas al servicio de un argumento que sólo la pluma de

MARK HALLORAN

el famoso e inquieto autor de tantas novelas de acción, podía realmente desarrollar, en el marco más impresionante e imprevisto que usted sea capaz de imaginar

¡BIENVENIDA, MUERTE!

¡Es una novela de acción arrolladora y trepidante, narrada con detalles de sensacional realismo!

No deje usted de adquirirla, en el próximo número de la gran

COLECCION SERVICIO SECRETO

si sus nervios son templados y fuertes

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

376.— J. León

DESAFIO EN EL CREPUSCULO

COLECCION "BUFALO"

73.— Sam Fletcher

EN LAS FAUCES DE LA MUERTE

COL. "SERVICIO SECRETO"

240.— Donald Curtis

SIN TIEMPO QUE PERDER

COLECCION "LAUREL"

34.— LAS MEJORES POESIAS DE
AMOR ARGENTINAS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

9.— LA CARNE

COLECCION "PANTERA"

10.— Alar Benet

INFIERNO EN OKLAHOMA

"ENCICLOPEDIA SALUD"

1.— ¿PUEDE MATAR LA ALERGIA?

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

435.— Armando Sandoval

EMPIEZA UNA VIDA

COLEC. "MADREPERLA"

331.— Eva Fernán

EN LUCHA CONTRA EL DESTINO

COLECCION "ROSAURA"

275.— Carlos de Santander

EL CORAZON NO REFLEXIONA

COLECCION "AMAPOLA"

161.— Mercedes Tomás

LA ULTIMA ESPERANZA

COLECCION "ALONDRA"

114.— María Pilar de Molina

BUSCANDO LA DICHA

COLECCION "CAMELIA"

55.— Corín Tellado

EL SECRETO DE RUTH

COLECCION "ORQUIDEA"

25.— Sergio Duval

LA MASCARA DE YESO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**¡USTED ESTABA ESPERANDO LA APARICION
DE LOS VOLUMENES DE...**

Colección PRACTICA y Colección POPULAR...

**¡La más completa selección de obras de verdadera
utilidad y permanente interés, editada hasta la fecha!
Ya se han puesto a la venta los primeros números:**

REPARACIONES ELECTRICAS

**¡Todas las averías e imprevistos que surjan en su
hogar solucionadas por usted mismo!**

PINTURA DECORATIVA

**¡Gracias al que dará a su casa ese aspecto nuevo
y moderno que usted desea darle!**

EL CARACTER

**¡Para mejor conocerse a sí mismo y a cuantos le
rodean!**

EL FUTBOL

**¡Todos los secretos de un deporte que apasiona a
millones de personas revelados!**

LA MEMORIA

¡Cómo entrenarla, desarrollarla y acrecentarla!

JUEGOS DE CARTAS

**¡Para brillar en sociedad! Todos los juegos nacio-
nales y extranjeros**

**¡PIDA ESTOS TITULOS HOY MISMO A SU
PROVEEDOR HABITUAL!**

Cada volumen, cuesta tan solo CINCO PESETAS

**Un nuevo éxito que le brinda
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PIS.

¿QUE ES...

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD?

¡Una nueva publicación de temas de divulgación médica y de higiene, cuidadosamente escogidos y redactados en forma extraordinariamente amena y comprensible para todos!

Acaba de ponerse a la venta el primer volumen que se titula

¿Puede matar la alergia?

¡Todo cuanto se sabe acerca de la más misteriosa afección de nuestros tiempos modernos!

En este mismo número hallará, además, los siguientes artículos:

¿AIRE, AGUA Y SOL, PERJUDICAN?

DOLOR DE CABEZA

ALIMENTACION DEL ATLETA

¡y otros, a cuál más interesante!

RECUERDE QUE "ENCICLOPEDIA DE LA SALUD" NO ES UN "DIGESTO" MAS... ¡ES UN "DIGESTO" QUE LE ENSEÑARA A CONSERVAR LA SALUD, O A RECOBRARLA!

Cada volumen ilustrado, sugestivamente presentado:
15 Ptas.

¡Un nuevo éxito de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.!

¿CONOCE USTED YA LA TREPI-
DANTE COLECCION DE AVENTU-
RAS ILUSTRADAS.

BISONTE GRAFICO

¡Acción al rojo vivo, intriga y amor,
en el marco grandioso del Oeste ame-
ricano!

Cada cuaderno contiene:

UNA EMOCIONANTE AVENTURA
LARGA, COMPLETA

UN EPISODIO DE LA DINAMICA
SERIE "EL JUSTICIERO ERRANTE"

Y LA SUGESTIVA SECCION DE
ALTO VALOR DOCUMENTAL "A
TRAVES DE LA HISTORIA DE
NORTEAMERICA"

¡Pida hoy mismo los primeros números
a su proveedor habitual! Cuestan tan
sólo 1.25 Ptas.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Ray Milland

N.º 17 Jack Millane, este es su verdadero nombre, nació en Neath Wales, el 3 de enero de 1908. Obtuvo su máximo triunfo en "Días sin huella", por el que fué premiado. "Crimen perfecto" es el último film de este actor británico.

Foto WARNER BROS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5'50 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50